



*UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA*

COMUNICACIÓN, SIGNIFICADO Y REFERENCIA: CONTRA LOS DOGMAS QUINEANOS

*TESINA PARA OPTAR AL GRADO ACADÉMICO
DE LICENCIADO EN FILOSOFÍA*

**Alumno:
Gonzalo Luis Aguilera Retamal**

**Profesor Guía:
Manuel Rodríguez Tudor**

**Santiago de Chile
2012**

(I) Los libros no valen más que las palabras. Las palabras son en ellos lo estimable. Lo estimable en las palabras mismas es el concepto. El concepto va en pos de algo (el objeto). Y aquello, tras lo cual va el concepto, no se puede comunicar con las palabras. Con todo, en el mundo se divulgan los libros por el aprecio que se tienen a las palabras. Aunque el mundo así las aprecia, yo no las juzgo dignas de aprecio. Lo que ellos aprecian no es, en realidad, digno de aprecio. Lo que puede ser visto son figuras y colores. Lo que puede ser oído, son nombres y voces. ¡Triste cosa! Los hombres del mundo creen que las figuras, los colores, los nombres y las voces pueden bastar para captar sus verdaderas realidades. Pero las figuras, los colores, los nombres y las voces, en realidad, no bastan para aprender su verdad.

Chuang Tzu

(II) Así, pues, lo que hay en el sonido son símbolos de las afecciones que hay en el alma, y la escritura es símbolo de lo que hay en el sonido. Y así como las letras no son las mismas para todos, tampoco los sonidos son los mismos. Ahora bien, aquello de lo que son esas cosas son signos primordialmente, las afecciones del alma, son las mismas para todos, y aquello de lo que son éstas son semejanzas, las cosas, también son las mismas.

Aristóteles

(III) El noble Bodhisattva Avalokiteshvara, dedicado a la profunda Perfección del Conocimiento, reflexionaba: "Existen cinco skandhas", y los veía vacíos de ser propio. "¡Oh Shāriputra!, en este mundo la forma es Vaciedad, la Vaciedad es forma. La Vaciedad no existe separadamente de la forma, la forma no existe separadamente de la Vaciedad. Lo que es forma, eso es Vaciedad; lo que es Vaciedad, eso es forma. Y Lo mismo [ha de decirse] con referencia a la sensación, la percepción, la volición [y] la conciencia."

Sutra de la esencia de la sabiduría

(IV) Fijemos nuestra atención sobre nosotros mismos tanto como nos sea posible; dejemos caminar nuestra imaginación hasta los cielos o hasta los últimos límites del universo: jamás daremos un paso más allá de nosotros mismos ni jamás concebiremos un género de existencia más que estas percepciones que han aparecido en esta estrecha esfera. Este es el universo de la imaginación y no poseemos más ideas que las que allá se han producido.

David Hume

Índice

Portada	1
Epígrafes	2
Índice	3
Resumen	4
1.- Introducción	5
1, 1.- Consideraciones previas.....	7
1, 1, 1.- Intersubjetividad y no-intersubjetividad.....	8
1, 2.- Cierre de las consideraciones.....	11
2.- Marco teórico e histórico	12
2, 1.- El proyecto positivista lógico: Verificacionismo.....	13
2, 2.- Problemas con los criterios empiristas y la tentativa de los marcos lingüísticos.....	15
2, 3.- Críticas a Carnap a partir de las tesis quineanas.....	18
2, 4.- Compromiso ontológico, dos indeterminaciones y su aplicación al lenguaje natural.....	22
3.- El lenguaje sin referencias de Quine	27
3, 1.- La reificación como punto de continuidad entre LN y teoría científica.....	28
3, 1, 1.- Reificación de cuerpos y masas. Distinción términos generales y particulares.....	30
3, 1, 2.- Analogía, términos singulares abstractos y teoría científica.....	32
3, 2.- Significado estimulativo: su lugar en el panorama general.....	35
3, 2, 1.- Estimulaciones y su relación con espacios cualitativos, disposiciones, instintos y LN.....	39
4.- Naturalizando el lenguaje natural	42
4, 1.- Géneros naturales en los niños: categorización e inducción.....	46
4, 2.- La noción de objeto prelingüística y la reificación quineana.....	51
5.- Conclusiones	56
5, 1.- Un relato acerca del <i>significado</i> y la <i>referencia</i>	57
5, 2.- Un relato acerca de la <i>intersubjetividad</i>	61
Bibliografía	65

Resumen

La presente tesina realiza en su marco teórico una breve introducción a las ideas del Círculo de Viena sobre el significado, para a continuación presentar el ataque frontal a las bases del positivismo lógico llevado a cabo por Quine, cuyo original sistema filosófico involucra sostener tesis filosóficas de carácter abarcador, dejándolas en un sector indefinido entre lo semántico, lo epistemológico y lo metafísico.

Por lo anterior, la estructura de la exposición del sistema quineano se hará desde “fuera” hacia “adentro”, es decir, yendo del ataque hacia Carnap y el Círculo, pasando por sus tesis del compromiso ontológico, el holismo semántico, la indeterminación de la traducción, la relatividad ontológica y la indeterminación de la referencia, para luego ir hacia las presuposiciones empíricas tácitas que hacen su sistema creíble, o sea, la reificación como punto de continuidad entre el lenguaje natural y la teoría científica, junto con su concepción de un significado estimulativo compatible con el conjunto de sus proposiciones filosóficas. Una vez en el interior del sistema se atacará la noción de “reificación quineana” que involucra que el mundo es concebido desde nuestra niñez como un conjunto no ordenado de experiencia siendo ordenado recién con la adquisición de un lenguaje cualquiera, cosa incompatible con lo que la investigación en psicología del desarrollo ha descubierto.

Finalmente, considerando que lo que muestran los experimentos hechos en niños prelingüísticos es una prueba suficiente de la falta de plausibilidad del edificio quineano, entonces se intentará hacer una reconstrucción sobre las soluciones que se han formulado históricamente a los problemas del “significado”, la “referencia” y la “comunicación”, lo que implicará inmediatamente una propuesta sobre las nociones conceptuales que debe contener una teoría más completa cuyo objeto sean los lenguajes naturales.

1.- Introducción

Parto de un mundo que intenta ser lo menos filosófico posible y lo más cercano a lo que se podría denominar como “cotidianeidad”. No hay cabida para criterios cartesianos que iguallen lo dudoso a lo falso, ni para caracterizar el mundo como Hume como un caos sensorial y suponer que no son suficientes los datos de nuestra visión y demás sentidos para inferir la “solidez” de los cuerpos. Mi punto de partida es al revés: nuestro mundo es ya “tridimensional” desde el principio y son los datos posteriores, aquellos que convergen en los variados armatostes teóricos, los que nos hacen pensar que se produce un aprendizaje desde lo bidimensional de la retina a lo tridimensional de la experiencia. El mundo que habito es uno donde puedo viajar a otro país, aprender rústicamente otro idioma y, aun así, comunicarme con otros. En este mundo de la cotidianeidad, el cual es mi premisa más fundamental, la experiencia y la teoría van por carriles separados: se puede ser un hombre de mundo sin haber leído muchos libros, ni manejar ninguna representación simbólica del entorno. Por esto último, considero que un problema teórico no implica necesariamente un problema real, ya que su génesis puede ser tan simple como olvidar que la teoría es solamente representación y no investigación directa de la realidad.

Históricamente hablando el interés por la investigación del lenguaje ordinario y sus características universales es muy antiguo dentro de la filosofía, de hecho parte con Sócrates y Platón. Sin embargo, el marco teórico del presente escrito es tardío y se sitúa en el trabajo hecho por el Círculo de Viena. Los filósofos del Círculo, persiguieron varios objetivos, de los cuales destaco por su utilidad inmediata, la unificación de la ciencia a través de la búsqueda de un lenguaje neutro y la disolución de la metafísica mediante el análisis lógico del lenguaje – secciones (2) y (2.1). En parte lo segundo se logró, a costa de aceptar la intrusión de lo metafísico en las mismas teorías científicas, pero lo primero quedó inacabado debido a que sus esfuerzos fueron demasiado cándidos en la formulación de sus conjeturas – sección (2.2). El establecimiento de los famosos “enunciados protocolares” que, se suponía, fundamentaban nuestra ciencia y serían el resultado final de la reducción de una teoría científica a la experiencia directa, acabaron en discusiones prácticamente inconducentes entre Rudolf Carnap, Otto Neurath y Moritz Schlick y sería Quine quien denunciaría la candidez del positivismo lógico a través de su crítica a la distinción analítico/sintética – sección (2.3). El lenguaje natural estaba aquí en el “ojo del huracán”, pues era tanto el generador de pseudoproblemas en la filosofía, como esa borrosa parcela que se resistía a ser perfectamente traducible en enunciaciones lógicas y sistemáticas.

Por otro lado, Quine será más sensato en su postura frente a las teorías científicas; éstas, en esencia, son tan metafísicas como las creencias en los dioses griegos y jamás las evidencias en contra las falsan por completo. Ello es debido a que una teoría es más parecida a una conjunción de muchas hipótesis que implican un enunciado observacional y el holismo de Duhem-Quine – sección (2.3) – indica que basta retirar una de las hipótesis, la que sea más adecuada, para mantener la coherencia de la teoría total. Así las teorías jamás son totalmente falsas y su superación se da por criterios que por separado son blandos como la elegancia, economía de entidades, poder explicativo y predictivo, pero que en su suma son lo suficientemente fuertes para dirimir entre teorías rivales. Ahora bien, lamentablemente el costo que pagará el lenguaje natural dentro de la visión quineana es que, así como la metafísica queda mezclada con la teoría científica, el lenguaje natural también queda mezclado con esta última – sección (3.1) –, constituyéndose así como un capítulo anterior: “La teoría puede ser deliberada, como lo es, por ejemplo,

un capítulo de química, o ser una segunda naturaleza, como ocurre con la inmemorial doctrina de los objetos físicos perdurables y de dimensión media.” (Quine, 1968, p. 25) No obstante, señalaré que, aunque existe reificación tanto a nivel del lenguaje ordinario como de teorías, eso no implica que exista una continuidad entre el lenguaje cotidiano con las formulaciones científicas, puesto que la reificación de los niños prelingüísticos tiene una función de sobrevivencia y va en la conformación cognitiva de ellos, lo que la hace incorregible, mientras que la que es hecha dentro de una teoría científica tiene un objetivo instrumental y a los que *realmente* no tenemos acceso directo – sección (4.2). Ello es de importancia futura si se quiere zanjar de manera definitiva la vieja cuestión de cuándo nos ponemos a hacer metafísica al usar las palabras, si se concede redefinir a la metafísica como rasgos de percepción comunes a los individuos de cierta especie cuya determinación fisiológica los hace necesarios y no meramente contingentes y no un “algo más allá” o “mundo externo”, cuya formulación hasta ahora se ha mostrado dudosa en su legitimidad.

Otras cuestiones que expondré y discutiré de lo planteado por Quine son: el compromiso ontológico, las tesis de indeterminación de la traducción y referencia – sección (2.4) –, el significado estimulativo y su relación con las sentencias observacionales¹ – sección (3.2) – y con los mecanismos fisiológicos y/o cognitivos innatos del ser humano para el aprendizaje del lenguaje que el mismo Quine acepta como existentes – sección (3.2.1). El filósofo a lo largo de su obra tiende a evadir el hecho de que es posible afirmar que ciertas expresiones tengan referentes comunes debido a la herencia de la especie y que, por ende, la traducción de una sentencia a cualquier lenguaje puede ser explicada sin apelar a una “inconsciente aceptación anticuada de la idea de idea” (Quine, 1988, p. 52) – inconsistencias entre los postulados de su sistema en la sección (4). Si vamos más allá de su sesgo conductista para analizar el lenguaje natural y afirmamos que “disposición conductual” es derechamente un “estado físico o mecanismo” (Quine, 1988, p. 24), como el mismo filósofo admite ya más abiertamente con el tiempo, entonces se abre camino a una de las metas del presente escrito, que es establecer cierta base común de experiencias y, por tanto, de referentes del lenguaje, que poseen los seres humanos apelando a la biología de la especie – sección (5.2). Si esta meta se logra, aunque sea de manera provisoria, entonces a largo plazo pueden ser alcanzados otros objetivos de mi interés como, por ejemplo, dirimir hasta qué punto una teoría científica es equivalente a una metafísica y de qué modo pueden ser interpretadas “mundanamente” con los distintos lenguajes naturales, o también establecer una nueva forma de conmensurabilidad entre teorías, considerando qué contaría con una forma de hacer traducciones extensionales usando los referentes establecidos intersubjetivamente.

Finalmente, falta agregar, que esta intersubjetividad en la que me afirmo no se sostiene en la creencia ciega de la inmutabilidad del lenguaje ordinario como cosa “sacrosanta” (Quine, 1968, p. 17), la cual mantendría así únicamente para la consistencia de la propuesta semántica. Al contrario, acepto totalmente la evolución del lenguaje a lo largo del tiempo, dependiendo ella principalmente de factores culturales y sociales. No obstante, tales factores no avanzan a la par en velocidad de los cambios en la biología de los usuarios, lo cual significa, finalmente, que los referentes de cierto sector de los lenguajes

¹ Este punto será muy complicado por los mismos matices que tiene el pensamiento quineano a través del tiempo y advierto que se harán a menudo simplificaciones al respecto. Agrego que el uso de la palabra “sentencia” es el mismo de oración o enunciado. La coloqué de tal manera para respetar la traducción original.

se mantienen relativamente más estables a lo largo del tiempo que en otros sectores. Luego, si en algo me afirmo es en la inmutabilidad relativa de la fisiología humana. En el mundo de la cotidianeidad para decir que todo cambia a nuestro alrededor nos suponemos a nosotros mismos como un mismo objeto idéntico a sí mismo, simple y relativamente estable, en contraste del cual tiene sentido decir que el mundo “cambia”. Básicamente mi estrategia es análoga a ello y asevero que es necesario cierto “fundacionalismo” semántico – los “mundos nocionales” compartidos en (5.2) – que explicaría tanto nuestro éxito como nuestro fracaso al comunicarnos, el cual complementa el conductismo escrupuloso quineano.

1, 1.- Consideraciones previas.-

A medida que se avance en el desarrollo de los temas se hará más claro que el lugar del presente escrito no es, estrictamente hablando, la “filosofía del lenguaje”, dado que el tratamiento más extenso de exposición y discusión se hará dentro del sistema filosófico quineano, el cual se define por su originalidad y la fuerte imbricación de teorías, las cuales en conjunto cubren diferentes cuestiones cuyo lugar está tanto en la filosofía del lenguaje, como en la epistemología, la filosofía de las matemáticas, la metafísica u ontología, la filosofía de la lógica, las filosofías de las ciencias, la lingüística y la psicología especulativa.

Por lo anterior se hará gala de un uso reiterativo e indiscriminado de palabras y expresiones tales como “metafísica”, “carga ontológica”, “empírico”, “observacional”, “sensación”, “percepción”, “referencia”, “mentalismo”, “teoría científica” o “conocimiento”, algunas de las cuales serán esclarecidas durante el desarrollo de la exposición y otras que serán dadas como más o menos sabidas de antemano con un significado *común* de quien maneje cierto vocabulario filosófico lato, no necesariamente especializado. Debido que, además, este escrito no se limitará a argumentar en contra de las tesis de un autor específico, sino que persigue en su último trecho abordar muy sintéticamente algunos conceptos de la filosofía del lenguaje en general, es preciso apuntar algunas premisas básicas sobre lo que entenderemos es un “lenguaje natural” (LN) que servirán de base para la tarea posterior.

Considérense como premisas las siguientes proposiciones (debo su inspiración a Bunge, 2008):

- (a) Un LN es un conjunto de elementos fonéticos o escritos usados por una comunidad de sujetos.
- (b) Los elementos que componen un LN – tanto en su forma escrita como verbal – *representan* otro objeto, pudiendo ser éste un algo físico o formal.
- (c) Los elementos que componen un LN, a través de la representación, intentan *comunicar* cierta información. Lo que se entiende por información puede aludir tanto a un estado de cosas como a una cuestión interna de quien usa el lenguaje.²

² ¿Qué es la “referencia”? ¿Es la “cosa” representada? ¿Es la información que deseamos comunicar? Convengamos por ahora que es la primera. No se puede argumentar esta decisión de una manera profunda, puesto que “referencia” es un cercano a un primitivo dentro de un proyecto semántico. Podemos acudir a cómo, de hecho, usamos el LN para justificar un poco más esta decisión. Ejemplifiquemos: veo una araña y exclamo “¡una araña de

(d) Por “lenguaje natural” se entiende los elementos que lo componen. Estos son las palabras que usualmente son categorizadas en sustantivos, verbos, pronombres, adjetivos, etc.

(e) Es un contrasentido hablar de “lenguaje natural” si no se cumple (a), (b), (c), ni (d).

No obstante, otras condiciones que parecen necesarias para que exista un lenguaje natural no son tales, por ejemplo, la existencia de una gramática. Por gramática no entenderé cierta “lógica innata” como principios psicológicos que determinan la configuración de un LN, sino que simplemente la entenderé como la sistematización de reglas para el uso correcto de una lengua. Históricamente un lenguaje es primero un instrumento rudimentario que no se organiza a sí mismo más allá de la utilización arcaica de los usuarios.³

Ahora bien, ya que damos por sentado (b) y (c), es decir que los lenguajes naturales representan y comunican, entonces nos es lícito decir que sus elementos apuntarán objetos situados en diferentes “sectores de la realidad”, ¿qué quiere decir esto? Que, al parecer, las palabras representan objetos asentados en diferentes lugares, categorizados así según su *acceso epistémico*. Intuitivamente nos podemos permitir decir que una mesa y una silla están colocadas en un mismo nivel de acceso epistémico, mientras que un estado cualitativo interno se encuentran en otro muy diferente. Para ello dediquemos una subsección para establecer cierto vocabulario de utilidad para las conclusiones del presente escrito.

1, 1, 1.- Intersubjetividad y no-intersubjetividad

Clásicamente, según el acceso epistémico se hablaban de tres categorías donde caían los objetos de conocimiento: lo objetivo, lo intersubjetivo y lo subjetivo. Las palabras de todo discurso podían, en teoría, ser clasificadas como apuntando a cada uno de estos tres niveles:

1. Objetivo: Definiremos que “el plano de lo que es independiente de los sujetos” consiste en “lo objetivo”. Sin embargo la pura definición nada nos dice, ya que todo es dependiente de nosotros en un sentido epistémico, luego ¿qué queremos decir con esta frase que no podemos clarificar a través de las mismas palabras? La respuesta es solamente que tal frase quiere significar que el

rincón!”. Quien nos escucha sabe que nos referimos a una araña específica, pero deduce que, además, deseamos informar que es “de rincón”, además que comunicamos con nuestro tono de voz nuestra sensación de sorpresa o miedo. Como (b) y (c) están íntimamente ligados entre sí sobra decir que no existe referencia tras cuyo acceso sea no informativo de alguna forma. Si algo deseamos representar, es porque, precisamente, “algo” queremos comunicar.

³ Por “gramática” entenderé “el estudio de las reglas y principios que regulan el uso de las lenguas y la organización de las palabras dentro de una oración”. La gramática subentiende y resulta muy posterior a la existencia de los principios lógicos como el de identidad y no contradicción, los cuales trascienden los LN. Tales principios de la lógica no son una condición que enlistaré para un LN debido a que, no es que no sean necesarios, de hecho lo son, sino que porque basta decir que para que un pensamiento sea coherente y significativo debe atenerse a tales principios lógicos, de origen psicológico. Agrego que, si bien la representación de estos principios psicológicos puede ser manipulada por las ciencias formales mediante, por ejemplo, reglas de deducción, ello no implica que estas transformaciones representen algo en la realidad. Ello siempre queda sujeto a la investigación empírica.

conjunto de nuestros instintos en nuestro desarrollo cognitivo nos lleva a dar una independencia absoluta a los objetos de nuestra percepción. Es la intuición de que nuestras palabras no agotan el mundo, y es guiados por esta intuición que intentamos representar una y otra vez con diferentes sistemas los objetos que nos circundan.

Existen dos actitudes de investigación de los objetos: especular o experimentar sobre ellos. Lo primero lo hace la filosofía en su rama denominada “metafísica” u “ontología”, y la evidencia que utiliza es intrasubjetiva.⁴ Lo segundo lo hace la ciencia en todas sus ramas y la evidencia es de carácter intersubjetiva. A priori esto parece dar ventaja a la segunda sobre la primera, pero ello es aparente. Una “teoría científica” estipulada por una ciencia particular no se reduce puramente a proposiciones cuyas palabras representen objetos en el plano intersubjetivo, sino que eventualmente intenta hacer referencia a cuestiones de carácter *objetivo* a las cuales alude con palabras crípticas como “fuerza”, “energía” o “cuerdas”. Sobre esto último se argumentará con más detalle en la secciones que presenten los problemas que hubo al tratar de diferenciar entre enunciados teóricos versus observacionales en la ciencia.

2. Intersubjetivo: *Grosso modo*, lo que está puesto en común entre los sujetos. Un LN en esencia es intersubjetivo por la premisa (a). Una expresión que no represente nada, ni que comunique nada no puede ser considerada como un elemento de un LN, ya que sería, solamente, una emisión de ruido o un garabato puesto en un papel. Lo que es intersubjetivo puede ser tanto convencional como natural, pero debido a que nuestro objetivo último está en afirmar que no todo el LN es convencional, sino que dada sus raíces materiales, existen expresiones que se acercan a ser signos naturales, en el sentido que su referencia radica en nuestra fisiología, entonces *a priori* no tiene mucho valor hablar de “signos convencionales” o “signos naturales”.

Gran parte del contenido de las ciencias es intersubjetivo. El conocimiento para ser considerado como tal también es intersubjetivo o público. No hay “conocimiento privado”, hablar de conocimiento privado es derechamente aludir a que se tiene cierta creencia o estado subjetivo que parece no ser reductible a un sistema de simbolización. “Conocer una mesa” es tener en común con otros sujetos ciertas sensaciones, percepciones y creencias que hemos puesto en común de manera instintiva – tácita – o convenido de manera social/cultural, – explícita – y lo que “objetivamente es la mesa” no puede ser puesto de una forma diáfana en palabras, más allá del marco de una teoría científica o dentro de una propuesta metafísica. Preguntarnos qué “cosa

⁴ Recuerdo que esto es una mera convención terminológica desde el inicio. Para enunciarla me inspiro, claramente, en las ideas de Rudolf Carnap enunciadas en *La superación de la metafísica mediante el análisis lógico del lenguaje* y en las ideas de Schlick presentadas en *Positivismo y Realismo*, artículos que muestran que la metafísica no es un conjunto de proposiciones con valor cognitivo, sino que son solamente sinsentidos, cuyo valor es solamente emotivo, como el de la poesía. Quine entenderá otra cosa muy distinta por el uso de “ontología” y buena parte de este escrito intentará mostrar que tal forma de usarlo llevará a ambigüedades fuertes, donde por ejemplo el concepto derivado de “carga ontológica” tiene dos maneras de entenderse: una claramente trivial – debida a Carnap – y otra no trivial, pero muy discutible. Para más antecedentes véase la nota 18.

más allá es realmente una mesa” consiste al final en la pregunta implícita de “¿qué otros elementos podemos decir, finalmente, son intersubjetivos y achacables al vocablo *mesa*?”⁵.

3. Intrasubjetivo o subjetivo: Es el plano “interno” de los sujetos, y las palabras que usualmente refieren a este nivel son aquellas que individualizan o caracterizan estados que, en principio, son exclusivamente asequibles a nosotros mismos. La poesía, el arte o la religión son terrenos obvios para ser categorizados como “subjetivos”, no obstante, parece ser el caso que todos los LN poseen cierta dosis alta de expresiones de este calibre. “Tengo hambre”, “siento frío”, “me gusta la comida china”, por ejemplo, tienden a referir cosas que, si no aplicamos una “semántica mentalista”, es decir el sostener que los significados de las palabras son conceptos u objetos inmatrimales, nos quedamos totalmente a oscuras sobre estos elementos del LN. Es en este punto donde las opiniones se diversifican, ya que de algún modo tenemos acceso indirecto a través de razonamientos analógicos, o del análisis conductual o a través de un estudio material de su corporalidad a las cosas que quieren representar y sobre las cuales persiguen informar las palabras. El que se tomen ciertos criterios como más válidos sobre otros para determinar referentes es, finalmente, decidir qué se pone como intersubjetivo y qué cosa queda como estrictamente intrasubjetivo e incommunicable de una manera cabal. Queda como una tarea pendiente el establecer cuales expresiones son candidatas inequívocas para permanecer en una parcial o completa oscuridad para siempre; ejemplos hay varios, considérense “espíritu”, “conciencia” o “mente”.

Ahora bien, lo intrasubjetivo y lo que nosotros consideramos “objetivo” están íntimamente ligados. El metafísico, por ejemplo, cuando está tratando de determinar el contenido de lo “real”, lo hace a través de expresiones que, si son dilucidadas a través de un criterio verificacionista, – en el cual ahondaremos en el marco teórico – terminan refiriendo a la manifestación de un sentimiento interno o a cierta actitud psicológica del metafísico. Luego, no hay verdaderamente gran diferencia en relación con el acceso epistémico de lo “objetivo” e “intrasubjetivo”, ya que lo que llamamos usualmente “objetivo” es aquello que es tan evidente para nosotros que no es comunicable *a priori*, es decir lo que es máximamente intrasubjetivo e indubitable. Sólo cuando se llega a convenir que algo se puede poner en común, entonces recién ahí pasa a ser intersubjetivo, y eso sucede debido a que los objetos no son realmente “cosas ahí”, si no que a lo más ciertas percepciones y creencias compartidas como antes observábamos.⁶

⁵ Quine es un enemigo de suponer una “inaccesible realidad” tras las palabras, por tanto su hábito permanente – el que será sometido a crítica – será hacer un análisis conductual de ellas. La metafísica “inocente” previa a la crítica del Círculo de Viena es aborrecida por Quine, claro heredero en ese sentido de los positivistas lógicos. Una cita de muestra de tal herencia: “Los mismos términos «cosa», «existe» y «real» carecen finalmente de sentido más allá de la conceptualización humana. Preguntar por la cosa en sí, aparte de esa conceptualización, es como preguntar cuán largo es el Nilo realmente, aparte de nuestras millas y kilómetros provincianos.” (Quine, 2001, p. 121)

⁶ Por la misma conclusión cuando se dice “objeto” hay dos acepciones en mente: primero aquello que reduce el significado de la palabra a la suma de las percepciones que se tienen en cierto momento y lugar. Y, segundo, al “algo” que estipulamos es el origen de esta suma perceptual. La primera definición es epistémicamente intersubjetiva y la segunda no. Cuando decimos “mesa” creemos en el LN que usamos la segunda acepción, pero cuando tratamos de ir más allá del sentido metafísico sólo quedamos restringidos a la primera definición y “mesa” es tanto la suma perceptual como el objeto-convencción estipulado. Podemos preguntar entonces ¿qué sentido

Por consiguiente, como advertimos en un comienzo, las tres categorías realmente se reducen a dos: o bien algo es intersubjetivo, o bien no lo es.

1, 2.- Cierre de las consideraciones

Primero; como trasfondo constante de la exposición está argumentar en contra del análisis conductual del LN, dado que éste no bastaría para establecer lo intersubjetivo de un LN. La premisa filosófica general que se le opone es la siguiente: análogamente como un árbol con sus anillos posee un signo natural a través del cual nosotros inferimos cierta información de éste, por ejemplo su edad, el ser humano al tener una fisiología que es más o menos común en todos sus individuos posee cierta información contenida ya en sí mismo, a la cual ciertas palabras o expresiones del LN hacen referencia final. Los LN no son sistemas “mágicos” cuya existencia haya devenido de la nada, sino que responden a ciertas necesidades evolutivas, por lo tanto se deben rastrear sus orígenes arraigados en nuestra historia material inmediata y la esperanza es transformar esta pequeña parcela de expresiones y palabras presente en todos los LN para liberarla de su relación jerárquica que la pondría como determinada por cierta “ontología” cualquiera (con lo especulativo) o fijada por lo cultural.

Segundo: un LN surge luego de alcanzada cierta complejidad de los sistemas biológicos ampliando y refinando las capacidades de los organismos que lo poseen y utilizarán. Luego pierde fuerza distinguir entre “signos convencionales” y “signos naturales”, puesto que el origen de un LN es mixto, donde hay tanto un origen dado por cierta determinación biológica evolutiva, como de la convivencia contingente entre diferentes grupos de seres humanos. Siendo más claros para enunciar este doble origen: al haber referentes compartidos – los estados orgánicos internos comunes a todos los hablantes – todo lenguaje consistirá en parte de “signos naturales” y, dado que hay relaciones de convivencia contingentes sujetas a factores ambientales, históricos y culturales, entonces también todo LN constituirá en parte de lo que se puede denominar “signos convencionales”.

Tercero: dada la primera consideración, pero también el que hayamos puesto como premisas filosóficas – en (1,1,1) – las nociones generales de intersubjetividad del Círculo de Viena, entonces claramente no se apelará a ninguna semántica mentalista⁷ como una elección válida frente a la conductista quineana.

tiene mantener como significativa la segunda definición si no nos sirve para poner nada intersubjetivamente? ¿no se debería desechar por ser evidente sólo intrasubjetivamente? La respuesta es no, porque esta segunda definición puede ser reformulada de la siguiente manera: “objeto” es la hipótesis estipulada por convención que suponemos es el origen de ciertas percepciones y que, como hipótesis, nos permite dar como probable la aparición de nuevas percepciones bajo nuevas circunstancias que se agreguen a la suma perceptual que tenemos. La facultad de dar unidad a cierta suma perceptual en cierto momento y lugar es propia de nuestros mecanismos cognitivos, por tanto, la primera acepción de “objeto” es intersubjetiva y da lugar a una referencia en principio escrutable. (La segunda acepción es lo que da lugar al problema de la inescrutabilidad quineana)

⁷ Una semántica mentalista es aquella que apela a significados como “entidades mentales”, las cuales serían cosas determinadas más allá de lo que está implícito en la conducta de un hablante, su disposición conductual o estados materiales que condicionan el proferir una palabra. Luego los significados como entidades mentales adolecen el gran problema de ser puros *flatus vocis*, que no explican, ni refieren a algo que pudiese ser puesto de manera intersubjetiva. Los peligros del mentalismo, según Quine, serán señalados en (2,4) y (3,2)

Ambas opciones son insuficientes por no ser descriptivas, ni tomar en cuenta cómo de hecho usamos el lenguaje cotidianamente. Así como Quine propuso una “naturalización de la epistemología”, se propondrá acá “naturalizar el LN” – en sección (4) –, lo que implica que la filosofía del lenguaje de vertiente analítica debe dar paso a explicaciones que tengan como base consideraciones empíricas sobre aprendizaje y uso de los LN, las cuales pueden tener tanto su origen en las ciencias cognitivas como en las ciencias naturales.

2.- Marco teórico e histórico

El Círculo de Viena surgió a principios de la década de 1920 a 1930, cuando Moritz Schlick, en torno del cual se agrupó, llegó a Kiel para ocupar la cátedra de filosofía en la Universidad de Viena. En su aspecto filosófico sus principales miembros fueron Schlick, Carnap, Neurath, Feigl, Waismann, Zilsel y Kraft. De los miembros del Círculo ninguno podría haber sido llamado un filósofo “puro”, ya que todos habían trabajado en algún área de la ciencia. El mismo Schlick era físico. En un comienzo todo constituía más bien un centro de reunión que un movimiento organizado y al advertir que se tenían intereses comunes respecto de cierto conjunto de problemas y una actitud común frente a éstos, los miembros del Círculo comenzaron a reunirse con asiduidad para discutirlos. Este proceso comenzó en 1929 con la publicación de un manifiesto titulado “Wissenschaftliche Weltauffassung, Der Wiener Kreis” - *Concepción científica del mundo, Del Círculo de Viena* – que hacía exposición breve de la postura filosófica del grupo. Es en éste donde podemos rastrear como uno de los objetivos el de liberar al lenguaje de la “metafísica”.

Pongamos en orden lo que nos dice el mencionado manifiesto sobre los objetivos del Círculo y que resulte pertinente señalar:

- a. Con “concepción científica del mundo” se entiende la búsqueda de lograr una *ciencia unificada*, o sea, conciliar los resultados de los investigadores individuales con los demás campos de la ciencia. De esto se sigue la investigación hacia un sistema formal neutral, un simbolismo libre del lenguaje histórico y un sistema total de conceptos. La concepción científica del mundo no conoce *enigmas sin resolver*.
- b. Dilucidar problemas filosóficos tradicionales es someterlos al *análisis lógico del lenguaje*, el cual o bien conduce a que queden revelados como pseudoproblemas, como los de tipo metafísico, o bien que pasen a ser un problema empírico subordinado a la ciencia experimental. El trabajo del filósofo consiste en esta dilucidación y no en la formulación de enunciados “filosóficos” propios.
- c. Este *método del análisis lógico* tiene un enfoque distinto sustancialmente al empirismo anterior con mayor orientación biológica y psicológica, los cuales se concentraban en criticar las empresas metafísicas por aventurarse más allá de los límites de la experiencia humana posible. Este nuevo enfoque pretende mostrar que existe una fuerte distinción entre dos tipos de enunciados: unos hechos por la ciencia empírica, cuyo sentido puede ser hallado a través de una reducción a afirmaciones más simples sobre “lo dado” y otros enunciados que resultan ser totalmente carentes de significado, los cuales ni siquiera pueden ser llamados “falsos”, ya que no son capaces de representar un estado de cosas.

- d. La metafísica – y la teología – se denuncian como simulando un contenido teórico donde no existe ninguno al hacer uso inapropiado del lenguaje. No hay representación, sino solamente expresión. No hay teoría, ni conocimiento, sino poesía y mito.⁸
- e. Las *aberraciones metafísicas* tienen un doble origen: primero con la misma forma en que los LN se estructuran y, segundo, en una ignorancia sobre los procesos lógicos del pensar. Un error lógico fundamental, para ilustrar el primer origen, es el caso del sustantivo, el cual se usa tanto para las cosas como para las cualidades, relaciones o procesos de manera que los “cosifica”. El segundo error fundamental de la metafísica radica en la concepción de que el *pensar* puede por sí mismo, independientemente de algún material experimental, lograr nuevos contenidos. No obstante, toda inferencia no consiste en otra cosa que en una transición de unos enunciados a otros enunciados, por tanto de lo que no tiene contenido empírico ningún contenido surge: es una transformación tautológica.

Ahora bien, liberar tanto al lenguaje científico como a la filosofía de los “sinsentidos de la metafísica” fue una empresa que requirió una “teoría del significado” que fuera acorde con ésta⁹. El célebre lema que resume la postura de los positivistas lógicos del Círculo de Viena frente a este punto es: el significado de una proposición consiste en su *método de verificación*. El análisis lógico al que se somete el lenguaje subentiende esta noción de significado, pero además la existencia de enunciados más simples sobre “lo dado”. En relación con estos dos temas, a saber, “el verificacionismo” y “lo dado” tratará la siguiente sección del marco teórico.

2, 1.- El proyecto positivista lógico: Verificacionismo.

Los positivistas lógicos, siendo empiristas, no acuden a ninguna entidad abstracta independiente de la experiencia para individualizar el componente significativo de un enunciado. Una proposición es verdadera mientras dé cuentas de un “estado de cosas”, y es falsa mientras no lo haga. *Verificar* consiste exclusivamente en acudir a este “estado de cosas” y evaluar si lo que está ahí es lo que enuncia la expresión. Si es el caso que el enunciado carece de valores veritativos por los cuales decidirse, entonces es asignificativo. Proposiciones traducibles entre sí hacen referencia a un mismo estado de cosas, y no a un concepto común separado de lo que puede ser verificado o posiblemente verificado. Una expresión que es inverificable, es sólo ruido o signos sin valor.

Este “estado de cosas” es equivalente a “lo dado”. No hay un acuerdo entre los positivistas a qué se refieren cuando hablan de tal cosa, pero hay una fuerte tendencia fundacionalista que señala que el

⁸ Cito del mismo texto: “Si un místico afirma tener experiencias que están sobre o más allá de cualquier concepto, entonces uno no puede negárselo. Pero, resulta que él no puede hablar sobre ello, porque hablar significa capturar en conceptos, esto es, reducirlo a hechos científicos integrables.” (Neurath, 2002, p. 5-6) No se niega la experiencia intrasubjetiva, sólo se la caracteriza como incomunicable. Nótese que el problema de que algo sea incomunicable no es de imposibilidad lógica, sino meramente de carácter técnico. Cuando es el caso que algo es imposible lógicamente, entonces no sólo es incomunicable, sino que además es asignificativo.

⁹ Para hacer justicia a lo que dice Schlick, él no dice que la verificabilidad sea una teoría del significado, ya que es previa a cualquier teoría.

conocimiento, finalmente, se basa en enunciados elementales que conciernen a hechos simples correspondientes a “lo dado” y cuyo significado puede conocerse por directa observación de hechos. Estos son los *enunciados protocolares* de Carnap y Schlick. El análisis de una expresión consiste en su “descomposición” en enunciados protocolares y, por lo tanto, con el establecimiento de enunciados protocolares el significado de una proposición también puede ser fijado por su “deducibilidad” de proposiciones más elementales y las reglas sintácticas de un lenguaje.

El significado de un enunciado no coincide con su verificación solamente “actual” o efectiva, sino que con su verificación *en principio*, debido a que el significado de una proposición es independiente de las circunstancias en las que nos encontremos y que en un determinado momento permitan o impidan la verificación de hecho. Por ejemplo “hay vida inteligente en Marte” es un enunciado que posee significado, ya que su verificación es posible si se alcanzan ciertos medios técnicos, es decir, la comprobación es una cuestión concebible y por lo tanto el significado existe. Advertamos que la posibilidad de verificación no debe entenderse como posibilidad *empírica*, sino que es exclusivamente *lógica*. Luego existen dos clases bien diferenciadas de enunciados: aquellos verificables – en principio, o efectivamente verificables – y aquellos que son inverificables, debido a que son imposibilidades lógicas, contradicciones o fórmulas mal construidas por confusión en el lenguaje de enunciación, cosas que, por ende, ni siquiera pueden ser pensados¹⁰. La diferencia es de esencia y no una cuestión de grados.

No obstante, este verificacionismo primigenio, además de aun no tener bien estructuradas y sin tener puestas en común las bases para caracterizar “lo dado”, enfrenta problemas para verificar objetos físicos sencillos, ya que, estrictamente hablando, el significado de un enunciado que aluda a una cosa física cualquiera, solo se agota mediante un número infinito de verificaciones. Este problema sobre la “infinitud de verificaciones” Schlick lo rodea de este modo:

“El significado de un enunciado físico, jamás se determina mediante una sola verificación aislada, sino que debe pensarse que el proceso adquiere las siguientes modalidades: si se dan las condiciones x, tiene lugar los datos y, donde podemos sustituir a x por un número indefinidamente grande de condiciones, permaneciendo para cada caso verdadera la proposición. (...) De este modo, el significado de todo enunciado físico, queda finalmente alojado en una interminable concatenación de datos y, por ende, el dato aislado aquí carece de interés. De ahí que si alguna vez dijo un positivista que los únicos objetos de la ciencia son las experiencias dadas, es innegable estaba equivocado: lo

¹⁰ Detengámonos en que “concebible” es equivalente a “lógicamente posible”. En el momento en que esto se escribió existía una tendencia a considerar aun a la lógica como un *gran corpus* teórico bien integrado y único. Sin embargo, ahora no tiene mucho valor igualar lo “concebible” con lo “lógicamente posible”, puesto que lo primero es una cuestión evidentemente psicológica y lo segundo una cuestión de lo que atañe a lo formal. ¿Por qué decidir en ese momento que la lógica que se estaba construyendo es la lógica que usamos para pensar? ¿por qué no estipular que se trata de una diferente, como las paraconsistentes actualmente descritas? Y la razón es la siguiente: la lógica, como apunté en una nota anterior, tiene su origen como representación de ciertos principios psicológicos, pero luego cuando esta ciencia toma el carácter formal que tienen, por ejemplo, las matemáticas, se transforma meramente en un modelo de representación y pierde fuerza argumentativa para dirimir cuestiones por sí misma. Luego tendríamos que decir que “lógicamente posible” es condición necesaria y suficiente para que algo sea “concebible” exclusivamente en los casos que la lógica se toma en su sentido “clásico” más rudimentario.

único que el científico busca son las normas que regulan las conexiones entre las experiencias y mediante éstas pueden ser prevista.” (Ayer, 1965, p. 98)

2. 2.- Problemas con los criterios empiristas y la tentativa de los marcos lingüísticos

Schlick ya notó en su momento que no es puramente “lo dado” lo que la ciencia persigue, sino que son las “normas” el contenido primordial teoría científica. Esto da pie al argumento final que deja en duda la eficiencia explicativa del principio: una teoría científica en cuanto requiere de sus enunciados no observacionales – los cuales se reducen a relaciones de términos no observacionales – para su enunciación completa al ser sometida al principio de verificación concluye en su exclusión de la propia ciencia, así como lo que pasa con las mismas proposiciones metafísicas que se buscaba desechar.

Con esta situación a la vista, en 1950, Carl Hempel escribe *Problemas y cambios en el criterio empirista de significado*, en el cual se enlista los problemas que tuvo tanto el criterio guiado por el principio de verificabilidad como, posteriormente, las limitaciones de la falsabilidad, criterio defendido por Popper. Sumariamente apuntemos primero problemas del primer criterio del Círculo de Viena:

- a) Se excluye absolutamente todas las oraciones universales y leyes universales. Luego, dado que las teorías científicas tienen esta clase de oraciones, entonces todas meramente por contenerlas serían sinsentidos.
- b) Una disyunción de una oración verificable o con significado empírico y otra que no lo tenga, constituirá una oración verdadera.
- c) La negación de algunas oraciones verdaderas verificables empíricamente no necesariamente serán falsas, sino que es inverificable. Por ejemplo, sea “al menos un x tiene la propiedad P”, su negación “ningún x tiene la propiedad P” no es ni verdadera ni falsa. (a) es verificable pero (b) no lo es.

Como dijimos, también el criterio que nos dice que es significativa una teoría si es posible su refutación por medio de un número finito de observaciones, adolece de problemas:

- d) Excluye oraciones existenciales que no son refutables por la observación y cuyo origen debería bastar para dudar de su validez, como aquellas que refieren a seres míticos.
- e) Una conjunción de una oración falsable empíricamente y otra que no lo es, formará una oración verdadera siempre.
- f) La negación de una oración de cuantificación universal no es significativa. Una oración del tipo “Ningún x tiene la propiedad P” no es refutable.

Ahora bien, Carnap, figura destacada del Círculo al ser el continuador directo de Schlick, posteriormente a su asesinato, tras adherir a las tesis centrales del verificacionismo y lo expresado en el manifiesto que antes se ha visto, intenta superar las dificultades que se plantearon al criterio empirista lógico del significado. En la sección 4 de *La superación de la metafísica mediante el análisis lógico del lenguaje*, hay

pistas del camino posterior que recorrerá Carnap para enfrentar los problemas justo arriba mencionados.

Para los positivistas, además de existir palabras asignificativas – según el principio de verificabilidad – como elementos de un primer tipo de pseudoproposiciones, además hay otro género de pseudoproposiciones, el cual consiste en la concatenación de palabras con significado, pero reunidas de tal manera que el conjunto o bien viola la sintaxis del lenguaje o sino las “categorías sintácticas”, como él las llamará. Considérense los siguientes ejemplos:

1) “César es y”

2) “César es un número primo.”

- El conjunto (1) viola la regla de la sintaxis que obliga a usar luego de la cópula “es” un adjetivo u otro sustantivo, utilizando en vez una conjunción como tercer término de predicado. Una genuina proposición sería del tipo: “César es un general” o “César es soberbio”.

- La secuencia (2) es sintácticamente correcta, no obstante carece de sentido, ya que ser “número primo” es algo predicado de los números en general y no puede ser ni afirmado ni negado de una persona. Luego (2) aparenta ser una proposición, pero al no expresar ninguna relación objetiva existente o inexistente pasa a ser este conjunto de palabras una “pseudoproposición”.

Carnap observa que “El hecho de que los lenguajes cotidianos permitan la formación de secuencias verbales carentes de sentido sin violar las reglas de la gramática indica que la sintaxis gramatical resulta insuficiente desde un punto de vista lógico” (Ayer, 1965, p. 74) y por ende, si gramaticalmente se subdividiera a los sustantivos de un LN en diferentes *clases o géneros* de acuerdo con las *propiedades* que le corresponden a cada uno, entonces todo caso (2) quedaría subsumido dentro de (1), o sea, no sería necesario atender al significado de cada palabra para evitar sinsentidos, ya que bastaría con atender a su orden sintáctico. Es aquí donde se proponen “categorías sintácticas” que serían cosas, propiedades de cosas, relaciones entre cosas, números, propiedades de números, relaciones entre números, etc.

Siguiendo con el ejemplo, tenemos que al sustantivo propio “César” le corresponde pertenecer al género de “personas”, al de “personas” le corresponde “oficio” y de ahí llegamos a “general”. O al de “persona” le pertenece “temperamento” o “característica psicológica” y por extensión “César es soberbio” tiene significado, pues algo así como el enunciado “El siete es soberbio” no lo tiene. Para Carnap si un lenguaje fuese correctamente construido, entonces toda secuencia de palabras carente de sentido sería del tipo del ejemplo (1).

Hemos llegado al problema otra vez que advertía Hempel: ¿cómo es posible que, por ejemplo, una relación como entidad abstracta, no correspondiente a ningún hecho del mundo, pueda ser parte de una teoría? ¿o que con los géneros suceda exactamente lo mismo? Supongamos que una teoría científica nos dice: (3) “Saturno es más grande que Mercurio, por tanto su fuerza de atracción es mayor”, entonces pareciera ser que *a priori* el principio de verificabilidad funciona, pero ello es ingenuo cuando sometemos el enunciado a ciertas preguntas como:

- a) ¿Qué significa “más grande que”?
- b) ¿Cómo sabemos que Saturno y Mercurio pueden ser relacionados?
- c) ¿Cómo llegamos del tamaño de algo a su fuerza de atracción?

De (a) se sigue que existen relaciones que no son estrictamente pertenecientes a la lógica, ya que dependen de ciertas convenciones anteriores al de una relación lógica, las cuales pueden ser aceptables dentro del contexto clásico del empirismo lógico. Estas convenciones son las medidas, por ejemplo, sin las cuales los objetos carecen de propiedades como “extensión”. No podemos decir que algo es más grande que otra cosa sin la utilización de una *medida*, por tanto dentro de (3) hay algo que es anterior a la verificación y está más allá del principio.

De (b) se sigue que existe algo en común entre ambos: el que pertenezcan a la clase de los planetas. Se puede decir, en contra, que basta que un objeto tenga masa para que pertenezca a una teoría física y no que necesariamente pertenezca a la dudosa y convencional categoría de “planeta” o “astro”, etc., sin embargo el punto es que para que algo pertenezca a cierta teoría se hace uso de que los referentes de la teoría tengan ciertas propiedades comunes entre sí. Es por eso que un “pensamiento” es un objeto ilegítimo para la física, pero válido para la psicología. La determinación de *propiedades, géneros, clases* u otros conceptos semejantes tampoco es algo que pueda someterse a simple verificación, ni que pueda seguirse a partir de simples proposiciones protocolares a través de un algoritmo.

De (c) se sigue que se postulan ciertas *leyes* dentro de cualquier teoría científica, las cuales en sí mismas son proposiciones que no pueden ser ni verificadas y que su falsación es dificultosa dentro de la ciencia. Por ejemplo si vemos que luego de soltar un objeto cualquiera, este en vez de caer, queda flotando, no pensaremos tan fácilmente que la teoría de la gravedad ha quedado refutada, sino que deben haber ciertos procesos ocurriendo detrás del fenómeno que explican esta anomalía.

Ahora bien, la tesis de los marcos lingüísticos (ML) es la implementación de la idea de usar algo parecido a las “categorías sintácticas”, los que transformarían todo tipo de pseudoproposición (2) a (1) y que, además, permitirían dotar nuevamente de sentido los elementos constituyentes de las teorías científicas que lo perdieron bajo la influencia del principio de verificabilidad, ya que permitiría volver a significar lo que es un “enunciado observacional” y uno “teórico”. Sintéticamente digamos que un ML es la suma de:

- Reglas para la formación de oraciones sobre cierto vocabulario.
- Cierta vocabulario específico que refiere a ciertas entidades.
- Reglas para la determinación del significado del vocabulario. Aquí es donde un método de verificación empírico, por ejemplo, toma lugar si se trata de una teoría de una ciencia natural.

Por tanto, si alguien desea introducir en el LN un nuevo género de entidades, debe implícita o explícitamente integrar un nuevo sistema de “formas de hablar” o, lo que es lo mismo, un nuevo ML. Este proceso es la construcción de un marco. Si se formula una pregunta referida a una entidad dentro del ML, se llama a esta una *pregunta interna*. A ella se contesta dependiendo los métodos establecidos

por el marco. Por ejemplo, a la pregunta “¿2 es un número primo?” la respuesta viene dada por una demostración usando el método deductivo, y a la pregunta “¿el ornitorrinco es un mamífero?”, la respuesta se origina a través de la investigación empírica. Una pregunta que se formula sobre el marco mismo, o sobre las entidades sin darse al interior de un ML son *preguntas externas*, las cuales carecen de sentido en la gran mayoría de los casos.

Siguiendo con el caso de los números, no tiene sentido preguntar externamente, por ejemplo, “¿Hay números?”, sino que solamente si esa pregunta se hace dentro de un ML. “Ser real en el sentido científico significa ser un elemento del sistema; de ahí que este concepto no se pueda aplicar con sentido al sistema mismo.” nos dice Carnap, luego una cuestión externa implica ser capaces de ir más allá de los métodos de significación del vocabulario de un ML, de salirnos de lo empírico o lo lógico. A continuación la única cuestión a dirimir siempre será: ¿qué marco elegiremos? lo cual transforma automáticamente a la pregunta externa por una pregunta pragmática.

Es importante destacar que aceptar cierto ML no implica aceptar que este marco tenga cierta “realidad” superior a cualquier otro. Tómese el caso del lenguaje de cosas¹¹ (LdC), el cual se traduce en aceptar ciertas reglas para formar enunciados y para probar aceptando o rechazándolos, pero no un “mundo de cosas” detrás de este lenguaje, debido a que la tesis de la realidad del mundo de cosas no puede estar entre estos enunciados, al no ser capaz de ser formulado ni en el mismo LdC ni en algún otro lenguaje teórico, por consiguiente la decisión de aceptar el lenguaje de cosas, no es de naturaleza cognitiva, sino que será guiado por los mismos propósitos para los que el lenguaje será usado. Es la eficiencia del lenguaje evidencia para aceptar cierto LdC, pero no para confirmar cierta “realidad del mundo de cosas”.

Finalmente, dado que los enunciados sobre la cuestión externa no poseen valor cognitivo o dan lugar a conocimiento, entonces no tenemos forma de contestar sobre base alguna desde un tribunal “supracientífico” que teoría será mejor que otra. Candidatos para dirimir entre teorías serán finalmente cosas como la “eficiencia”, “fertilidad”, “simplicidad”, “poder predictivo”, etc., pero no hay un marco epistemológico que nos ayude como si lo haría si nos moviésemos dentro de ML con una pregunta interna.

2, 3.- Crítica a Carnap a partir de las tesis quineanas

La relación de Quine con Carnap comienza con el deseo del primero de encontrar una alternativa más clara a la propuesta russelliana de los *Principia Mathematica*¹², la cual consideraba en algunos pasajes como sus distinciones entre signo y objeto o uso y mención demasiado oscura, además de usar vagas nociones mentalistas que suponían propiedades intensionales bajo el nombre técnico de “funciones

¹¹ Según el propio Carnap el lenguaje de cosas es el que refiere a “el tipo de entidades más simple con el que se trata en el lenguaje de cada día: el sistema ordenado espacio-temporalmente de las cosas y eventos observables.” Como se verá más adelante, un LdC chocaría frontalmente con una concepción quineana del LN, donde no existen las entidades simples, por lo cual es posible agregar a lo que se dirá en (2,3) – la crítica de Quine a Carnap – esta divergencia.

¹² Todo esta primera parte de la relación Quine-Carnap está detallada por el mismo filósofo estadounidense en *Retrospectiva de “Dos Dogmas”* (1991)

proposicionales”. Una beca postdoctoral llevó a Quine donde su espíritu afín, Carnap, quien había adoptado por aquella época (1933) una postura contraria a la lógica modal¹³ y el modo mentalista de hablar, la cual se tradujo en la obra *Logische Syntax*. En ese entonces Carnap defendía la distinción analítico-sintética sin basarse en ninguna noción mentalista— todo esto es desde el punto de vista de Quine – y se amparaba en decir que la diferencia entre ambos tipos de enunciados era gradual: los enunciados analíticos son los que deseamos conservar en primer lugar y nada más.

Se mantuvo así la calma de Quine durante unos años, sin embargo, la tendencia extensional carnapiana cambió de rumbo cuando Tarski le persuadió que su “tesis de la sintaxis” era indefendible, a saber, su tesis de que la “filosofía es la sintaxis de la filosofía de la ciencia”. Carnap se percató que hacía falta la semántica y no bastaba exclusivamente la sintaxis. Aunque para Quine, Tarski estaba en lo correcto, en su austero sentido de semántica ceñida a la teoría de modelos y su teoría de la verdad, Carnap fue más allá y terminó metiéndose, incluso, en lógica modal. Entonces corría el año 1938.

Entre 1940-1941 Carnap y Quine nuevamente se reunieron personalmente y separaron ya sus posturas filosóficas en torno a la analiticidad. El diagnóstico de Quine fue que la tenacidad de Carnap en esta materia se debía a su filosofía de las matemáticas¹⁴, ya que un problema para él era la falta del contenido empírico: ¿cómo podía un empirista aceptar el pleno sentido de las matemáticas? Otro problema era la necesidad, como una propiedad de la verdad matemática. La analiticidad era la solución del problema según Carnap.

Es en este trance de oposición a Carnap, y de haberse inspirado en la correspondencia triangular que mantuvo sobre el asunto con Goodman, Morton y White durante 1947, que en 1950 Quine, invitado por la comisión de programación de la Asociación Filosófica Americana a presentar un artículo sobre el tema, publica *Dos dogmas del empirismo*, artículo capital del pensamiento del filósofo y cuyas puntos más relevantes en torno a la distinción analítico-sintética, el primer dogma de los empiristas lógicos, apuntaremos sucintamente:

- Existen dos tipos de verdades analíticas: las verdades lógicas y las verdades analíticas propiamente dichas. Las primeras son en virtud de su forma, es decir, en razón de las partículas lógicas que intervienen – v. gr. “Los solteros son solteros” – y las segundas lo son en virtud del significado de los términos no lógicos presentes. – v. gr. “Los solteros son no casados”.

¹³ Las actitudes proposicionales y la modalidad tienen el problema de la opacidad referencial, es por ello que Quine es reacio a aceptar cualquier lógica que suponga primitivos como “es necesario que” o “es posible que”, debido a que por ejemplo “5 es necesariamente mayor que 4” no nos compromete con “el número de dedos de la mano es necesariamente mayor que 4”.

¹⁴ En una nota de *Empirismo, semántica y ontología* (1950) Carnap explica el porqué Quine, en el artículo *Acerca de lo que hay* (1948) lo clasifica como “realismo platónico” en su concepción logicista de la matemática. La explicación es que Carnap acepta “un lenguaje de la matemática que contiene variables de niveles más altos”, es decir, acepta que hay cuestiones externas por sobre las internas. Lo anterior se expone justamente en la presente sección.

- Se supone que las verdades analíticas lo son gracias a la sinonimia o identidad del significado, sin embargo tal clarificación de la analiticidad es inútil, pues recurre a nociones oscuras, las cuales terminan acudiendo a argumentos circulares.
- El intento de introducir la noción en lenguajes artificiales fracasa también, pues las reglas semánticas a especificar, más que clarificar la analiticidad, la presuponen.¹⁵

Contra el segundo dogma, el del reduccionismo, Quine dice que “el primer dogma sostiene al segundo del modo siguiente: mientras se considere significativo en general hablar de la confirmación o la invalidación de un enunciado, parece también significativo hablar de un tipo límite de enunciados que resultan confirmados vacuamente, *ipso facto*, ocurra lo que ocurra; esos enunciados son analíticos.” (Quine, 2002, p. 85) Frente a la opinión reduccionista, Quine sostendrá que los enunciados se someten como un cuerpo total al tribunal de la experiencia sensible en su conjunto y no de manera individual, ya que todo enunciado sintético no estaría asociado a un único campo posible de acaecimientos sensoriales, cuestión implícita en el principio de verificabilidad.

Así hemos llegado a la tesis del holismo confirmacional u holismo de Duhem-Quine, postura dentro de la filosofía de las ciencias que “(...) dice que los enunciados científicos no son vulnerables a las observaciones adversas por separado porque sólo conjuntamente, como una teoría, implican sus consecuencias observables.” (Quine, 2001, p. 55-56) Esto quiere decir que una observación afecta a la conjunción de proposiciones dentro de una teoría científica, por lo tanto para salvar la teoría basta retirar cualquier enunciado dentro del conjunto y no necesariamente aquel que parece directamente refutado por la evidencia empírica. Supongamos que tenemos la teoría “todos los cuervos son negros” y vemos un cuervo albino. Si fuera el caso que toda la teoría se redujera al enunciado anterior, entonces claramente estaría la teoría totalmente impugnada. No obstante tal enunciado se puede dar, por ejemplo, dentro de la biología, y la observación de un cuervo albino no invalidaría un enunciado que dijera “todo cuervo de pigmentación normal es negro”. Así las leyes, que son enunciados como el del ejemplo, dentro de una teoría jamás son refutadas mediante una observación directa, sino que meramente son cambiadas, según el holismo. (Quine, 1992, p. 33-37, sección “Holismo”)

A partir del holismo confirmacional, se obtiene lo que el filósofo denomina “subdeterminación de la teoría científica”¹⁶ que significa que si todos los acaecimientos observables pueden explicarse mediante una teoría científica global, entonces podemos esperar que resulten igualmente explicados mediante otro sistema del mundo en conflicto con el anterior. Todo esto viene dado porque los científicos inventan hipótesis que hablan de cosas que están más allá del alcance de la observación, por lo cual las consecuencias observables de las hipótesis no implican, inversamente, las hipótesis.

¹⁵ Esto es una paráfrasis de las conclusiones hechas en la introducción *La semántica de Quine: algunas claves* de Francisco Rodríguez Consuegra. (Quine, 2001, p. 11)

¹⁶En *Tres indeterminaciones* (1988) es explícito que junto con la indeterminación de la traducción y la inescrutabilidad de la referencia – o relatividad ontológica – forman la triada de indeterminaciones quineana que constituyen el núcleo de su pensamiento a lo largo de su obra

Por tanto, como no hay una experiencia capaz de discriminar entre teorías, es decir un experimento crucial que elija una y rechace a la otra, entonces el adoptar una teoría u otra responderá al convencionalismo (ya que no sería provechoso pragmáticamente quedarse en un justificado escepticismo) y tal convención ya no vendría a ser fundamentado en la evidencia o el grado de confirmación empírica, sino en criterios pragmáticos, como simplicidad, utilidad o elegancia teórica. Es así cómo se explica que Quine concluya que:

“(…) La cuestión de si hay casas de adobe en el Paseo de Gracia o la de si hay centauros parecen más bien cuestiones de hecho. Pero he indicado que esta diferencia es sólo de grado y se basa en nuestra vaga inclinación pragmática a reajustar un determinado ramal de la red de la ciencia, en vez de otro u otros, cuando intentarnos acomodar en ella alguna experiencia negativa inesperada. En esas decisiones desempeñan algún papel el conservadurismo y la búsqueda de la simplicidad.” (Quine, 2002, p. 88)

La crítica, por tanto, a Carnap es precisamente que su actitud pragmática, la cual demuestra en cierto tenue grado cuando postula su tesis de los marcos lingüísticos, se detiene ante la imaginaria frontera entre lo analítico y lo sintético. Al repudiar esa frontera Quine se sume en un pragmatismo más completo, donde la división carnapiana de las cuestiones de existencia en cuestiones de hecho y en cuestiones de marco general que constituye una división de lo sintético y de lo analítico no tiene cabida. En las palabras del mismo filósofo: “El derrumbamiento de esa dualidad epistemológica es el derrumbamiento de la dualidad ontológica. Para mí, los palos, las piedras, los conjuntos y los números devienen todos habitantes del mundo con igual derecho: son valores de variables.” (2001, p. 108) Quine toma, en cierto sentido, la idea de Carnap y la extiende más allá, ya que si el marco de una ciencia es pragmático, también lo es al respecto el resto de la ciencia y dejan de existir “interioridad” y “exterioridad” de marcos.

Ahora bien, para concluir, falta agregar qué ha sucedido con los “enunciados observacionales” que surgieron en el seno del positivismo lógico y fueron heredados por Carnap, pues evidentemente no han salido indemnes de la crítica quineana. Según Quine, cuando el fenomenalismo dio paso al fisicalismo dentro del Círculo de Viena, se le dio al observador injustificadamente la capacidad de ir más allá del dominio interno de los *qualia*, a la observación del mundo mismo. Los enunciados protocolares eran los encargados de establecer las constataciones como “hace frío”, “está lloviendo”, “esta es leche”, “este es un perro”, etc., pero el punto es que a estos enunciados hemos aprendido a asentir irreflexivamente, de forma inmediata, es decir tales enunciados, como vehículos de evidencia para nuestro conocimiento del mundo externo, *suponen* ya tal conocimiento. “El niño puede ser condicionado sencillamente a afirmar o asentir al enunciado bajo alguna estimulación característica y puede llegar a aprender sólo más tarde que parte del enunciado es un término que denota cuerpos o sustancias, en un mundo externo articulado.” (2001, p. 114)

Es por lo anterior que debemos admitir “grados de observacionalidad”, puesto que la existencia de reconsideraciones tales como “Caramba, finalmente aquello no era un perro” muestra que la observación está hasta cierto punto infectada de teoría y lo que antes era ingenuamente para el empirista lógico un “enunciado observacional” ha dejado de serlo. No obstante, existen casos puros, los

cuales Quine identifica con los que aparecen en los estadios tempranos de la adquisición del lenguaje. Estos serían los enunciados que son el puerto de entrada del niño al lenguaje cognoscitivo, que se pueden dominar sin la ayuda del lenguaje previamente adquirido; en terminología quineana estos últimos serían los enunciados ocasionales observacionales, verdaderos o falsos de ocasión en ocasión.

2, 4.- Compromiso ontológico, dos indeterminaciones y su aplicación al lenguaje natural

Un par de años antes de la publicación de *Dos Dogmas*, Quine expuso la tesis que denominó “compromiso ontológico”, definiendo que es lo que él entenderá que cuenta como un objeto, en el artículo *Acerca de lo que hay* (1948). Existe unidad y consistencia a lo largo del tiempo en las ideas que expuso, por tanto para completar la sección anterior es preciso exponer la tesis del compromiso ontológico, las dos indeterminaciones restantes y como estas últimas se aplicarían a los lenguajes naturales.

Sobre cómo llega a la primera tesis a exponer en esta sección es necesario remitirse al artículo mentado, cuyo punto de partida es el problema de la *barba de Platón*, es decir, como es posible la negación de la existencia sobre algo. La toma de inspiración para solucionarlo es la teoría de las descripciones de Bertrand Russell. Esta estratagema es la que sigue para refutar a quien sea de la opinión que “El no ser tiene que ser de alguna manera, pues, de otro modo, ¿qué es lo que no es?” (Quine, 2002, p. 40) – de ahora en adelante quien siga esta línea de raciocinio se llamará “McX” usando el mote otorgado por Quine. La metodología que sigue el filósofo consiste en los siguientes pasos:

1. Tomemos una expresión que consideremos posee una referencia y que la tome también McX por verdadera. Supongamos, usando el ejemplo del artículo, que se trata del enunciado sin analizar “El autor de Waverley fue un poeta”
2. Usando la teoría russelliana el enunciado se traduce, o descompone lógicamente, en “Algo escribió Waverley y fue un poeta, y ninguna otra cosa escribió Waverley”.
3. En su descomposición lógica la “carga de la referencia objetiva”, que antes pesaba en una frase descriptiva – y por extensión a cualquier nombre, pues todo nombre es una descripción tácita – pasan a tenerlas las expresiones que se denominan “variables ligadas” o variables de cuantificación, a saber, las palabras tales como *algún, ningún, todo*.
4. Habríamos encontrado así solución, sin apelar a referenciar objetos a través de nombres, usando cierta “intencionada ambigüedad” característica de las variables ligadas, pues dice Quine “son sin duda una parte básica del lenguaje, y su significatividad -en contexto al menos- no puede ser discutida.” (2002, p. 45) Esta será la significatividad – sea lo que sea esto por el momento en este punto del razonamiento quineano – deseable que no presupone de ninguna manera que haya un autor de Waverley cuando, si es necesario, se niegue su existencia.

Quine así cree haber aislado el error más fuerte en el que cae McX: hay una confusión permanente entre “significar” y “nombrar” lo que le hace pensar que, si no es el caso que está en cierto “basurero ontológico” el término no referencial, entonces se trataría de un “sentido” o cierta clase de entidad

mental. McX confunde el objeto mentado con la significación de la expresión que lo nombra. Luego infiere que cualquier término no referencial debe “ser” de algún modo para que tenga significación.

La pregunta que se sigue entonces es ¿cómo es que llegamos a considerar plausible la postura de McX? El conflicto surge porque el lenguaje *reifica* los significados, los cuales pensamos como objetos abstractos, siendo que sólo se originan de la confusión del hablar. Por ejemplo, nos complicamos fácilmente pensando que hay algo en común entre los crepúsculos y las manzanas, la rojez misma, pero la tesis quineana es que no es necesario llegar a la afirmación de la existencia del universal para decir que “hay manzanas y crepúsculos rojos”, basta limitarnos al uso de las variables ligadas: he aquí que este uso se denominará *compromiso ontológico*, cuya formulación clásica es “ser es ser el valor de una variable”.¹⁷ Una aplicación muy ilustrativa de su criterio es el siguiente: “Algunos perros son blancos” solamente dice que algunos perros son blancos, para que la afirmación sea verdadera – veremos que ya no necesariamente con referente, según Quine – las cosas que constituyen el recorrido de la variable ligada “algunos” incluye perros blancos, pero ni la *perreidad* ni la *blancura*.

La postura quineana es así una generalización radical de la teoría de las descripciones: “(...) todos los nombres deben reducirse por igual, con lo que todo lo que queda del lenguaje son los predicados y las estructuras cuantificacionales necesarias, resultando todos los supuestos nombres propios denunciados como meros pronombres y nuestro conocimiento de las cosas reducido al de sus cualidades. En el fondo, la idea básica es muy simple: los enunciados priman sobre los nombres, la estructura de una teoría prima sobre la elección de sus objetos; todos los objetos son *teóricos*.”¹⁸

Ahora bien, para introducir las dos tesis siguientes es necesario establecer dos premisas generales – que se repetirán una y otra vez en todas sus obras – que tomaba en cuenta Quine para caracterizar el LN:

- a) “El lenguaje es un arte social que todos adquirimos con la única evidencia de la conducta manifiesta de otras gentes bajo circunstancias públicamente reconocibles” (1974, p.43) Esta

¹⁷ ¿Qué es hacer ontología según Quine? En dos palabras: establecer universales. ¿Por qué hacerlo? “La ontología de cada cual es básica para el esquema conceptual mediante el cual interpreta todas las experiencias, incluso las más tópicas (sic). Considerada en el marco de un determinado sistema conceptual –¿y de qué otro modo sería posible el juicio?– una afirmación ontológica vale sin más, sin necesidad de justificación especial.” (Quine, 2002, p. 49) La rojez la aseverará McX como obvia porque es útil en cierta forma que Quine no le parece: esa es toda la cuestión según el reduccionismo lógico que aplica Quine a la discusión.

¹⁸ No obstante, la frase “todos los objetos son teóricos” hay que tomarla con cuidado: pareciera ser posible interpretar que Quine no habría llegado tan lejos, ya que el mismo afirma de manera no lo suficientemente explícita que tendríamos ciertas *preconcepciones ontológicas*, las cuales sería *reificaciones innatas* (1992, p. 60) La pregunta que surge de inmediato es ¿cuán *teórico* puede ser llamado algo *innato*? La forma en que se habla de “carga ontológica” u “compromiso ontológico” de una teoría parece trivial: ya Carnap, como empirista lógico en su teoría de los marcos lingüísticos – en (2,2) – habría dado con una noción así, a saber, que son las teorías como un todo las que asumen ciertos objetos. Sin embargo, Quine le da cierta radicalidad a su pensamiento que, aparentemente, se contradice con algunos supuestos que toma como punto de arranque; esta contradicción en la interpretación no trivial de “compromiso ontológico” se disuelve – insatisfactoriamente – cuando se adentra al concepto de “reificación” y, por extensión, al de “instinto de reificación” que se expondrá en (3,2,1)

característica es lo que llamaré el “sesgo conductista” de Quine. El filósofo argumenta que en el caso del lenguaje no queda otra opción que el conductismo, esto basado en el experimento mental de la *traducción radical*, pero además tomando en cuenta el cómo adquirimos el lenguaje:

“(…) Conocer una palabra tiene dos aspectos. Un aspecto consiste en estar familiarizado con su sonido y ser capaz de reproducirlo, [o sea el aspecto fonético]. (...) El otro aspecto, el aspecto semántico consiste en saber cómo usar la palabra. (...) Cada uno de nosotros, en cuanto aprende su lenguaje, es un estudioso de la conducta de su vecino; y a la inversa, en la medida en que sus tentativas son aprobadas o corregidas, él es el objeto de estudio de conducta de su vecino.” (1974, p.45)

- b) Como ya se ha venido diciendo y en relación con el conductismo quineano, se caracteriza su visión del LN por ser antimentalista. Toda su tesis del compromiso ontológico es extensional, prescindiendo de conceptos intensionales, – a saber los sospechosos universales que han sofisticado su terminología, pero que siguen siendo la misma cosa tras la máscara – quedándose así sin teoría del significado¹⁹ y solamente con una teoría de la referencia. Utilizando nociones puramente extensionales, entonces:

“(…) La necesidad de mantener la noción mentalista de significado, entendido como la idea común que dos hablantes poseen en las estanterías de sus mentes, ya lista para posibilitar la comunicación, queda completamente eliminada, quedando a lo que Quine gusta de llamar *el mito del museo*: no hay pues tales entidades mentales que hagan posible la comunicación ni al nivel de los términos ni al nivel de los enunciados (no hay, pues, “proposiciones”).” (2001, p.14)

Quine es un naturalista, la mente no es un fenómeno separado de la realidad y, por tanto, no caben los fenómenos mentales como algo que deba ser explicado más allá de lo que es conductualmente explicable o investigable por las neurociencias.²⁰

La indeterminación de la traducción tiene como punto de partida el caso hipotético de un lingüista que llega donde un pueblo indígena con el cual nunca ha tenido contacto antes y, teniendo en consideración que no hay cultura compartida detrás, está forzado a hacer un manual de traducción desde cero: una *traducción radical*. (1968, p.40) La meta de Quine al plantear este experimento es reforzar la característica (a) del LN: toda teoría sobre el significado de una palabra cuenta con la única evidencia de la conducta de los hablantes frente a cierto conjunto de estímulos, los cuales se dan holísticamente y no de manera aislada.

¹⁹ Digamos que sí hay una especie de teoría del significado bastante empirista: la noción de *significado estimulativo*. El “nihilismo semántico” en Quine es solamente ilusorio. Véase la nota 35.

²⁰ Se puede ir aun más lejos: en el artículo *The mind-body problem and Quine’s Repudiation Theory* (2001), Nathan Stemmer caracteriza a la postura del filósofo norteamericano en filosofía de la mente como un antecedente del materialismo eliminativo, dando a los usos dentro del LN de palabras como “creencia” o “deseo” – lenguaje mentalista o de *folk-psychology* – un mero carácter anecdótico, con muy pocas ventajas heurísticas.

Dado que el lingüista se encuentra frente a una tribu que desconoce, la traducción tiene como punto de partida poder reconocer asentimiento y disentimiento frente a lo que ya hemos identificado como “oraciones ocasionales observacionales”, aquellas que posee el máximo grado de observacionalidad y cuya referencia no está reificada. Por ejemplo “está lloviendo” o “hace frío”. No obstante, supongamos que un aborigen dice frente al lingüista cuando aparece un conejo en el entorno “gavagai”, entonces no nos sería lícito decir que la traducción unívoca para “gavagai” es “conejo”, puesto que los estímulos se reciben de forma holística en nuestras superficies sensoriales. Luego, “gavagai” podría significar cualquier parte inseparable del conejo, pero también ser una interjección del aborigen, u otra cosa.

Frente a la misma evidencia empírica tenemos diferentes manuales de traducción y la diferencia o incompatibilidad entre ellos radica en las hipótesis analíticas (HA) que habrían usado los distintos lingüistas para la creación de cada manual. Estas HA son conjeturas cuyo origen viene dado por la cultura tras el traductor, y que servirían para elucubrar cuál sería la gramática que utilizan los aborígenes. Una HA para decir que “gavagai” es “conejo” es la reificación a la que estamos acostumbrados a someter a los objetos de tales o cuales características – para ser más exactos la reificación de ciertos estímulos y que aprendemos cuando estamos sometidos al aprendizaje de nuestra primera lengua – y que no necesariamente posee el pueblo indígena aislado del mundo.

La tesis a continuación, la faltante por exponer, es tanto llamada inescrutabilidad como indeterminación de la referencia y surge como una extensión obvia de la postura (b) sobre el LN. El antimentalismo quineano implica negar que podemos señalar unívocamente algo en la “estantería mental de nuestro interior”. Así la indeterminación de traducción y de referencia están íntimamente ligadas: la primera es una tesis epistémica y la segunda es de carácter “ontológica”, pero dado que hemos visto que para Quine la ontología sólo sirve pragmáticamente como base teórica para organizar los estímulos que recibimos del ambiente²¹, entonces de la carencia de razones epistemológicas “fundacionalistas” para dirimir entre una referencia u otra cuando decimos tal o cual expresión en presencia de un conjunto siempre vago de estímulos – o sea, de la inescrutabilidad –, se sigue inmediatamente la indeterminación.

El concepto desarrollado sobre la indeterminación de la referencia es básicamente que podemos otorgar distintas referencias a los términos que constituyen las oraciones manteniendo constante el valor de verdad de éstas – la prueba pormenorizada de esto último está contenida en el teorema de Löwenheim-Skolem. Claramente no basta el cambio de referencia de los términos, ya que tal cambio se debe hacer en el conjunto completo del aparato de individuación para que así el cambio de las referencias suceda en el conjunto completamente. La indeterminación de la referencia se sostiene en lo que Quine llama

²¹ Viene al caso citar un par de párrafos de *Acerca de lo que hay* que dejan claro el carácter exclusivamente instrumental de la “ontología”: “¿Cómo podemos juzgar entre ontologías rivales? Evidentemente, la respuesta no viene dada por la fórmula semántica “Ser es ser el valor de una variable”; esta fórmula, por el contrario, sirve más bien para examinar la conformidad de una observación dada o de una doctrina con un determinado criterio ontológico previo. (...) Creo que nuestra aceptación de una ontología es en principio análoga a nuestra aceptación de una teoría científica, de un sistema de física, por ejemplo: en la medida, por lo menos, en que somos razonables, adoptamos el más sencillo esquema conceptual en el cual sea posible incluir y ordenar los desordenados fragmentos de la experiencia en bruto.” (2002, p.55)

“funciones vicarias”, las cuales ofrecen muchísimos ejemplos, ya que “una ontología es siempre reductible a otra cuando se nos da una función vicaria f que es biunívoca” (1974, p. 78) No obstante Quine ofrece un caso real donde se aplicaría su tesis de la indeterminación de referencia: los numerales japoneses.²²

Existen en japonés unas partículas lingüísticas denominadas “clasificadores” las que poseen dos interpretaciones plausibles: primero como apoyo para formar numerales compuestos, es decir, si por ejemplo a “5” se le añade un cierto clasificador, entonces este numeral compuesto servirá para contar objetos grandes, si se le conecta otro determinado servirá para contar objetos finos, etc. Su segunda interpretación es que el clasificador haría la función de “género”, por ejemplo, el término de masa “ganado”, resultando el “5” con tal clasificador como “5 bueyes”. Aplicando esto a las referencias significaría que la primera interpretación del clasificador serviría para contar “5 cabezas de ganado”, en cambio la segunda serviría para contar “5 bueyes”. Dice Quine que “(...) lo que es filosóficamente interesante es que la referencia o extensión de los términos más cortos puede no ser invariante.” (1974, p. 57) Así los clasificadores serían el ejemplo paradigmático de cómo operaría la indeterminación de la referencia.

He llegado así al tope suficiente de la exposición de la doctrina quineana – como una respuesta al proyecto del Círculo de Viena – para hacer inteligibles los dogmas quineanos de los cuales pretendo hacerme cargo en lo sucesivo: primariamente su sesgo conductista ligado a un antimentalismo, cuya profundidad aun no ha quedado clara y, segundo, un naturalismo que adscribe a cierto “significado estimulativo”, cuya capacidad explicativa parece reñir con sus tesis de indeterminación. Por tanto los cuestionamientos que se siguen son:

- i. ¿Cómo es que un LN posee compromisos ontológicos más allá de lo que se ha denominado como su “interpretación trivial”?
- ii. ¿Es el significado estimulativo lo suficientemente neutro con respecto a las distintas tesis de indeterminación?

Para responder (i) es necesario adentrarse en la, constantemente, mentada “reificación”, ver sus relaciones con el LN y su función dentro de la ontogénesis de la referencia. Dentro de Quine existe cierto innatismo, pero que parece insuficiente para explicar la adquisición del LN, por lo cual se haría implausible sus teorías filosóficas del lenguaje si, de hecho, el LN funciona de un modo totalmente contrario a lo que el apriorísticamente creía. Y, finalmente, para responder (ii) es preciso tratar de

²² Esta última frase la planteo equívoca intencionalmente; se sostiene la indeterminación de la traducción fuerte y la indeterminación de la referencia en su versión débil, no obstante para el Quine de *Relatividad ontológica*, el caso de los numerales parece una prueba contundente a favor de su tesis fuerte, ya que los numerales son distintamente verdaderos de las palabras que van acompañando y no hay palabra en otro idioma que se comporte de igual manera que el numeral. Pero, nuevamente, la premisa quineana desde el comienzo es que los objetos dependen del LN en cuestión, por tanto las ontologías serían incompatibles desde el comienzo, y es exclusivamente en este caso que los numerales son evidencia a favor de la indeterminación de referencia.

adentrarse en cómo Quine compatibiliza lo que es el significado estimulativo con el resto de su pensamiento filosófico.

3.- El lenguaje sin referentes de Quine

La ostensión es el modo más básico de cómo aprendemos el lenguaje. Podemos no saber qué es un *gaur*, por ejemplo y, por tanto, no saber qué quiere decir la palabra “gaur” cuando nos la dicen y tenemos dos formas de aprender su “significado” – independiente si asumimos que “significado” es una entidad mental o cierta disposición conductual específica o cualquier otra presuposición – bien diferenciadas: o bien nos muestran un gaur o bien nos definen que gaur es “un animal parecido a las vacas”. En el segundo caso la definición sería infructuosa si no tenemos idea de qué es una vaca, por ejemplo si nadie jamás nos ha mostrado alguna. Así regresamos siempre al ladrillo más básico, la ostensión, tanto para construir nuestro “conocimiento” más cotidiano del mundo, como para aprender el significado de las palabras del lenguaje nativo que nos corresponda.

Acordemos que, independientemente de si nuestra sensibilidad es platónica y tenemos simpatía por explicar todo a través de las ideas, o bien nuestro paladar es más kantiano y nos agrada pensar que los significados vienen determinados por ciertas estructuras a priori de nuestra cognición, o bien somos acérrimos empiristas que consideramos al ser humano como *tabula rasa*, es la ostensión el modo más sencillo en que aprendemos. La evidencia muestra que un ser humano que no es estimulado dentro de un ambiente donde se utiliza un LN es incapaz de aprender mágica e innatamente cualquier lenguaje y si observamos cómo es que se enseñan todos los LN en las distintas regiones del mundo, vemos que la ostensión es una de las maneras principales cómo los niños aprenden su lengua materna.

Sin embargo, aunque la ostensión es común al aprendizaje de todos los LN, “lo que” se indica y cómo ello se presenta a los hablantes posteriormente como lo mismo que se mostró a partir del primer acto de ostensión es un problema filosófico de peso, cuya respuesta no es única. Este problema es el de la identidad: “Sometido, como estoy, al cambio, ¿cómo puede decirse que siga siendo yo mismo? Considerando que con un ritmo de pocos años se produce una sustitución completa de mi sustancia material, ¿cómo puede decirse que siga yo siendo yo mismo más allá de los límites de ese período, y aun esto en el mejor de los casos?” (Quine, 2002, p. 113)

Por ejemplo en el caso de la identidad personal se puede recurrir al “alma” para explicar nuestra autoidentidad a lo largo del tiempo y en el caso de lo que significan las palabras se pueden recurrir a nociones como la “intensión” o el “concepto” como respuestas a la identidad de las palabras consigo mismas a lo largo del tiempo o para explicar cómo es posible la comunicación humana en general, sin embargo no es necesariamente ésta la única solución a tales problemas. Quine, al estar en contra de cualquier clase de intensionalismo, al considerarlo sospechoso de multiplicar innecesariamente las entidades en el mundo, considera que la semántica teórica debe ser formulada en términos puramente extensionales. Así las expresiones lingüísticas no van acompañadas de una contraparte mental para explicar su significado, sino que basta observar cuáles son las condiciones ambientales que predisponen la conducta “expresión lingüística”.

Volviendo a la relación entre la identidad y la ostensión se puede ver que:

“(…) El concepto de identidad desempeña una función central en la especificación de objetos extensos espacio-temporalmente por medio de la ostensión. Sin identidad, n actos de ostensión no pasan de especificar n objetos, cada uno de ellos de dimensiones espacio-temporales sin especificar. Pero cuando afirmamos la identidad de un objeto de ostensión a ostensión, hacemos que nuestras n ostensiones se refieran al mismo objeto extenso y, así, proporcionamos a nuestro observador y oyente un fundamento inductivo a partir del cual puede apreciar el alcance de aquel objeto según la intención.” (2002, p. 117)

Para resolver la multiplicidad de entidades temporalmente dispares, “inventamos” la noción de objetos delimitados dentro de cierto tiempo con cierta identidad propia. Estos objetos serán los referentes de los LN, sobre los cuales se predicará distintos estados. Por ejemplo, aunque solamente conocemos estados discretos de un cauce de agua a lo largo del tiempo, llamamos a esto como “río” y ello porque desde pequeños se nos enseñó ostensivamente que a cierto flujo de agua, cuya permanencia es muy variable en el tiempo, se le llama agua. Y sobre este río es posible predicar que está “seco”, “contaminado”, etc.

En general la conclusión sobre la postura de Quine es la siguiente: no debemos entender que el filósofo afirme que los LN no fijen sus referencias a través de las indicaciones u ostensiones que ejercen sus hablantes en su uso y que en ese sentido “el lenguaje queda sin referentes”, más bien el punto de partida quineano es que ningún LN comparte con otro sus referentes, en cuanto que el proceso de ostensión que da identidad y unidad a los objetos es específico y connaturalmente distinto para cada cultura, región, familia y en último caso único para cada hablante. Lo anterior es consistente con las tres indeterminaciones apuntadas en el marco teórico. Es por esto que si miramos desde arriba la situación de relación entre LN y referentes, en el caso de Quine se puede hablar que no existen los referentes, más que como entidades postuladas a través de la convención social y cultural.

3.1. La reificación²³ como punto de continuidad entre teoría científica y LN.

La misma presentación de problemas filosóficos y perplejidades tales como la barba de Platón, mentado en el marco teórico, puede tomarse como un síntoma del “esquema objetivador de nuestro pensamiento” (Quine, 1968, p. 255) como lo llama Quine, el cual es el responsable de determinar cuestiones como la identidad, y ligado con ello la referencia dividida, lo cual gráficamente se traduce en

²³ Como se dijo justo en la sección precedente, para resolver la multiplicidad de porciones dispersas de *experiencias* que se nos presenta continuamente desde bebés como “mundo”, requerimos inventarnos la noción de “objeto” y este proceso del ser humano es lo que, en general, se puede entender por “reificación”. El vocablo en Quine se puede rastrear en artículos a partir del año 1947, no obstante, curiosamente, es utilizado muy infrecuentemente en libros tales como *Palabra y Objeto*, *Desde un punto de vista lógico* y *Las raíces de la referencia*, contando recién con un uso más abundante en su última obra *La búsqueda de la verdad* la cual sintetiza todo su pensamiento filosófico al final de su vida. Dado que la reificación como proceso está íntimamente unida al aprendizaje de un LN, la presente sección y subsecciones se enmarcarán dentro de lo expuesto por las obras que la suponen en su desarrollo, especialmente con el tema del lenguaje en los niños, sin haberla hecho explícita todavía con el vocabulario posterior.

que, por ejemplo, “para aprender manzana no es suficiente con aprender lo muchísimo de lo que pasa por manzana; tenemos también que aprender qué vale como una manzana y qué como otra manzana.” (1968, p. 103) La naturaleza de este “aparato reificador” para el filósofo es clara: deviene del aprendizaje del lenguaje local que le toca a cada niño, y tal aprendizaje se caracteriza por el refuerzo positivo o negativo de la sociedad frente a las respuestas del niño a los estímulos ambientales.

El punto quineano que no hay que perder de vista es la manera en que la estimulación ambiental es percibida como un todo continuo por el niño:

“(…) La madre, rojo y agua son para el niño todos del mismo tipo; cada uno de ellos es una historia de encuentro ocasional, una porción dispersa de lo que ocurre. Su primer aprendizaje de las tres palabras es uniformemente aprendizaje de cuánto o qué de lo que ocurre debe contarse como la madre, como rojo o como agua. El niño no dice en el primer caso “Mira, mamá otra vez”, en el segundo caso “Mira, otra cosa roja” y en el tercero “Mira, más agua”. Para él, las tres cosas están en el mismo plano: Mira, más mamá, más rojo, más agua.” (1968, p. 105)

Por lo anterior, si es que se puede hablar de “unidad mínima de significado” en Quine, éstas no serán las palabras por sí solas, sino que serán las oraciones, entendidas como emisiones concretas de fonemas – u oraciones escritas, para el caso es indistinto – siempre dadas en ciertos contexto de estimulación. Nótese que la oración como unidad mínima de significado es exclusivamente concebible como tal dentro del ámbito del desarrollo del niño y del aprendizaje del LN. Por ejemplo, es exclusivamente en un niño que recién aprendió a decir “me duele el pie” a partir de la conjunción de haber emitido con un refuerzo positivo la frase “me duele la mano” y haber aprendido por ostensión “pie”, que recién ahí la oración “me duele el pie” es por sí misma significativa²⁴. En el caso de un adulto es más complejo, ya que “las sentencias se encuentran entretrejidas” (1988, p. 54) y la manera en que utiliza el LN es como el de una teoría científica completa, la cual consiste en ser una colección de enunciados cuyo significado radica en ser tomado en sí mismo como un sistema holista.

Ahora bien, lo interesante es que la reificación comienza cuando se aíslan términos dentro de las oraciones, pasando éstos a ser los objetos permanentes sobre los cuales se puede predicar. Tal reificación es útil o inútil desde un punto de vista quineano en la medida que es explicativa y no provoca confusiones. Ello se especificará un poco más en las subsecciones siguientes.

Finalmente, como se ha dicho al comienzo, Quine ya observó los problemas que producía la separación entre términos teóricos y términos observacionales que infructuosamente persiguió establecer el Círculo de Viena: distinguir entre dos tipos de términos trae el problema de cómo relacionarlos, pero “al comenzar como hemos hecho, con oraciones mejor que con términos no encontramos problemático que ambos tipos de oraciones compartían vocabulario; y es precisamente el vocabulario compartido el que las vincula.” (1992, p. 27) La relación del LN con la teoría científica surge así espontáneamente en la

²⁴ De *Palabra y Objeto* p. 23. el ejemplo es del propio Quine.

medida que la reificación da lugar a un vocabulario compartido y se produce como un proceso ininterrumpido²⁵ en el desarrollo intelectual en los seres humanos. Quine es explícito en eso:

“El aprendizaje del lenguaje, el aprender gradualmente a cuantificar cuerpos y, al final, sobre objetos abstractos, es una fase de un proceso continuo que prosigue hasta abarcar el aprendizaje y hasta el ulterior desarrollo de la teoría científica superior. Vamos elaborando nuestra ciencia desde la infancia. Cada uno de los pasos (...) del aprendizaje del lenguaje es una pequeña revolución científica privada, un paso en el desarrollo de un sistema del mundo.” (1988, p. 162)

3.1.1. Reificación de cuerpos y masas. Distinción entre términos generales y términos particulares.

La ostensión, aunque es el modo más recurrido en los escritos de Quine, no es la única manera en que podemos observar que aprendemos un LN. Una vez que los niños son capaces de balbucear mostrarían un “comportamiento verbal azaroso” (Quine, 1968, p. 93), el cual sería premiado o penalizado por los padres permitiéndonos ensanchar nuestro lenguaje, pero, además, nuestra “charlatana especie” es capaz de imitación (1988, p. 45), de comportamientos verbales cuando el ambiente es reconocido como similar a una situación pasada, lo cual permitiría aun más oportunidades de refuerzo positivo o negativo. Básicamente esta sería la manifestación externa del proceso que culmina en varias metas: el manejo de una gramática concreta, las reificaciones correspondientes a tal LN y cierta cosmovisión propia del grupo social y cultura en el cual creció nuestro niño en cuestión.

Sin embargo, “internamente” utilizamos cierta abstracción de términos *individuales* que combina el aprendizaje por ostensión de palabras y el refuerzo positivo frente al uso de una oración. El ejemplo “Me duele el pie” es la demostración de cómo funcionaría la dualidad abstracción-analogía: aprendizaje de sentencias como totalidades mediante condicionamiento directo y producción de otras sentencias a partir de las anteriores por *sustitución analógica* (1968, p. 23). Así Quine, mediante la forma de la “analogía”, explicaría como construimos oraciones nuevas y aprendemos una gramática a partir del ensayo y el error. Luego, con lo que se ha apuntado en la sección anterior, se entenderá ahora que la reificación se produce *inductivamente* en el niño a través del ensayo y el error en el uso de palabras o fonemas aislados *azarosamente* de las oraciones que ha escuchado.

Sentado esto, es necesario comenzar a diferenciar más finamente entre las distintas clases de términos “observacionales” que varían en el modo en que reifican cada una, influyendo así en la manera que estructuramos nuestros discursos y sirviendo como una forma de establecer nuestros compromisos ontológicos dentro de las teorías. Pues bien, dentro de nuestro aprendizaje pronto nos enteramos que entre “(...) mamá por un lado y el agua o el azúcar o el rojo por otro lado hay diferencias importantes (...) El azúcar puede estar presente en porciones separadas simultáneas; también puede estarlo el agua; y también el rojo. Mamá, en cambio, si es que está presente, es visiblemente continua, salvo que la eclipsen parcialmente cuerpos intermedios.” (1988, p. 70.) Reconocemos, a través del tiempo, que existen por un lado “cuerpos” y por el otro “masas”, siendo los primeros nuestras reificaciones más

²⁵ Este proceso ininterrumpido es lo que se aludirá más adelante como “empirismo relativo”, opuesto al “empirismo radical”, en la que la teoría científica está, se suponía, claramente diferenciada de lo no científico. Más sobre ello en (3,2)

naturales y obvias, pero posteriormente a través de la estimulación adecuada aprenderemos que también son objetos las masas como, por ejemplo, el agua. La característica común de los objetos concretos, independientemente de si son cuerpos o masas, es que son permanentes más allá de las apariciones fugaces ante nuestros sentidos.²⁶ Independiente de si se trata de “agua” o de “manzana” creemos que su existencia persiste aun cuando ya no tenemos experiencia directa de estos objetos.

Los términos en el LN que refieren a masas y cuerpos se diferencian semánticamente porque los primeros pueden “(...) referir acumulativamente: cualquier suma de partes que sean agua es agua.” (1968, p. 103), mientras que los términos que refieren a cuerpo se caracterizan por dividir la referencia. No obstante las categorías de términos de masa y términos generales – aquellos que se aplican indistintamente a un número indeterminado de “cuerpos” como referencias divididas – son intercambiables entre sí, como por ejemplo cuando pedimos “Pon algo de manzana en la macedonia” (1968, p. 104), donde no entendemos que nos pidan “una u otra manzana” (luego “manzana” se transforma en un término de masa) o en el caso de “diamante” el cual, aunque es cercano al término de masa “oro”, usualmente lo entenderemos como un término general o de referencia dividida dada la misma escasez de los diamantes.

No obstante, la distinción entre términos para cuerpos y masas no es la más importante para Quine, sino que lo es la distinción entre los términos generales y los términos singulares o particulares. Ellos se diferencian en cuestiones fundamentales como:

- a) Primero “Semánticamente, (...) consiste vagamente en que un término singular nombra o pretende nombrar sólo un objeto, aunque sea un todo complejo y difuso que se quiera, mientras que un término general es verdadero distributivamente de cada uno de cualquier número de objetos.” (1968, p. 103), Por tanto, tenemos que por un lado en el término singular en todas las ostensiones que se hace de éste se está suponiendo cierta identidad, pero por el otro el “(...) término general no tiene, o no necesita tener, el alcance de ser un nombre de una entidad separada de ningún tipo”. (2002, p. 125)
- b) Y segundo “(...) deben distinguirse por el papel gramatical. La combinación básica en la cual los términos generales y singulares hallan sus respectivos y divergentes papeles es la predicación: “Mamá es una mujer”, o, esquemáticamente, “a es un F”, con “a” para representar un término singular y “F” un término general. La predicación une un término singular con otro general para formar una sentencia que es verdadera o falsa según el término general sea verdadero o falso del objeto – si lo hay – al que se refiere el término singular.” (1968, p. 108)

La característica (b) tiene muchísima relevancia para Quine, ya que es el término particular el que se lleva el mayor peso ontológico: depende que *haya* un objeto tal o cual para poder predicar algo verdadero o falso de él. Se puede dudar ¿cómo es posible que decir, por ejemplo, un término general como “rojo” no asume ontológicamente lo mismo que el término singular de “rojez”? Porque en el

²⁶ “Cuerpos” y “masas” son, básicamente, dos grandes categorías de referentes y cuando el lingüista de campo va a la selva, en el experimento mental de la traducción radical, entonces son estas categorías un tipo de hipótesis analítica que usará para la creación de un manual de traducción – “gavagai” = término general “conejo”. Nótese así que la relación entre hipótesis analítica y reificación es clara.

primer caso, “(...) lo que se supone idéntico de un acto de indicación a otro no es el objeto indicado, sino, en el mejor de los casos, un atributo, (...) *incorporado al* objeto indicado.” (2002, p. 125) A través de varios actos de ostensión de “es rojo” frente a un oyente cualquiera lo que se espera que aprenda es que prevea cuándo debe saber que aplicaremos la frase a un objeto y cuándo no; “no es en cambio necesario que la frase misma [“es rojo”] sea nombre de un objeto separado del tipo que sea.” (2002, p. 125)

3.1.2. Analogía, términos singulares abstractos y teoría científica.

Recapitulando la subsección anterior apuntemos lo siguiente: el niño ocupa indistintamente tanto términos de masa como de cuerpos, sobre masas como “agua” y cuerpos como “manzana”. Es el entorno social el que conduce el aprendizaje del uso correcto de los términos generales que le permiten individualizar objetos. Nótese que es a partir de esta parte que Quine diría que cierta “teoría” sobre el mundo comienza a construirse. Se agrega ahora que, justo a continuación, vienen los demostrativos (como “esta manzana”) y las “descripciones singulares [como por ejemplo “esta manzana es roja”] como casos degradados de dichos términos demostrativos” (1968, p. 120). En este punto del aprendizaje es posible comprender la palabra “unicornio” mediante la ostensión de dibujos, así como también saber que no refiere a algo en el mundo.

La metáfora que usa de forma recurrente Quine para explicitar la relación del entorno con las personas es la de los arbustos podados uniformemente. “Personas diferentes que crecen en el mismo lenguaje son como arbustos diferentes cortados y preparados para tomar la forma de elefantes idénticos. Los detalles anatómicos de las ramas y ramitas satisfarán la forma del elefante de modos diferentes, pero el resultado general exterior será parecido”²⁷. Es el entorno, los padres por ejemplo quienes enseñan desde temprana edad criterios ontológicos para decir que una expresión tiene o no referencia, como en el caso del unicornio, o la intervención de relatos fantásticos lo que posibilita la complejización del discurso del niño. El mecanismo cognitivo con el que cuenta para avanzar en su aprendizaje es la analogía: escuchamos una palabra dentro de una oración en un contexto y la usamos cuando consideramos que el contexto es similar. Si el medio nos premia quiere decir que hemos acertado en nuestra sustitución, si se nos castiga o censura quiere decir que no hemos aprendido aun el correcto significado – más estrictamente hablando no hemos aprendido su uso correcto – de la palabra.

²⁷ *Palabra y Objeto*, p. 22. Previamente a lo citado, en el texto se habla sobre la posibilidad teórica de la visión de un espectro invertido al modo de Locke. Es importante señalar que “rojo” para Quine siempre será, estrictamente hablando, aquella “palabra que se emite bajo ciertas circunstancias como *hay-cosas-rojas* y que se ha aprendido a través del refuerzo positivo y negativo”. La cuestión a discutir más adelante, y que es el *quid* del presente escrito es si es suficientemente satisfactorio decir que “rojo” es meramente cierto “significado estimulativo” evaluable únicamente por la conducta individual, ya que hay cuestiones que solamente tienen sentido cuando el significado de las palabras es más que la circunstancia de preferencia. Tómese el caso de alguien que dice: “Hoy el rojo lo veo distinto que el rojo de ayer” ¿tiene significado dentro del esquema quineano? Siendo puristas con la manera más tradicional de entender al filósofo tendríamos que negarnos a aceptar tal enunciado como significando algo. No obstante, ciertamente quien lo dice algo parece querer transmitir. No es descabellado proponer que la comunicación humana es explicable de manera más cabal alejándonos del rol del lingüista de campo de Quine.

Posteriormente, el niño, gracias a la influencia externa – contextos de preferencia y oraciones completas – que se va acumulando, crea términos generales compuestos, tales como “manzana cuadrada” o “caballo volador”, a partir de lo que ya ha aprendido en los cuentos de hadas y así se da pie para “los casos de fallo de la referencia de los términos generales” (1968, p. 121). Estos términos compuestos también pueden hacer uso de los términos singulares como “mamá” o de masa como “agua”, por ejemplo en “agua seca”, que no es verdadera de ninguna cosa. Estos términos compuestos, a pesar de ser útiles de un modo expresivo o artístico, no suministran referencias a clases nuevas de objetos ya dados en los términos generales.

La siguiente fase da recién acceso a objetos nuevos y se origina con la aplicación de términos relativos a términos singulares y generales para formar términos generales. Los términos relativos son del tipo “más grande que” o “x ama a y” y nos permiten trascender las clases de términos generales sin charlatanería, como diría Quine, cosa que lamentablemente sucede con los términos compuestos como “manzana cuadrada”. Como muestra considérese la expresión “la estrella más distante de la Tierra”; ésta tiene a cierto objeto no observable, pero plausible como referencia, denotado gracias a la combinación de un término general, uno singular y un relativo. Los mecanismos para la aparición de este tipo de términos son la extrapolación y la analogía.

La fase siguiente, y final de la ontogénesis de la referencia, es en la cual se llega a los términos singulares abstractos, los cuales, como su nombre indica, hacen referencia a entidades abstractas tales como “manzaneidad” o “rojez”. Su característica fundamental es que “pretenden ser nombres de cualidades o atributos” (1968, p. 130) y su función primaria es ser sujeto de predicación como todo término singular. La introducción de términos abstractos se debe a los términos de masa, los cuales para el niño tienen “cierta aura de generalidad.” Agrega Quine de inmediato que “(...)Puede decirse incluso que “agua” nombra (1) un *atributo* compartido por todos los charcos, contenidos de vasos, etc.; y no (2) una dispersa porción del mundo *compuesta* por todos los charcos, contenidos de vasos, etc.; el niño no adopta por supuesto ninguna de las dos posiciones ” (1968, p. 132), ya que para él lo que es el significado estimulativo entre (1) y (2) es igual y el niño claramente ignora tanto *objetos abstractos* como *objetos concretos dispersos*.

Es producto de la costumbre arraigada desde la niñez a reificar que, de pronto, los términos de masas pasan a ser singulares abstractos. La ventaja en el lenguaje ordinario de los términos abstractos es la “referencia múltiple abreviada” (1968, p. 133); por ejemplo decir “los mamíferos tienen en común los siguientes *atributos*...” es más sencillo que tener que expresar latamente “*mamíferos* es la *categoría* de los animales que poseen las siguientes características concretas comunes bajo estos parámetros...”. Según Quine, existe una fuerte tendencia o *inclinación*²⁸ a reificar la materia postulando atributos con las palabras, cuyo origen es la confusión entre signo y objeto: el proceso primigenio en nuestra vida de, al ver a nuestra mamá, decir automáticamente “mamá” y ser premiados por ello nos hace suponer lo

²⁸ La naturaleza de esta inclinación es oscura en Quine. Pareciéramos estar condicionados más allá de lo cultural para nuestras reificaciones, no obstante el filósofo sería reticente para conceder este punto. Ello se discutirá más adelante en (3,2,1)

inverso, o sea, que cada vez que aludimos a un atributo con nuestra habla *debe existir* algo así como lo que se menciona.

Ahora bien, “una vez que empezamos a admitir objetos abstractos, la cosa no tiene fin. No todos ellos son atributos, o no son, al menos, *prima facie*; son o apuntan a ser clases, números, funciones, figuras geométricas, unidades de medida, ideas, posibilidades.” (1968, p. 134) La teoría científica completa, con sus conceptos distintivos es una suma de discursos que atraviesa todas las fases de aprendizaje del niño, hasta el punto del uso de los singulares abstractos. La ostensión en esta avanzada etapa ha dejado de ser el modo primario de introducir los términos generales como “manzana” o singulares como “mamá” y es la explicación discursiva la que toma su lugar, es decir, el definir términos a partir de la paráfrasis que significa el uso de abstracciones en el LN. Por ejemplo aparecen las “especies zoológicas” o las “formas”²⁹ y, ulteriormente tal abstracción puede ser iterada, o sea:

“Aplicando (...) el operador “-idad” o “clase de” a tales términos abstractos generales, obtenemos términos singulares abstractos de segundo orden, cuya intención es denotar entidades como el atributo de ser una forma o una especie zoológica, o la clase de todas las formas o de todas las especies zoológicas. El mismo procedimiento puede repetirse al nivel o grado siguiente, y así sucesivamente, sin que teóricamente pueda asignarse un límite a la operación. En esos altos niveles tienen su lugar las entidades matemáticas, como números, funciones de números, etc., según los análisis de los fundamentos de la matemática que han sido habituales a partir de Frege y pasando por Whitehead y por Russell.” (2002, p. 128)

Sin extendernos demasiado apuntemos brevemente abstracciones útiles dentro de la ciencia producto de la última fase del desarrollo del discurso del niño:

- Números y clases admitidos como objetos nos permite una organización y acomodación expedita de las ciencias. Admitirlos como objetos no va en desmedro de la utilidad sistemática en la ciencia de los *objetos físicos*, ya que al final son estos últimos el punto de mayor contacto entre teoría y LN. (1968, p. 246-248 en la sección *Decisión óptica*)
- Los objetos ideales dentro de las teorías físicas o químicas. V. gr. “Gas ideal”, “superficie sin roce”, “choques elásticos”, etc. Son “deliberadamente un mito, útil por la plasticidad, la belleza y la corrección sustancial con las cuales retratan ciertos aspectos de la naturaleza, aunque leídos radicalmente falseen en otros aspectos dicha naturaleza. [Son útiles] también por la simplicidad que permite a los cálculos.” (1968, p. 258-259)

Por otro lado hay abstracciones de las cuales podemos abjurar con tranquilidad, dado que pueden ser explicados en otros términos. Quine pone como casos: “(...) los mores, – en general las partículas lingüísticas que aparecen en fórmulas ya hechas – las unidades de medidas – mediante paráfrasis – los posibles no actualizados, los hechos y los objetos geométricos.” (1968, p. 257). Las traducciones se dan entre teorías usando siempre de algún objeto abstracto, por ejemplo los objetos geométricos como las latitudes o longitudes pueden ser *reducidas* a movimientos y relaciones espaciotemporales de cuerpos,

²⁹ Estos ejemplos son los mismos utilizados por Quine en *Desde un punto de vista lógico*, p. 128.

relacionando cuerpos y números. Los “objetos geométricos” sin contraparte “real” pueden quedar como formas teóricas sin interpretar, “dignas de estudio por su estructura, aunque no se hable de nada” (1968, p. 263). Para cerrar baste decir que la base donde comienza la “teoría” ya ha sido mencionada reiteradamente en los escritos de Quine: son los *objetos físicos*, los cuales solamente tienen una diferencia de grado con los objetos abstractos determinada por la complejidad de la reificación que se ha hecho a lo largo del tiempo.

3.2. Significado estimulativo: su lugar dentro del panorama general

Quine es un monista³⁰ convencido, pues él “(...) admite que conocimiento, mente y significado son parte del mismo mundo con el que ellos tienen que ver, y que han de ser estudiados con el mismo espíritu crítico que anima la ciencia natural” (Quine, 1974, p.43). Dado que su postura filosófica va contra un “lenguaje de cosas” carnapiano, los “marcos lingüísticos”, su postura del holismo confirmacional dentro de la filosofía de las ciencias contrasta con las que caracterizaron al Círculo de Viena y en filosofía del lenguaje rechaza distinciones analítico-sintéticas, entonces la epistemología tradicional será repudiada por él, concluyendo en lo que será la naturalización de la epistemología.³¹ Esta actitud abandona la tarea de fundamentar la certeza científica, pero sigue vinculándose al objetivo central de la epistemología tradicional que es, según Quine, “(...) la relación entre la ciencia y sus datos sensoriales” (1992, p.41). El conocimiento científico es una extensión de la misma psicología que desarrolló el infante, como se ha indicado en la sección anterior, por lo cual su empirismo no es el tradicional o radical – el del Círculo de Viena visto en el marco teórico – el que tiene “(...) la [vana] esperanza de traducir el discurso sobre cuerpos a discurso sobre sensaciones” (1988, p. 162), sino que es un *empirismo relativo* que se caracteriza por saltos teóricos cortos, donde no nos alejamos más de la evidencia sensorial de lo que sea necesario: desarrollamos teorías desde las más simples a las más complejas, pero sin construirla término a término, sino que de “teoría en teoría”. Todo esto es compatible con sus primeros trabajos célebres de su carrera, *Acerca de lo que hay* y *Dos dogmas del empirismo*, donde se exponen la tesis del compromiso ontológico y se atacan el reduccionismo y la distinción analítico/sintética respectivamente.

El rechazo a entidades más allá del continuo de la realidad observable involucra ya una forma específica de enfrentarse y explicar la relación palabras-objetos, problema fundamental tratado por la semántica,

³⁰ Prefiero decir “monista” a “materialista” o “naturalista”. La primera etiqueta tiene ventaja sobre la segunda en que da a entender que el filósofo ve la realidad como un *continuo homogéneo*, – postura que aborrece los dualismos que propugnan dos sustancias discretas – mientras que la segunda puede ser únicamente usada dentro de las opiniones quineanas sobre la mente, pero no sobre toda la realidad. Baste recordar que para Quine los números siguen existiendo dentro de este continuo, a pesar de su clara “aura de inmaterialidad”. En general, desde que la física ha evolucionado “La distinción misma entre materia y energía se tambalea (...) e incluso la noción de identidad de una partícula elemental de momento a momento ha entrado en una mala temporada”, (*Raíces de la Referencia*, p. 21) por tanto es mejor no entrar a salvar una etiqueta que el mismo Quine dudaría en salvar. Prefiero también indicar como actitud metafísica básica la monista frente a la naturalista, pues el naturalismo quineano necesita primero sostener la homogeneidad de su objeto de estudio para poder sostener coherentemente que no existen filosofías primeras opuestas a las ciencias naturales especiales.

³¹ Introduciré más latamente esta noción en la sección (4) para volverla en contra de el mismo Quine. Por ahora, me interesa nombrar esta noción para relacionarla con el significado estimulativo.

ya que trata de mostrar que nociones de significado entendido o bien como (a) entidades mentales que persisten a pesar de los cambios de rótulo – *mito del museo* (1974, p. 44) – o (b) ideas platónicas, es decir, realidades abstractas y objetivas independientes de los hablantes o (c) los mismos objetos denotados, son inútiles para la verdadera dimensión semántica de las palabras, la cual consiste en saber cómo se usa la palabra. El diagnóstico quineano es el siguiente: “La semántica está viciada por un mentalismo pernicioso en la medida que consideramos la semántica de un hombre como algo determinado en su mente más allá de lo que puede estar implícito en sus disposiciones a una conducta manifiesta” (1974, p. 45) y recurrir a explicaciones mentalistas para el filósofo presenta los siguientes problemas agregados³²:

1. “Las entidades mentales son inobjetables si se conciben como mecanismos físicos hipotéticos y se postulan exclusivamente con la intención de sistematizar los fenómenos físicos.” Luego, dentro de la teoría, las “ideas” e “imágenes mentales” pueden exceder su labor de mito útil y dar lugar a pseudoproblemas del tipo “nuestra imagen mental de triángulo ¿es escalena o equilátera?” o “¿cuál es el número de manchas de la imagen mental de una pintada? ¿es par, impar, ambas o ninguna?”.
2. Chocan las ideas con la naturalización de la epistemología quineana, o sea, aunque no se intenta justificar la ciencia por ninguna filosofía anterior o más firme, ello no implica que las teorías queden libres de los criterios científicos que norman el conocimiento. Sucede precisamente lo contrario: dado que se naturaliza la epistemología, entonces la evidencia de alguna teoría que explique el conocimiento humano debe ser pública e intersubjetiva. “La especulación es admisible si se reconoce que es especulación y se realiza sin perder de vista el posible acceso a una evidencia en algún estadio futuro” y, en ese sentido, las entidades mentales son especulaciones implausibles para Quine, cuya utilidad dentro del estudio del lenguaje es bastante dudosa.
3. La apelación a “proposiciones” como el significado compartido de varios enunciados es una manifestación de la “vieja semántica mentalista cuando fallan las explicaciones científicas”. Pero incluso el filósofo cauteloso de apelar a ideas y proposiciones para explicar el significado, es capaz de aceptar acríticamente la relación de una sentencia con su traducción a cualquier idioma como una “relación perfectamente inteligible”. Esto es incompatible con la indeterminación de la traducción quineana que es una consecuencia directa de borrar del mapa la existencia de proposiciones e ideas.

Esto anterior ya se ha adelantado como una de las características principales de la teoría sobre el LN de Quine: el antimentalismo. Por otra parte, la segunda característica principal, el conductismo, es declarada como la única vía – o por lo menos la más eficaz – para comprender cómo aprendemos el uso del LN, su adquisición y, en general, para entender la comunicación humana. El estudio del lenguaje tiene un “(...) enfoque conductista [que] es obligatorio. En psicología se puede ser conductista o no serlo, pero en lingüística no hay elección posible. Cada uno de nosotros ha aprendido su lengua observando la conducta verbal de otras personas y recibiendo el refuerzo o la corrección de quienes observaban

³² Los argumentos (1), (2) y (3) son un resumen de lo expuesto por el filósofo en *Raíces de la Referencia*, sección *Mentalismo y Lenguaje*, p. 49-52

nuestra titubeante conducta verbal. No tenemos otra cosa que conducta pública en circunstancias observables”³³.

Ahora bien, tomando los factores de (a) su rechazo al camino emprendido por el Círculo de Viena que desembocó en constructos como los enunciados protocolares o los términos observacionales³⁴, (b) su crítica en *Dos dogmas*³⁵ a la analiticidad poniendo en entredicho toda semántica que apele a la existencia – e identidad – de cuestiones como significados, intensiones o ideas y (c) su antimentalismo que repudia la postulación de entidades inaccesibles a la esfera de la intersubjetividad del método científico, entonces el resultado inmediato sería decir que Quine pasa a ser un *nihilista* sobre el significado³⁶, y la única manera en que él sale airosamente de tan estrecha situación es acudiendo a (d) su sesgo conductista. Aparece bajo estas circunstancias lo que él llamará “significado estimulativo”, objeto fundacional de la semántica quineana, la cual queda completa cuando se agrega una historia sobre el aprendizaje y adquisición del LN – el proceso continuo de etapas de reificaciones sucesivas. La teoría de Quine es así perfectamente consistente ya que, por un lado aprendemos el LN sin necesidad de que se nos “traspasen” o “aprendamos” ideas u otra clase de objetos mentalistas y, por otro lado, lo único importante, semánticamente hablando, para individualizar el significado de las palabras y oraciones de un LN es el significado estimulativo. Su definición – o por lo menos la que elegiremos como la mejor enunciada por Quine – es:

“La significación estimulativa de una sentencia para un sujeto resume su disposición a asentir o a discrepar de la sentencia en respuesta a la estimulación presente. La estimulación es lo que activa la disposición, no lo que la instaura. (...) Para los fines de nuestro estudio no puede concebirse la estimulación como un acaecimiento particular y precisamente fechado, sino como una forma

³³ *La Búsqueda de la Verdad*, p. 66. Advirtamos que no por ello Quine está absolutamente en contra de la existencia de estructuras innatas que permiten el aprendizaje del lenguaje. Sobre ello volveré un poco más adelante.

³⁴ Esto ya se ha tratado con suficiente detención en el marco teórico – secciones (2,2) y (2,3) – como la disputa Carnap-Quine sobre términos teóricos /observacionales y la posibilidad o no de delimitar marcos lingüísticos.

³⁵ Quisiera citar la elocuencia de Quine en una frase con la que abomina la distinción analítico/sintética: “La convicción de que esa línea debe ser trazada es un dogma nada empírico de los empiristas, un metafísico artículo de fe.”

³⁶ En *Acerca de lo que hay*, p. 50-51, en su conversación con McX el punto donde Quine se ve en aprietos es cuando se pone imaginariamente en el caso que McX admitiera por un momento como válida la distinción entre significar y nombrar origen de la confusión que hipostasias entidades inexistentes – esto según el sentido popular. Diría hipotéticamente McX: “Admitamos que *es rojo*, *pegasea*, etc., no son nombres de atributos. Pero usted mismo admite que son significaciones. Y esas *significaciones*, ya sean *nominales* o no, siguen siendo universales, y hasta me atrevo a decir que algunas de ellas pueden ser las mismas cosas que yo llamo atributos, o algo, en última instancia, muy parecido desde el punto de vista de su función.” La salida es la negación, un momentáneo *nihilismo semántico* “Se trata, sin duda, de un discurso sorprendentemente penetrante para tratarse de McX; tan penetrante que el único procedimiento que conozco para hacerle frente consiste en negarse a admitir significaciones.” Inmediatamente después la salida es decir que el que un término lingüístico sea *significante* se puede analizar a partir de lo que “hace la gente en presencia del uso lingüístico en cuestión y de otros usos análogos.” He aquí el conductismo quineano.

ocurrencial, por así decirlo, que es repetible. Tenemos que poder decir, llegado el caso, no que han ocurrido dos estimulaciones iguales, sino que ha ocurrido una misma estimulación” (1968, 46-47)

La estimulación es *grosso modo* entendida como la irritación de nuestras superficies sensoriales y es elegida como la *portadora del significado* de las expresiones más “sencillas” que son nuestra entrada al LN: las oraciones observacionales – una subclase de las oraciones ocasionales “(...) cuyas significaciones estimulativas no varían por información lateral” (1968, p. 55). La intrusión de “información lateral” es lo que empuja a Quine a hablar de “grados de observacionalidad”: por ejemplo es información lateral el mismo LN con su aparato cuantificacional que hace más observacional “es rojo” que “ese es un perro”. También es información lateral la forma en que aprendió una persona a usar “soltero” frente a “conejo”, el primero es menos observacional que el segundo, pero más observacional que otras cuestiones que siguen perteneciendo a la clase de sentencias ocasionales, pero cuyo grado de observacionalidad es menor (frente a “soltero” es menos observacional algo así como “artista”). El grado de asentimiento o disentimiento dentro de una comunidad – la intersubjetividad de una sentencia – de cara a las oraciones observacionales variará por cuestiones culturales o ambientales, a tal punto que, según Quine, la traducción del “selvanés” a otro idioma se vuelve un problema insoluble sin recurrir a las hipótesis analíticas, las cuales, en último término, son las reificaciones que aprendió el niño al adquirir el LN.³⁷

Agreguemos, antes de cerrar, que la estimulación sensorial como pilar de la semántica quineana es compatible con el resto del conjunto de tesis ya propuestas por el filósofo por dos razones fundamentales: (1) la estimulación no es la postulación de objetos externos, ya que hacerlo destruiría la tesis de la indeterminación de la referencia; la estimulación es un todo no reificado, – esta premisa es indiscutible para Quine, ya lo hemos remarcado antes – pero, además, tampoco es recurrir a las situaciones como la localización ontológica de los estímulos, contra lo cual expresamente se ha opuesto el filósofo hasta el final de su obra: “Puesto que conejo o cualquier otro cuerpo no serviría para este propósito, quizás debiéramos aceptar como estímulo una situación compartida, suponiendo que pudiéramos hacer ontológicamente inteligibles las situaciones. Pero yo permanezco empeñado en situar los estímulos en el entorno de nuestras neuronas, pues mi interés principal sigue estando en un estudio que, aunque naturalizado, no deja de ser epistemológico. Me interesa estudiar el fluir de la evidencia desde la activación de los sentidos hasta las afirmaciones de la ciencia.”(1992, p. 81) Y (2) “la recepción es manifiestamente física” (1988, p. 18) y recurrir, no a objetos físicos, sino que a percepciones o ciertos estados mentales internos, es caer en un mentalismo, el que presenta los problemas en esta sección indicados. En cualquier caso, toda teoría puede ser accesible a criterios conductistas; Quine pone un ejemplo para establecer de algún modo la existencia o no de “percepciones” internas frente a la estimulación que es superficial – y a ojos del filósofo, lo máximamente intersubjetivo – el cual es:

“Supongamos que suministramos a un animal una pantalla a la cual mirar y una palanca que apretar. El animal descubre que el apretar la palanca le aporta una bola de comida cuando la pantalla muestra

³⁷ En *Palabra y Objeto* encontramos una clasificación de las oraciones a raíz del significado estimulativo y la información colateral, a saber: oración eterna – “hace calor o no hace calor” –, oración fija – “es verano” –, oración ocasional – “eso es un conejo” –, oraciones observacionales – “rojo” – y oración estimulativamente analítica – “todas las piedras pesan”, “usted no soy yo”.

una franja circular, y que le acarrea un trauma cuando la pantalla muestra meramente cuatro manchas situadas en un arco semicircular. A continuación le presentamos esas mismas cuatro manchas, en la misma disposición que antes, pero con el complemento de tres más, para sugerir el semicírculo complementario. Si el animal aprieta la palanca, se podrá decir que ha percibido la *Gestalt* circular, más que las manchas componentes”. (1988, p. 18)

Concebida de esa forma, según Quine, la noción de percepción queda reducida como una parte de la psicología del aprendizaje, teoría de condicionamiento o formación de hábitos.

3.2.1. Estimulaciones y su relación con espacios cualitativos, disposiciones, instintos y LN

Una lectura rápida de Quine, por ejemplo de *Acerca de lo que hay o Traducción y Significado* pueden dar la impresión de que el filósofo es un inflexible defensor de la *tabula rasa*, no obstante, tal opinión dista de ser adecuada para representar su pensamiento. Dentro de sus obras completas hay una aceptación explícita de la necesidad de ciertas *habilidades* que permitan la adquisición del LN; la metáfora de los “arbustos podados uniformemente” donde sus estructuras internas son diferentes, involucra que lo que importa para el comportamiento lingüístico es la “poda”³⁸ – las determinaciones sociales que rigen el uso del lenguaje – y la estructura interna es solamente una condición necesaria, pero no suficiente para el desarrollo del LN. Básicamente la idea de Quine es que no existen categorías lingüísticas-ontológicas que sean preestablecidas por las habilidades innatas de adquisición de LN, dado que lo que estas habilidades innatas permiten es la formación de categorías múltiples y causalmente dependientes del estímulo ambiental, pero que por sí solas no son capaces de determinar la estructura comunicacional de los LN.

Lo que de manera amplia introduzco en el párrafo anterior como “habilidad innata” serán ciertas hipótesis que irán variando su nombre y levemente su función dentro de su teoría completa, pero que seguirán siendo condiciones necesarias que permitirían el aprendizaje ostensivo de las palabras, por ejemplo: “Uno aprende por ostensión a qué presencias llamar amarillo; esto es, aprende oyendo la palabra aplicada a muestras. Todo lo que tiene para seguir adelante es, sin duda, la *similaridad* de ulteriores casos con las muestras. Al ser la similaridad un asunto de grado, tiene que aprender por ensayo y error hasta qué punto puede ser una cosa rojiza o pardusca o verdosa y ser todavía contada como amarilla.” (1974, p. 156, del artículo *Géneros Naturales*). Lo que uno está usando en la etapa más primigenia de la ontogénesis de la referencia es una especie de sentido funcional que permite similaridades relativas del tipo: *a* es más similar a *b* que a *c*.

Este proceso inconsciente es el mismo que aparece en los otros animales cuando responden al mandato de sus dueños bajo ciertas estimulaciones adecuadas. Luego, estos “*patrones de similaridad*” son, hasta cierto punto, innatos, lo cual no va en contra del empirismo, ya que “(...) es un lugar común de la psicología del comportamiento” (1974, p. 157) que existan estos mecanismos. Quine, también llama a

³⁸ La idea de “poda” igual quiere decir que dos hablantes de un mismo idioma, aunque estén de acuerdo en el uso de una expresión, pueden haber adquirido y formado conexiones neurales distintas por historiales de adquisición distintos para esa misma expresión. Su manifestación verbal puede ser idéntica, pero diferentes serían sus habilidades o disposiciones internas.

estos patrones de similaridad como *espacios cualitativos prelingüísticos*³⁹. En *Palabra y Objeto* justifica la postulación de tales espacios del siguiente modo:

“No hay ninguna razón para suponer que el niño unifique inicialmente bajo una idea (...) las estimulaciones para las cuales aprende su respuesta verbal uniforme. Pero si el niño puede aprender también eso, lo primero que tiene que poseer es una previa tendencia a ponderar selectivamente las diferencias cualitativas. Por así decirlo tiene que sentir más parecido entre ciertas estimulaciones que entre otras. De no ser así, una docena de refuerzos de su respuesta “rojo” a situaciones en las cuales se le presenten cosas rojas no le animará más a dar la misma respuesta que ante una nueva cosa roja que ante una azul; y una docena de refuerzos a su respuesta “mamá” en ocasiones dominadas por el rostro de la madre según varios ángulos no sería tampoco nada constringente.” (Quine, 1968, p. 95)

No obstante, hay que tomar estas declaraciones con un grano de sal, puesto que, aunque podemos a través de la observación tratar de investigar las “distancias relativas” entre las diferentes estimulaciones dentro de su espacio correspondiente, – por ejemplo, investigar si el rojo está más cerca estimulativamente del carmesí y el naranja, a través de criterios experimentales como las vacilaciones en las respuestas o el tiempo de reacción del niño frente a una prueba creada para ello – considera Quine que “(...) al explorar y reproducir así tan cuidadosamente el espacio cualitativo prelingüístico de un niño podemos estar engañándonos sistemáticamente. Pues tal vez el espacio así reconstruido corresponda solo mínimamente a sus disposiciones iniciales, y haya quedado moldeado mayormente por los progresivos efectos de nuestros mismos experimentos con los niños.” (1968, p. 96) Luego, el filósofo ve límites en nuestra capacidad de investigar los espacios prelingüísticos⁴⁰, o de poder llegar a conocer realmente sus delimitaciones “reales” versus las “teóricas” que les impondríamos en nuestra investigación, es decir, por ejemplo en el caso de la visión ¿postularemos un patrón de similaridad para todo el sentido de la visión o uno para el color y otro para la forma – visual – de los objetos? En general, dado que la postura quineana es de repudio hacia las entidades abstractas, su propia pretensión de existencia de “espacios cualitativos prelingüísticos” le parece sospechosa de caer en los vicios que el mismo ataca del lenguaje y teorías mentalistas: la hipótesis, puesto que puede ser condicionada por los mismos experimentos que intenten dilucidar su estructura interna, sería mejor entonces dejarla de lado – de momento – como la mejor manera de explicar la parte innata que permite la adquisición de un LN.

Cuando escribe posteriormente *Las Raíces de la Referencia*, la idea de Quine era profundizar en el aprendizaje contextual del LN, variando sensiblemente en esta obra su enfoque de lo dicho en *Palabra y Objeto*. Mientras que en *Palabra y Objeto* Quine dijo que “Consideramos aquí el lenguaje como el complejo de las disposiciones presentes respecto del comportamiento verbal, complejo en el cual los que hablan un mismo lenguaje llegan inevitablemente a parecerse” – como los arbustos uniformemente podados – se aclarará posteriormente que *disposición* tiene como definición quineana el ser:

³⁹ En *Géneros Naturales* se los traduce como “espaciamentos cualitativos innatos”

⁴⁰ Pero aquí quizás se pueda objetar que tales limitantes ocurren porque el conductismo metodológico no es la única manera de investigar mecanismos que descansan en nuestro substrato biológico, lo cual aceptaría incluso el propio Quine. Dejo ello para la próxima parte donde apuntaremos las limitantes que se autoimpone el filósofo para salvaguardar el conjunto total de sus tesis filosóficas.

“(…) Un estado físico o mecanismo. El nombre de una disposición determinada, por ejemplo, la solubilidad del agua, merece su lugar en el vocabulario de la teoría científica como nombre de un determinado estado o mecanismo. En algunos casos – como el de la solubilidad en agua actualmente – entendemos los detalles físicos y sabemos exponerlos explícitamente a base de la disposición de cuerpos pequeños y la interacción entre ellos. A partir del momento en que se consigue, esa formulación puede ocupar el lugar del viejo término disposicional, o valer como nueva definición suya.” (1988, p. 24)

Por tanto, aquí ya se ve que existe un abandono del sesgo puramente conductista y aparece la vena naturalista de Quine. El LN está sustentado en estas disposiciones que son las que dan lugar a patrones de similaridad, que en esta obra denominaré como la “ semejanza perceptual ” que faculta el aprendizaje ostensivo. A su vez, la semejanza perceptual se basa en dos condiciones:

- (1) Que las estimulaciones se hayan dado en las mismas circunstancias (por ejemplo, no consentiremos decir que la pelota roja de hoy es la misma pelota de ayer si ha variado en su color o volumen)
- (2) La posibilidad del surgimiento de una *huella*, cuya naturaleza final es fisiológica y que la memoria vivifica cuando hacemos uso del LN⁴¹.

A pesar de que la experiencia es un caos que ordenamos en la medida que crecemos y se nos va condicionando para que lo estructuramos de uno u otro modo, existen, agregados a las disposiciones, los *instintos* y *reflejos* que son la segunda garantía de cierta intersubjetividad en nuestra especie – la primera garantía eran las mismas estructuras fisiológicas. Quine pone de esta manera la diferencia entre ambas: “Las *disposiciones innatas* son, pues, un lote mixto: los *reflejos innatos* se aprenden *in utero*, mientras que las *disposiciones innatas* más profundas [o las llamadas *disposiciones a secas*] se transmiten de generación en generación a través de su codificación genética en el cromosoma.” Así, las disposiciones al lenguaje nos posibilitan, bajo la estimulación apropiada, comenzar la categorización del mundo que se nos enseña en nuestras determinadas circunstancias sociales y culturales, dando un carácter contingente y nunca necesario a tales categorías. Y, además, cierto *instinto de reificación*⁴² es el

⁴¹ *Las Raíces de la Referencia*, p. 39-41. He variado el ejemplo de Quine y simplificado rústicamente detalles para evitar extensión innecesaria. Quizás se puede agregar este párrafo para cerrar la relación *huella-semejanza perceptual*: “La semejanza perceptual relaciona un episodio presente con un episodio pasado. Así que para que la semejanza perceptual tenga el efecto requerido de ella en la presente conducta del sujeto o, en general para que tenga algún efecto sobre algo, el sujeto tiene que conservar alguna condición fisiológica originada por aquel episodio pasado. De no ser así, aquel episodio se habría perdido para la presente comparación perceptual. Estas huellas, cualquiera que sea su naturaleza fisiológica, son esenciales para todo aprendizaje. La huella de un episodio tiene que conservar en alguna forma información suficiente para mostrar la semejanza perceptual entre ese episodio y otros posteriores.”

⁴² Tal “instinto de percibir cuerpos” está insinuado en los escritos de Quine constantemente., sin embargo el estatus de “instinto” implicando un correlato fisiológico está en *Las Raíces de la Referencia*. Cito de la mentada obra p.71: “Para el hombre corriente los cuerpos son básicamente lo que hay; y hasta para el ontólogo esotérico son los cuerpos el punto de partida. El hombre es un animal con mentalidad de cuerpo.”

que permitirá el desarrollo ulterior que erija el puente entre LN y las teorías más sofisticadas que tendremos sobre el mundo: las científicas.⁴³

Para cerrar agregaré que Quine se apoya en la teoría de la evolución para hablar de estas garantías de intersubjetividad y la existencia de espacios cualitativos como disposiciones codificadas genéticamente. Por ejemplo “el color sirve de ayuda para la recolección de alimentos” (1974, p. 163) y por si solo parece constituirse como un “género intuitivo” versus los otros “géneros teóricos” que defienden las ciencias. El color es evolutivamente indispensable, – la prueba de ello es que todas las personas, salvo defectos fisiológico-genéticos ven en colores – pero desde la perspectiva de la física y el cosmos es intrascendente su participación. Lo importante en este punto es que el filósofo ve en la selección natural una dilucidación del porqué tenemos ciertos géneros intuitivos en vez que otros y, en general, una buena explicación para el origen de las habilidades innatas que nos permiten desarrollar facultades muy útiles para la sobrevivencia, como sería el LN. Sin embargo, tal opinión no la extiende hasta el punto en que sea relevante la disposición para caracterizar los comportamientos lingüísticos distintivos de los seres humanos en su totalidad. En toda su obra el LN permanece así libre de condicionamientos *a priori* por parte de la fisiología humana.

4. Naturalizando la investigación sobre el LN

Se ha introducido, muy generalmente, las razones de la llegada a la postura quineana conocida como la “naturalización de la epistemología”, cuya exposición cabal la encontramos en un artículo publicado en 1968 del mismo nombre. Las reacciones frente al artículo han sido tan fuertes como con *Dos Dogmas* y una explicación más acabada es necesaria para explicitar el hilo conductor de las críticas que se dirigirán contra el filósofo en la presente sección. Como ya se dijo, la naturalización de la epistemología es una conclusión necesaria de la continuidad ontológica de la realidad – la cual vamos estructurando a medida que reificamos condicionados por el medio – y es una reacción contra las posturas fundacionalistas del Círculo de Viena.

Inicialmente en su artículo, Quine, establece un paralelismo entre la matemática y la epistemología tradicional, dado que mientras la primera podría reducirse a la lógica o la lógica y la teoría de conjuntos, la segunda debía basarse en la experiencia sensible – por lo menos dentro de la tradición empirista. Así la situación se dividía en dos problemas: (a) conceptualmente dilucidar como primitiva la noción de “cuerpo” definida en términos sensoriales para fundar con certeza el conocimiento o también denominado el “problema conceptual” y (b) justificar las verdades de la naturaleza también en términos de sensación, o también llamado el “problema doctrinal” (1974, p.95 *Naturalización de la Epistemología*)

El problema (a) del epistemólogo tradicional quedó imperfectamente solucionado por lo siguiente: (a.1) si suponemos que los cuerpos son las impresiones – como hizo Hume – entonces solamente podemos construir con éxito algunos enunciados singulares, pero no enunciados generales, por ejemplo sobre el futuro, ya que en estos estamos obligados a suponer más de lo que sabemos realmente. (a.2) La noción de “definición contextual” permite al epistemólogo enriquecer la ontología de impresiones a conjuntos

⁴³ “Después de todo, las ciencias difieren del sentido común solo en el grado de sofisticación metodológica” en *Géneros Naturales*, p .165.

de ellas, pero ello “(...) es un drástico paso ontológico, una retirada de la austera ontología de las impresiones” (1974, p. 98), puesto que debemos incluir los objetos *abstractos* – sea lo que sea que signifique ello dentro del contexto quineano – postulados por la matemática.

Por el contrario, el problema (b) tuvo un fracaso total, desde la perspectiva de Quine. Básicamente porque “(...) el mero hecho de que una sentencia esté expresada en términos de observación, lógica y teoría de conjuntos, no significa que pueda ser *probada* a partir de sentencias de observación por lógica y teoría de conjuntos.” (1974, p. 99) En las teorías científicas, aquello que más fácilmente identificamos como un caso de “conocimiento”, cualquier generalización, por más sencilla que parezca, asume más casos de los que el científico tiene capacidad u ocasión de observar. Así se “(...) reconoció que el proyecto de fundamentar la ciencia natural sobre la experiencia inmediata de una manera firmemente lógica carecía de toda esperanza.” (1974, p. 99)

Quine, tomando como imposible justificar las verdades de la naturaleza en términos de sensación, a pesar de los hercúleos esfuerzos de Carnap de hacerlo en su “reconstrucción racional” concebida en su obra *Der logische Aufbau der Welt*, se pregunta entonces por la plausibilidad de apelar a la misma psicología para ver cómo *de hecho* se construye el conocimiento. Usualmente, expone el filósofo, apelar a la psicología tiene (i) un aire de perturbadora circularidad, debido a que “si el objetivo del epistemólogo es validar los fundamentos de la ciencia empírica, el uso de la psicología o de otra ciencia empírica en esa validación traiciona su propósito.” (1974, p. 101), pero además de este argumento en contra está (ii) la “necesidad” de hacer una reducción traslacional de la ciencia a la lógica. No obstante, contraataca Quine a (ii), la supuesta “ventaja” de la reducción traslacional es nula frente a la psicología: “Si todo lo que esperamos es una reconstrucción que vincule la ciencia a la experiencia por procedimientos explícitos, (...) entonces parece más sensato apelar a la psicología. Mejor es descubrir cómo se desarrolla y se aprende de hecho la ciencia, que fabricar una estructura ficticia que produzca el efecto similar.” (1974, p. 104).

Un modo análogo de llegar a mostrar lo del párrafo anterior, a saber, la irreductibilidad de las teorías a un lenguaje más fundacional, es utilizar la tesis quineana de la indeterminación de la traducción dentro de la argumentación del modo que sigue: la indeterminación de la traducción – y el holismo semántico – postula que un enunciado sobre el mundo no siempre tiene “un acervo separable de consecuencias empíricas que pueda llamar suyas”⁴⁴. Luego se implica que es imposible reducir epistemológicamente cualquier sentencia a una construida en términos observacionales, y solamente se lograría si se establece

⁴⁴En 1974, p. 108. Del holismo – tesis en filosofía de las ciencias – a la indeterminación de la traducción – de la filosofía del lenguaje, Quine da un “salto corto” teóricamente hablando: si por un lado solo podemos decir que la teoría tiene significado como un todo, por el otro los enunciados del *selvanés* solo pueden ser traducidos reunidos en grupo y no por separado. (Más en el mismo artículo *Naturalización de la Epistemología*, p. 105-106). Cualquier manual de traducción es el correcto, debido a que es imposible hacer una traducción analítica palabra por palabra. En esta versión más sencilla la tesis es “una verdad trivial e incontrovertible”. (1992, p. 83.) En la versión *holofrástica* o versión fuerte hay serias dudas para dudar de su plausibilidad, de hecho baste considerar que Quine no ofrece un ejemplo real de su funcionamiento. (1992, p. 84.)

como ladrillos más sencillos distintas oraciones observacionales, unidas en conjunto con cierta “masa crítica semántica”⁴⁵ y compartiendo altos grados de observacionalidad.

Una vez desarticulada la supuesta ventaja explicativa de la reconstrucción racional frente a la psicología queda hacerse cargo de (i) las acusaciones de circularidad, lo cual despacha sin mucha sutileza el filósofo de su parte: “La epistemología (...) entra sencillamente en línea como un capítulo de la psicología, y, por tanto, de la ciencia natural. Estudia un fenómeno natural, a saber, el sujeto humano físico.” (1974, p. 109). Hay una contención recíproca entre la ciencia natural y la epistemología, ya que no existe, estrictamente hablando, prioridad o diferencia entre el estatuto de la filosofía y la ciencia. Una vez que hemos dejado de soñar con la posibilidad de deducir toda la ciencia a partir de los datos sensibles, entonces no hay nada incorrecto. No hay un problema de circularidad, porque no hay un modo efectivo en que la epistemología determinara “desde arriba” la justificación del conocimiento.

Ahora bien, a partir de la exposición anterior de los motivos de la naturalización de la epistemología, cabe preguntarse ¿por qué suponer que la dilucidación y explicación de problemas como la referencia o el “significado” de las expresiones lingüísticas es exclusivo de la filosofía del lenguaje – si es que tal cosa existe aun – y la lógica? Quine está de acuerdo en que: la metafísica fue diluida como un montón de sinsentidos por el Círculo de Viena, la epistemología perdió su estatus privilegiado para hablar del conocimiento y cedió su lugar a la psicología⁴⁶. Pareciera ser que, siguiendo el hilo de la misma naturalización de la epistemología quineana, no tenemos motivo alguno para negarnos a dejar que la psicología del aprendizaje, la propia lingüística o las ciencias cognitivas tengan sus propias posturas sobre cuestiones que atañen al LN, compitiendo en igualdad de condiciones y prioridades con una teoría “filosófica”. Apuntaré a continuación las limitaciones que tienen las tesis de Quine para competir con otras teorías que nos entreguen conocimiento novedoso sobre la comunicación humana. Siguiendo esta receta veremos que toda la estructura filosófica quineana queda reducida a sus tesis más moderadas – y sensatas se podría agregar – minimizando aquellas extravagancias que han hecho al filósofo famoso:

1. El LN requiere de ciertos mecanismos o disposiciones. Luego el conductismo quineano es metodológico, puesto que establece que en algún futuro encontraremos una explicación para tales mecanismos y sus explicaciones tienen el carácter de *provisorias* esperando por teorías más profundas. Para descubrir cómo es que significan las palabras podríamos distinguir entre tres opciones de hipótesis con descendentes niveles de profundidad explicativa: (a) apelando a estados fisiológicos, (b) apelando a la conducta observable, (c) apelando a entidades mentales. La opción (c) se puede entender como agotada dentro del uso coloquial del LN, por ejemplo en la enseñanza del lenguaje cuando un hablante debe atribuir al otro estados mentales por medio oraciones del tipo “x percibe p” o “x cree que p”⁴⁷ – una actitud proposicional. Contra esto Quine

⁴⁵ Esta expresión quineana la extraigo de *Retrospectiva de Dos Dogmas* y la repito por su didáctico dramatismo.

⁴⁶ 1974 p. 109. No es literal, solamente extraigo la idea de Quine de que los campos de la filosofía al ver compartido su objeto de estudio con otros campos no-filosóficos tienen la tarea de competir con ellos en igualdad de prioridad.

⁴⁷ *La Búsqueda de la Verdad*, p. 97. Aquí se puede encontrar que Quine no desconoce cierto grado de mentalismo – como se observó antes, un grado anecdótico – necesario para la fluidez de los LN en su uso cotidiano.

no estaría en contra, más bien sus preocupaciones antimentalistas van por el lado de incluir tales oraciones dentro de lo que correspondería a una teoría científica. No obstante, destaco que precisamente la postura del filósofo se queda en un nivel que él mismo reconoce como “intermedio” en su profundidad.

2. Se supone que las oraciones observacionales son el punto donde hay contacto directo entre estimulación y lenguaje, son “el puerto de entrada del niño al lenguaje cognoscitivo”. No obstante, aunque a primera vista la “estimulación” es una noción sencilla e intuitiva, cuando nos adentramos en ella vemos inconvenientes que Quine mismo reconoce:
 - I. Si “estimulación” es igual a “estímulo nervioso” entonces la intersubjetividad no es plausible, ya que los interlocutores no tienen receptores nerviosos en común. En general “Podríamos mejorar el razonamiento diciendo que experimentan una estimulación parecida, pero en ese caso seguiríamos asumiendo la existencia de una aproximada homología en las terminaciones nerviosas de ambos individuos. Y tales minucias anatómicas no deberían ser aquí relevantes.”⁴⁸ El filósofo no puede hacerlas relevantes, – cosa que no tendría nada de objetable realmente – porque si lo hiciese la relatividad ontológica o la indeterminación de la referencia quedarían anuladas como tesis, debido a que podríamos decir que “significar algo” es la “estimulación x en tales redes neurales” las cuales son compartidas – imperfectamente – por la especie humana. (II)
 - II. Y en cambio si entendemos por “estimulación” cuestiones como la “percepción” o los “objetos en el mundo”, estos son demasiado sospechosos de mentalismo para Quine, y por tanto no son opciones para sustentar la intersubjetividad.

Sin embargo, la controversia está ya expuesta: sin una definición clara de “estimulación” las oraciones observacionales no pasan de ser hipótesis con poco o nada de contenido. Además si, a pesar de abogar por un naturalismo acérrimo como lo hace Quine, se insiste en no entrar a conjeturar y comprobar sobre la existencia o inexistencia de mecanismos materiales y su relación con la cognición, entonces la única opción que queda, a partir de lo que el propio filósofo ha expuesto, es sofisticar las teorías mentalistas para que compitan con las conductistas. Ambas comparten cierto nivel de superficialidad en su nivel explicativo y las posturas mentalistas tienen una “ventaja” relativa dada la sobreabundancia de postulaciones de mecanismos de los que quizás muy pocos existan frente a una parca opción quineana, que es demasiado estrecha – e innecesariamente *a priori* – para explicar un fenómeno tan complejo como el LN.

3. Mientras mantiene el carácter provisorio de sus hipótesis, elucubra sin datos experimentales el cómo de hecho aprendemos el lenguaje para dar sustento a sus tesis filosóficas. Por ejemplo hay una dependencia directa entre la indeterminación de la referencia y la capacidad – supuestamente – adquirida por condicionamiento de las reificaciones que hacemos. Según Quine, lo que es innato es la “(...) confianza en un rasgo actual [de un objeto más] que la reificación de un objeto intermitentemente ausente.” (1992, p. 47) tal es su interpretación del experimento en niños que esperan que un cuerpo movido uniformemente reaparezca después de pasar por detrás de una pantalla. Hay una excesiva preponderancia del ambiente modelador

⁴⁸ 1992, p. 47. Nótese que resulta algo contraproducente de un naturalista la frase: “Y tales minucias anatómicas no deberían ser aquí relevantes”

– del condicionamiento y el mismo LN – para la postulación de los cuerpos. El niño, desde el punto de vista quineano, al oír una palabra cree que éstas se aplican a las situaciones como un todo, cuando lo que ocurre sería exactamente lo contrario: el niño tiende innatamente a pensar que a una palabra corresponde un objeto en el mundo, como apuntarán tanto Markman como Carey en sus conclusiones, y posteriormente que ciertas palabras sirven para agrupar o categorizar estos objetos de acuerdo a rasgos compartidos, que no tienen que ver con características evidentes de los objetos.⁴⁹ Dependemos menos de la “sensación pura” de lo que creería Quine y tenemos más recursos compartidos para estructurar el mundo de lo que él se atrevería a afirmar.

4. La formación de conceptos sencillos como “perro” dependerían, según Quine, de cierta coincidencia en el uso de las oraciones con otras oraciones, pero ello parece bastante más engorroso que establecer que somos capaces de categorizar antes de la etiquetación de los LN. La noción de “perro” entendida como “cosa que ladra”, “mamífero de cuatro patas”, etc. no depende de escuchar repetidamente oraciones que contengan tales descripciones, sino que el niño ya dispone de “conceptos” – por muy mentalista que suene ello – previos que le permiten un aprendizaje más eficiente de los LN. Pero esto último no estaría tampoco dispuesto a aceptarlo Quine, a pesar de adherir a teorías como la evolución y la selección natural, dentro de las cuales tiene cabida decir que los seres humanos, más que nacer sin una dotación cognitiva innata que estructura nuestras sensaciones, poseemos lo opuesto: la concepción de un universo ordenado, porque de hecho empíricamente es así para nosotros desde muy temprana edad y no meramente cierto gusto metafísico arbitrario de la cultura en que nos tocó nacer.

4.1. Géneros naturales en los niños: categorización e inducción.

En el capítulo *Natural Kinds* de la obra *Categorization and Naming in Children* (1989) la psicóloga Ellen Markman, especializada en el aprendizaje del lenguaje en los niños, da pruebas de que los niños no se guían por la apariencia para hacer inducción sobre las características intrínsecas de los objetos, sino que a partir de las categorías a las que éstos pertenecen, infieren sus cualidades no observables. Esto revela un compromiso esencialista, a primera vista incompatible con las tesis quineanas ya revisadas. Además, un tema relevante para retomar en la siguiente sección es que el uso de tales categorías no comienza conjuntamente con el manejo de un LN, dado que un niño puede usar otro método de representación interno. Estos dos puntos atacan directamente dos presuposiciones quineanas, a saber: (i) la percepción de cualidades como “rojo” o “dulce” es el único mecanismo innato que poseemos en nuestro interior como disposiciones y (ii) el filósofo postula, además, cierta capacidad de asociación entre las percepciones que está en directa dependencia del refuerzo – el condicionamiento crearía los caminos asociativos –, esto es lo que se llamaba más arriba *instinto de reificar*, y tal asociación “crea” los objetos a los cuales “referimos” lingüísticamente,⁵⁰ creencia claramente incorrecta desde la perspectiva del

⁴⁹ Este punto será tratado en la sección inmediatamente a continuación como una réplica a la creencia quineana de que los niños inducen características internas de los objetos exclusivamente a partir de sus cualidades externas.

⁵⁰ Para no cometer falacia de hombre de paja, a partir de lo escrito en 3.2.1 recordemos que tanto (i) como (ii) son premisas que tienen un correlato fisiológico. Ello significa que son hipótesis mentalistas, esperando para en el futuro perder tan infame status. Lo que está en juego es si son suficientes para explicar el aprendizaje de ciertos

Quine. La premisa (ii) significa tácitamente para Quine que cualquier mecanismo que sirva para representación interna es una hipótesis mentalista, sospechosa de no poseer necesariamente una correlación empírica. Vale la pena insistir en ello: el niño quineano es cognitivamente pasivo, donde el premio y el castigo modelan sus patrones asociativos y, además, está inmerso en un caos de sensaciones donde toda la experiencia se da en bloque y no ordenadamente.

Por los estudios hechos es posible afirmar que a la edad de 3 años los niños ya son capaces de categorizar los objetos de aprendizaje y las etiquetas de los objetos. Markman argumenta en contra del prejuicio de que “young children have often been characterized as “concrete” and as “perceptually bound”, meaning that their cognition is captured by the appearances of things” (Markman, 1989, p. 83), puesto que, de ser el caso que el prejuicio fuera correcto, entonces los niños adquirirían las categorías a partir de la hipótesis basada en percepciones superficiales. Sin embargo, existe cierta conceptualización temprana, debido que los niños ya tienen ciertas suposiciones acerca de la naturaleza de las categorías y la naturaleza de los términos de categorías, lo cual facilitaría la cognición sobre el entorno. Esto último es visiblemente compatible con la evolución y la selección natural.

Ahora bien, el punto de partida de *Natural Kinds*, es la definición a la cual adhiere Markman de “clase natural”, lo cual es importante para definir subsecuentemente lo que se supone los niños poseen como mecanismo cognitivo interno. Markman dice que “one of the most distinctive characteristics of natural kinds is the remarkable richness of their correlated structure.” (1989, p. 72), lo que rescata de alguna forma la definición milliana de clase natural que la caracteriza como algo más que una simple categorización a partir de las cualidades superficiales de los objetos. Por ejemplo la categorización “un-criterio” *blancura* no sirve como género natural, ya que dentro de ella caen, por ejemplo, el auto blanco, pero no el auto gris, o un papel blanco, pero no uno gris, lo que implica que la “blancura” no nos entrega información más allá de sus elementos constitutivos, de que su color superficial es blanco. Más sencillamente dicho: no es posible inferir nada, ninguna estructura interna común de la extensión del conjunto “un-criterio”. Sintetizando su punto de partida: “(...) the unlimited richness of the categories, the search for more theory-relevant explanatory properties, the reliance on authority to distinguish exemplars of a category from nonexemplars, the acceptance of abnormal members, and the corrigibility of beliefs about categories (...) distinguishes natural kinds from other types of categories.”⁵¹

Se nombran cuatro estudios, cada uno con una descripción pormenorizada de las condiciones experimentales, no obstante, nos abocaremos a una descripción general de cada uno y las conclusiones relevantes para la presente sección. Como se adelantó un poco más arriba los estudios buscan argumentar contra el prejuicio de que los niños necesariamente poseen un pensamiento “concreto” y, específicamente que “(...) for natural kinds, children might represent category members as sharing

sectores del LN o si tienen algún asidero experimental para su postulación. Lo primero quedará en duda por lo expuesto en *Natural Kinds* y lo segundo ya ha sido respondido por la misma exposición de la doctrina quineana: no existe tal asidero empírico.

⁵¹ *Natural Kinds*, p. 82. La psicóloga tiene simpatía por la concepción de Putnam de clases naturales, pues tal filósofo ya hace mención de otra de las características distintivas de los géneros naturales señalada en el párrafo citado, a saber, la dependencia de la división del trabajo lingüístico para su establecimiento.

superficial properties and only later come to realize that they have deeper properties in common.” (1989, p. 84). Por el contrario, los niños a temprana edad tienen la creencia que las categorías reflejan cierta unidad de propiedades inobservables comunes. Un antecedente en Carey (1985) al primer estudio señalado en el texto ya muestra que los niños de 4 años son primitivamente capaces de distinguir entre la artificiosidad de un mono mecánico y un mono real que puede respirar. Ello demostraría que tienen nociones generales conceptuales de “lo vivo” y “lo inerte”. Markman desea ir un poco más allá y hacer experimentos que fueren a decidir entre guiarse por la apariencia externa o apoyarse en las categorías de los objetos para inductivamente extraer nueva información de ellos.

El primer estudio⁵² fue hecho en estudiantes de licenciatura – considérense ya como adultos promedio – y consistía en presentarles tarjetas con tres imágenes, arregladas de modo que dos iban en la parte superior y una en la inferior. Bajo las dos superiores se agregaba una frase con nueva información sobre el objeto representado por la imagen y se pedía que infirieran cuál de esas dos informaciones podía ser aplicada a la tercera imagen del inferior. Por ejemplo en una tarjeta sus imágenes superiores eran un flamenco y un murciélago. Bajo el flamenco se agregaba cierta información que decía “El corazón de este pájaro tiene solamente una bóveda aórtica derecha” y bajo el murciélago se añadía “El corazón de este murciélago tiene solamente una bóveda aórtica izquierda”. Luego se preguntaba bajo la tercera imagen inferior, que consistía en un pájaro negro muy semejante en apariencia al murciélago más que al flamenco “¿cómo es el corazón de este pájaro?”. Finalmente se preguntaba cuán seguro estaba el sujeto en cuestión acerca de si su respuesta es la mejor. Como era de esperar en adultos “They inferred properties on the basis of common category 92% of the time for the nonbiological categories and 80% of the time for the biological categories. In addition, subjects were highly confident that their choices were correct” (1989, p. 86). En general este primer estudio sirvió para establecer el prototipo de experimento donde la percepción y la categorización entraran en conflicto y establecer que en los adultos ya existe fuerte confianza en la unidad interna de los géneros naturales.

El segundo estudio tenía como sujetos de experimentación a niños de entre 4 años y 4 años 11 meses, en los cuales se hacía una previa averiguación de que no había manejo alguno de las clases naturales, para evitar apelar posteriormente a un condicionamiento teórico en ellos. Se establecieron tres condiciones en este estudio: (1) la condición experimental consistente en que se enseñaba algo nuevo de las categorías asignadas a los objetos; esta condición es análoga a la del primer estudio, puesto que la información perceptual y la categórica entraban en conflicto (2) La condición de control de no-conflicto, donde no chocan la percepción y la categoría misma. La postulación de esta condición fue para “(...) provides a baseline measure for how often children will draw the correct inference when both perceptual similarity and category membership lead to the same conclusion.” (1989, p. 87). Y (3) la condición de control de atributos diseñada para tener certeza que los niños no conocen la información que se les enseñó para el estudio mismo. En ella se pregunta a los niños únicamente mostrándoles las imágenes sin enseñarles nada. Ahora bien, por ejemplo, en (1) el investigador etiquetaba tres imágenes, primero de “pez” para un pez tropical, segundo de “delfín” para un delfín y al final de “pez” para un tiburón. Una vez adiestrado en esto, al niño se le enseñaba información sobre la forma de respiración del pez tropical y el delfín, para luego consultarle sobre si el tiburón respiraba bajo el agua como el pez o no

⁵² Para más detalles entre p. 85-86 en la obra ya citada. Los cuatro estudios fueron hechos en el mismo año, 1986.

lo hacía así como el delfín. El resultado fue que “in the experimental condition, where perceptual similarity and category membership were opposed children preferred to use the category information 68% of the time which significantly better than chance” (1989, p. 90)⁵³, mientras que en el experimento bajo la condición (3) donde se esperaba consistencia para guiarse perceptualmente, en caso que los niños tuvieran el pensamiento “concreto”, se encontró que los niños tendían a contestar azarosamente dado el bajo porcentaje de acierto – un 53% de respuestas correctas. El descubrimiento aquí fue, justamente, un contraejemplo empírico a la manera en que se suponía aprehenden los niños su entorno: los niños basan sus inferencias de manera consistente a partir de las categorías, y la percepción común de atributos no es suficiente certeza para la inducción de nueva información en ellos. Incluso los niños de 3 años asumen que las categorías nombradas por el lenguaje señalan más que circunstanciales parecidos superficiales entre los objetos. Siendo ya pequeños tendemos a pensar que las palabras que escuchamos tienen como contrapartida un conjunto de objetos que tienen en común, no atributos superficiales descubiertos por la percepción como aceptaría Quine, sino que tenemos la “tendencia metafísica” común a toda la especie humana de ver un orden intrínseco a los objetos aglutinados por el nombre de una categoría. Ya de pequeños manejamos una concepción de género natural como la que fue introducida al comienzo de la exposición del texto de Markman, sin la necesidad de un previo aprendizaje teórico ni de una inducción a partir de lo que nos han enseñado.

El tercer estudio⁵⁴ tenía por objeto saber si la identidad dada por la información lingüística es necesaria para que los niños usaran categorías comunes como base para sus inferencias inductivas, o si otras formas de significar pertenencia a una categoría eran suficientes. Para ello se estableció una “condición de sinonimia”, donde se indicaba que un “bunny” era equivalente a un “rabbit” y en vez de utilizar información del tipo “El corazón de este murciélago tiene solamente una bóveda aórtica izquierda” se usaron puntos de colores. Luego a las imágenes de ardillas y conejos – a su vez estos eran los “bunnys” y “rabbits” – se les colocaban puntos de colores cercanos como una especie de “información intrínseca” de ellos. Se ponía un punto rojo para el conejo y uno amarillo para la ardilla, luego se le pedía al niño que colocara un punto rojo o amarillo al costado de un conejo que tenía la apariencia de una ardilla. Los niños, una vez más, respondieron con mayor facilidad colocando un punto rojo al “conejo con forma de ardilla” gracias a que no presentaron problemas con la condición de sinonimia. Nótese que los niños ni siquiera tienden a confiar en la percepción, sino que, incluso, llegan a sobrevalorar el “poder predictivo” de las clases naturales, pensando que, por ejemplo propiedades como el peso de cada uno de los objetos es una cuestión compartida por todos los miembros de la categoría. Exactamente lo último dicho es en el cuarto (1989, p. 93-95), y último estudio, revisado en el texto, es decir saber si los niños son selectivos en la clase de inferencias que hacen a partir de los juicios categoriales y la conclusión fue que “Children who based their inferences predominantly on common category membership were overgeneralizing the importance of the category label. (...) These children understood the importance of category names to promote induction but were not yet selective in their inferences.” (1989, p. 96)

⁵³ Todo el segundo estudio tiene el detalle entre las páginas 86 y 91.

⁵⁴ El tercer estudio tiene el detalle entre las páginas 91 y 93.

Markman extrae la siguiente conclusión general que hemos advertido va en contra de las intuiciones empiristas quineanas: "Several of our findings suggest that children are not dominated by appearances either in their conception of the structure of categories or in their use of categories to support inductions." (1989, p. 96) Para decir esto se basa en tres observaciones extraídas directamente de los estudios:

- a. Los niños aceptan el etiquetamiento hecho por el investigador previamente del tercer objeto, aun cuando éste se parece más a la categoría a la cual no pertenece.⁵⁵ No obstante, ello no es sorprendente si se atiende a otros estudios donde se les presentan a niños de 3 a 5 años esponjas con apariencia de piedra y la mayoría se da cuenta que se trata finalmente de esponja lo que se les presenta y no otra cosa.⁵⁶
- b. Solamente 1 de cada 69 niños generalizan propiedades consistentemente a partir de la percepción superficial que se tiene de los objetos. La mayoría piensa, por ejemplo, que aunque sea el caso – artificioso presentado por los investigadores, claro está – que una ardilla sea muy parecida a un conejo, ambos no se alimentarán de lo mismo.
- c. Desde el primer al tercer estudio los niños muestran tener en un solo paquete un conjunto de características comunes que compartirían todos los miembros de un género natural biológico o no biológico. Estos serían, respectivamente, cosas como formas de respiración, hábitos alimenticios o distribución de los órganos internos y, por el otro lado, cosas como propiedades químicas o físicas. En palabras de la psicóloga: "By the age 3 and 4 children expect natural kinds to have a richly correlated structure that goes beyond superficial appearances." (1989, p. 97), pero esto último no significa que los niños tengan claro los atributos que sí comparten los miembros de un género natural ya que, como mostró el cuarto estudio, los niños deben aprender con el tiempo a saber dilucidar cuáles son o no son las características que pueden inferir inductivamente del resto del conjunto de objetos.

Concluyendo, los estudios de Markman apoyan la existencia de cierta base común "ontológica" que carga la especie: cierta capacidad para representarnos internamente relaciones preexistentes entre los objetos del mundo, y la postulación de esta capacidad influye directamente en cómo entendemos el LN y su desenvolvimiento. La interacción social es una forma importante en que se modela el mundo del niño en desarrollo, pero no es el único modo en que lo hacemos. Tenemos la tendencia a considerar que hay un montón de atributos en el mundo, ordenados ya, esperando por ser *descubiertos*, más que *construidos* por nuestra propia cultura. Los niños no son capaces solamente de categorizar como ya se ha mostrado aquí, sino que también de planear y representarse problemas complejos ante los cuales nunca antes se habían enfrentado, sorteándolos con éxito. Apelar a una forma atenuada de *tabula rasa*, como lo hace Quine, aun sigue pareciendo insuficiente para explicar lo que nos muestra la psicología del

⁵⁵ Nótese como conclusión que incluso a temprana edad van más allá de relacionar palabras con objetos estables en el tiempo, ya que son capaces de relacionar palabras con categorías o géneros en el mundo.

⁵⁶ Cita Markman a los trabajos de Flavell, Flavell and Green (1983) en niños de 3 a 5 años para mostrar que la máxima "las apariencias engañan" es una verdad práctica para los infantes.

desarrollo, la cual es un área más fértil que el apriorismo de una filosofía del lenguaje, llamativa, pero sesgada.

4.2. La noción de objeto prelingüística y la reificación quineana

En el capítulo anterior se ha expuesto suficientemente tanto de la reificación y su relación con la ontogénesis de la referencia como sobre las estimulaciones – “nerviosas” al parecer, dada la ambigüedad quineana – y su relación con las disposiciones. En todas esas secciones se ha señalado, tácitamente, las relaciones entre tales hipótesis del filósofo y sus compromisos con un conductismo metodológico que no es abiertamente filosófico, pero que repudia la postulación de objetos mentalistas y que los justifica únicamente si poseen ventajas heurísticas⁵⁷. Dado que la presente es la sección de cierre contra los dogmas quineanos, vale la pena repetir las que se denominaron como “premisas generales para caracterizar el LN” en (2,4) y que también podrían llamarse, son los “hábitos guía” o antecedentes tácitos quineanos para el tratamiento de los tópicos desarrollados en el presente escrito:

- i. En lingüística no hay otra elección posible que el conductismo, ya que sólo aprendemos un LN prestando atención a la conducta verbal de las otras personas y recibiendo el refuerzo o la corrección de quienes observan nuestra conducta verbal. Para descifrar el significado de las expresiones lingüísticas tenemos la conducta pública en circunstancias intersubjetivamente observables, además de lo que se pueda extraer de las reificaciones implícitas en un LN. Lo único que se suma a todo esto, pero que es ya es parte de la psicología del desarrollo, es la postulación de disposiciones, cuyo correlato fisiológico resta por ser encontrado.
- ii. En filosofía de la mente se puede ser o no serlo. No obstante, Quine tiene la tendencia a repudiar todo lo mentalista – su antimentalismo – y pasar del conductismo metodológico a uno filosófico, más radical, con bastante facilidad en algunos de sus escritos: “We can imagine someone appealing to the identity theory to excuse his own free and uncritical recourse to mentalistic semantics. We can imagine him pleading that it is after all just a matter of physiology, even if no one knows quite how (...) The repudiation theory has the virtue, over the identity theory, of precluding it.” (Stemmer, 2001). Como ya se dijo en el filósofo se pueden encontrar antecedentes fuertes de un materialismo eliminativo, el cual no es tan abiertamente defendido por los problemas que tendría con su propia tesis de la relatividad ontológica.⁵⁸

El objetivo de la presente sección no es una crítica ni al hábito quineano (i) ni a su hábito (ii) – por extensión no hay aquí una crítica a ninguna postura filosófica “pura”, puesto que lo que se persigue es refutar algunas concepciones radicales para explicar la comunicación que son estériles para tal propósito

⁵⁷ Se ha citado que en *Las Raíces de la Referencia* los conceptos mentalistas poseen una posición de “mito útil” dentro de la teoría elaborada. Quine, en filosofía del lenguaje, no utiliza ninguna entidad mental que medie entre los objetos y las expresiones lingüísticas, sean escritas o verbales. No obstante, se ha visto que para explicar cabalmente la adquisición del LN si usa de tales entidades tales como “instintos” o “espacios cualitativos”, cuya confirmación en última instancia queda en manos de la ciencia natural. Este uso de cierto vocabulario mentalista en cierto aspecto de sus tesis filosóficas se debe a sus ventajas heurísticas.

⁵⁸ El antecedente (i) está contenido como trasfondo en (3.1), (3.1.1), (3.1.2) y en (3.2.1), y el (ii) está comprendido en (3.2); el antimentalismo es evidente cuando se dice que “disposición” es un “mecanismo fisiológico”.

–, sino que a ciertas *premisas limitantes* establecidas por el mismo filósofo para mantener sus tesis más controvertidas, tales como:

- a) Premisa limitante que denominaré “holismo de la experiencia” que implica a (i): cuando somos niños la conducta observable de los hablantes y el contexto de comunicación se dan como un todo indisoluble, el cual en la adultez que se transforma en experiencia dividida o estructurada mediante a la reificación implícita en el uso de un LN – específicamente los compromisos ontológicos adquiridos por el uso de variables cuantificacionales. Es precisa (a) para su pensamiento, ya que su negación debilitaría la versión fuerte de la indeterminación de la traducción y la inescrutabilidad de la referencia.
- b) Limitante del “empirismo relativo” quineano tras (ii): hay una continuidad entre LN adquirido cuando niños y nuestras teorías científica más sofisticadas. Estos pequeños pasos que damos para construir tales teorías se dan entre la tensión de las fuerzas de simplificación y conservación. Tal empirismo relativo no requiere más que instintos de reificación y espacios cualitativos como máximas hipótesis mentalistas, conservando el depurado antimentalismo quineano. Sin embargo, derivar en un abierto materialismo eliminativo, por un lado, o en un cierto innatismo de estructuras mentales – con un correlato material –, por el otro lado, sería el fin de la indeterminación de la referencia o la relatividad ontológica. También (b) constriñe un naturalismo total, que llevado a sus límites no deja ningún lugar especial para la filosofía del lenguaje.

Ahora bien, en la sección justo anterior, las pruebas de Markman que revelan un compromiso esencialista en los niños al probar que ellos no utilizan el aspecto de las cosas para hacer inducción sobre sus características comunes, sino que hacen inducciones a partir de las categorías que los subsumen, podrían no ser suficiente prueba contra (a), ya que los sujetos de experimentación – niños de 3 y 4 años – ya tienen un manejo explícito del LN, aunque no sea de la complejidad de un adulto. Inclusive Quine podría utilizar los estudios de Markman para apoyar sus teoría de que las reificaciones están en una directa dependencia del uso del LN, ya que en los estudios se demostraría que las palabras modelan nuestra cognición al inhibir la agrupación de objetos sobre la base de percepciones, por la agrupación de ellos bajo etiquetas lingüísticas, cuyo uso correcto se daría bajo los estándares de refuerzo negativo o positivo. Los experimentos, al hacer uso del LN, predispondrían los espacios cualitativos prelingüísticos de los niños, modelándolos desde el comienzo por los propios investigadores⁵⁹. Quine, de hecho, diría que eso es precisamente lo que él ha querido decir cuando apeló al LN como un componente del “aparato reificador”: su uso modela nuestras percepciones e, incluso, podría ir contra ellas. Lo único que quizás le sorprendería es que a tan temprana edad le carguemos tanto poder explicativo a la mera utilización de etiquetas verbales, sin embargo, el filósofo se agarraría de ello para validar su premisa

⁵⁹ Por ejemplo, cuando el experimentador informa al niño “This fish stays underwater to breathe” (Markman, 1989, p. 88) el uso de la partícula demostrativa “this” permite el paso de términos generales a singulares, o sea, se le informa su estabilidad como un objeto perdurable en el tiempo. El niño cuando domina las “(...) palabras indicadoras (...)” asimila una técnica de nivel superior: cómo desplazar la referencia de un término de acuerdo con indicios sistemáticos del contexto o el ambiente. Los términos demostrativos singulares así conseguidos tienen la ventaja de la flexibilidad.” (*Palabra y Objeto*, p. 113-114.)

limitante (b), agregando que (a) de ningún modo se vería afectada, dado que el esencialismo originado del uso de un LN es una conclusión adelantada y sostenida por él.

Por lo tanto, es imperioso contra (a) buscar pruebas de reificación en infantes prelingüísticos, lo cual ya ha sido tratado en las ciencias cognitivas, en el marco de la pregunta por las representaciones abstractas que poseerían los seres humanos para estructurar cognitivamente el mundo y permitirles predecir eventos en él. La discusión por el origen de tales representaciones internas es muy antigua y tiene diferentes formatos dependiendo la época: en la antigüedad estaba Platón con su *teoría de las ideas* contrapuesta al empirismo aristotélico, en la modernidad el racionalismo innatista cartesiano versus el empirismo de los ingleses como Locke o Hume y, actualmente, el innatismo sigue existiendo en formas más tenues que sus predecesores, en autores como Fodor o Susan Carey, psicóloga especializada al igual que Markman en la adquisición del lenguaje en los niños pequeños, quien aporta estudios donde se muestra que los infantes no dependen del uso del LN para tener desde edades prelingüísticas acceso cognitivo a un mundo de referencias divididas.

Carey, en *The Origin of Concepts* propone una teoría del desarrollo conceptual, cuyo punto de arranque son ciertos sistemas básicos de cognición a los que denomina sistemas de núcleo-cognición⁶⁰. Esto es atinente a la exposición dado que la noción de objeto prelingüística que echaría por tierra a (a) la hallamos en este sistema básico que no es aprendido por el niño. La núcleo-cognición es el lugar donde las percepciones son estructuradas en representaciones de un tipo más abstracto y con mayores roles funcionales que las más simples percepciones. En la descripción preliminar de su obra, Carey enuncia sus tres objetivos principales (Carey, 2009, p. 4):

1. “The book’s first major thesis is that there are two types of conceptual representations⁶¹: those embedded in systems of core cognition and those embedded in explicit knowledge systems, such as intuitive theories.” Las primeras, las representaciones mentales de la núcleo-cognición, se justifican en la medida que algunos conceptos, tales como objeto y número, nacen de algún modo evolutivamente, ya que debiese ser justificada la conexión causal que se observa entre, por ejemplo, nuestra capacidad de “ver algo redondo” y adaptar nuestras manos para tomar ese algo redondo.⁶² Por otro lado, la evolución no nos capacita para “ver electrones” – “Evolution did

⁶⁰ Apuntemos que el uso de tal apelativo y no de otro está bien justificado por la psicóloga: “Here I use the locution “core cognition” rather than “core knowledge” because the representations in core cognition need not be (and often are not) veridical and therefore need not be knowledge.” (p. 10.)

⁶¹ A pesar de las apariencias, Carey no cae en el temido mentalismo acrílico, ya que, aunque ella “(...)do not attempt a full philosophical analysis of the concept of mental representation itself” y por otra parte “(...)will not try to say how it is that some states of the nervous system have symbolic content.” (p. 5), ella especifica el uso que se le puede dar a su teoría empíricamente hablando: por ejemplo para explicar como la extensión de una representación cualquiera puede ser determinada o el establecimiento del rol funcional de una representación mental si se decanta por una explicación computacional del fenómeno mental.

⁶² Existe un experimento para mostrar tal relación entre “concepto” y la capacidad de actuar de acuerdo a tal representación interna – no aprendida o innata – que hacemos de los objetos externos: “Andrew Meltzoff and his colleagues allowed neonates to suck on a strangely shaped pacifier—either a smooth cube or a sphere with bumps

not provide us with an input analyzer that identifies electrons, justice, or 3,462,179” (Carey, 2009, p. 8) – y tener cierta actitud concreta o práctica frente a su percepción, por tanto el segundo tipo de representación mental se establece como esencialmente diversa de las contenidas en la núcleo cognición.

2. “The book’s second major thesis is that new representational resources emerge in development—representational systems with more expressive power than those they are built from, as well as representational systems that are incommensurable with those they are built from. That is, conceptual development involves theoretically important discontinuities.”
3. “The book’s third major thesis is that the bootstrapping processes that have been described in the literature on the history and philosophy of science underlie the construction of new representational resources in childhood as well”

De (2) y (3) se infiere que Carey sostiene que lo fundamental para entender el desarrollo cognitivo consiste en reconocer discontinuidades conceptuales en las que emergen nuevos sistemas de representación que tienen más poder expresivo que el conocimiento básico, pero que por ese mismo motivo son inconmensurables con la núcleo cognición que nos es innata a nuestra especie. La generación de estas discontinuidades será mayormente profundizada bajo la noción de la “quinian bootstrapping”, pero lo más interesante es que también encontramos en estos dos objetivos una tesis alternativa de cómo se genera la teoría científica, sin recurrir a la continuidad con el LN, acudiendo a mecanismos cognitivos más allá de las reificaciones sucesivas y espaciamientos cualitativos, lo que va contra (b).

Pues bien, dado que Quine ya ha explicado de una forma que se adapta perfectamente a sus teoría filosóficas la experimentación en niños que se sorprenden al ver desaparecer un objeto tras una pantalla⁶³, entonces para disolver (a) el dilema planteado es el siguiente: ¿cómo mostrar que un niño posee la noción de “unidad cuantitativa” de los objetos y no de “unidad cualitativa” de atributos?

all over it. These babies were only a few days old and had never had anything in their mouths other than nipples and their own hands. The babies were not allowed to see the pacifier. At the same time (or later in some experiments), the infants were shown two pictures —one of a cube and the other of a sphere with bumps. The babies preferentially attended to the picture that matched the pacifier on which they sucked. Thus, the infants innately recognized the correspondence between the visually and tactually specified shapes/textures” p. 39.

⁶³ En Carey uno de los primeros experimentos de su sección *Criteria for Individuation and Numerical Identity of Objects; Object Permanence* (p. 40-42) consiste en algo que trata de demostrar algo similar: “Four-month-old infants were habituated to a screen rotating 180° (...) After habituation, an object was placed in the path of the screen on its downward trajectory, and one of two events ensued. In possible outcomes, the screen was rotated until it touched the object and then rotated back to its initial position. In impossible outcomes, the screen was rotated through the space occupied by the object by the full 180° (...) Infants looked longer at the impossible outcome than at the possible one. Later studies revealed this pattern of results in infants as young as 2 months of age. These data were the first to suggest that very young infants represent an object placed behind a barrier to exist even when out of sight, as well as that infants’ representations of object motion are constrained by the principle that one object cannot pass through the space occupied by another.” Quine podría decir, sin temor a equivocarse en este caso, que el experimentador está colocando su propia ontología en la mente del niño a través del discurso: el que el niño se quede viendo más tiempo el objeto siendo traspasado por la pantalla podría ser

Para dirimir la disyuntiva Carey se apoya en el experimento diseñado y ejecutado por Spelke (Carey, 2009, p. 42-43), quien muestra que los bebés de 10 meses son capaces de individualizar objetos y trazar su identidad numérica en el tiempo. El experimento consiste en colocar dos pantallas en un escenario vacío y separadas entre sí, dejando un espacio libre entre ellas. Luego dos objetos son llevados alternadamente desde los lados opuestos a las pantallas y escondidos detrás de ellas. A los dos objetos no se les muestra simultáneamente ser colocados detrás de cada una de las pantallas y ningún objeto se deja ver en el espacio libre de las pantallas.

El estudio establece cuántas iteraciones del experimento soportan los niños hasta el punto que se habitúan y pierden interés por la situación experimental, por ejemplo, definiendo que si la primera vez pusieron atención 9 segundos, lo que es “pérdida de interés” sería que prestaran atención al experimento sólo la mitad del tiempo.

La pregunta que se plantea a los niños – obviamente la respuesta es solamente el tiempo de atención al experimento de los bebés – es ¿cuántos objetos están involucrados en este evento? Carey dice que para los adultos “the answer is unambiguous: at least two. This event cannot consist of a single object going back and forth because its path would be spatio-temporally discontinuous; it would have to dematerialize behind the right-hand screen and rematerialize behind the left-hand screen.” (2009, p. 42)

Ahora bien, se bajan las pantallas con las dos situaciones posibles: la de continuidad numérica – hay un objeto tras cada pantalla, dos en total – y la de discontinuidad numérica – solo un objeto tras una pantalla, donde el otro es sacado disimuladamente con un sencillo truco de magia. Los tiempos de atención en promedio fueron diferentes en al menos 2 segundos, con los 16 bebés que se ensayaron y 13 de los 16 tuvieron un comportamiento de “adulto”, donde la atención se concentraba en la situación discontinua no esperada. Carey argumenta que análisis estadísticos permiten zanjar que el resultado de 2 segundos no es un patrón aleatorio de los datos de respuesta, ya que para experimentos similares la marcada atención de los bebés a las situaciones de discontinuidad reaparece.

Carey agrega otra clase experimento más, el de “suma/resta” (2009, p. 45) ejecutado por Karen Wynn (1992) que apoya los resultados de que los bebés individualizan objetos y se los representan como existentes, aunque queden detrás de las pantallas. Wynn habituaba primero a los niños a que vieran como un solo objeto era colocado en un escenario vacío, y una pantalla se rota hasta que lo ocultaba. Luego una mano venía y colocaba un objeto – en el caso de la suma – o lo quitaba si se ocultaban dos objetos tras la pantalla – en el caso del experimento de resta. A continuación se rotaba la pantalla dejando ver la situación: en el caso de la adición la situación de continuidad era que aparecían dos objetos y la de discontinuidad era que solamente había uno. Para el de resta la situación se invertía. Nuevamente se observó con Wynn que los bebés prestaban mayor atención a las situaciones de discontinuidad.

explicado como la sorpresa que se produce en el niño por un cambio en la estabilidad en la escena de un atributo – por ejemplo, los colores del objeto y la pantalla.

Ambos experimentos están en contra de la premisa limitante (a), la que arriba he denominado del “holismo de la experiencia”. Carey concluye: “Contrary to Quine, infants command the logic of divided reference before they have learned the quantificational apparatus of their natural language; they distinguish one object seen on different occasions from two numerically distinct objects.” Queda así demostrado empíricamente que la referencia es dividida desde temprana edad en bebés prelingüísticos.

5. A modo de conclusión...

El presente escrito tuvo como meta fundamental realizar una muy breve introducción – el marco teórico – a las ideas de dos de los más influyentes pensadores del Círculo de Viena: Moritz Schlick y Rudolf Carnap, el primero insigne figura del periodo más activo del Círculo y el segundo del periodo de madurez y final disolución del grupo. Su exposición es necesaria para comprender la tarea que el personaje de Willard Van Orman Quine asumió al entrar a la escena filosófica: derribar los principales dogmas del Círculo. Por un lado, la distinción analítico/sintética y, por otro, el reduccionismo y fundacionalismo epistemológico. Su original sistema filosófico involucra sostener tesis cuyo carácter abarcador las deja en un limbo entre lo semántico, lo epistemológico y lo metafísico para cubrir el espacio vacío que deja un ataque implacable a las premisas del positivismo lógico.

La exposición ha sido escrita yendo desde “fuera” del sistema quineano hacia “adentro”, es decir, se expusieron, del modo más neutral posible, el ataque hacia Carnap y el Círculo, las tesis del compromiso ontológico, el holismo semántico, – cuyas consecuencias se ven claramente en filosofía de las ciencias – la indeterminación de la traducción, la relatividad ontológica, la indeterminación de la referencia, para luego ir hacia las presuposiciones empíricas tácitas – la “interioridad” de su sistema – que hacen su propuesta global creíble, o sea, la reificación como punto de continuidad entre LN y teoría científica y su concepción de significado estimulativo compatible con el conjunto de sus proposiciones filosóficas.

Estas presuposiciones empíricas se dan en un contexto – o premisa limitante – que he llamado en la sección anterior, la cual cierra la presente discusión, como “holismo de la experiencia”, sin el cual el todo de sus tesis queda mermado en su alcance volviéndose casi trivial. Las consideraciones hechas en (4.2) son una prueba suficiente, desde mi perspectiva, para mostrar la falta de plausibilidad del edificio de tesis filosóficas superpuestas construido por Quine, lo que deja a medias a la filosofía en los problemas del “significado”, la “referencia” y la postulación de teorías que no dejen fuera el carácter empírico del estudio cabal de los LN.

Ahora bien, en la medida no quiero quedarme en una posición negativa, a continuación iré más allá de una exposición no partidista y la discusión sobre algunos argumentos específicos en un autor, para proponer dos cosas: (i) Una reconstrucción verosímil de lo que se ha hecho hasta ahora en filosofía sobre los tópicos arriba mencionados y (ii) una propuesta del camino a seguir de las investigaciones en torno a estos temas expuestos. Tanto (i) como (ii) exceden en mucho lo que se puede hacer en una sola tesina, por lo cual, como ya mencioné justo arriba, mi objetivo inmediato y concreto es solamente la *verosimilitud* de la reconstrucción (sección (5.1)) y propuesta (sección (5.2)). Advierto que, personalmente, considero la fundamentación completa de (5.1) como algo más que, sencillamente, verosímil, sin embargo es preciso ser prácticos y lo inadecuado sería ampliar el foco del presente desarrollo de una manera que sería muy contraproducente. Por otro lado, advierto que (5.2) es una

propuesta a la luz de aceptar que hay ciertas respuestas mejores en términos pragmáticos que otras dentro de filosofía y la ciencia, lo que involucra un choque frontal con otros “paladares filosóficos”. Por ejemplo, y ello se verá con más claridad a continuación en (5.2), implícitamente consideraré como más “deseable” y “racional” cualquier enfoque que privilegie un estudio en tercera persona que en primera persona sobre cualquier tópico o que la filosofía ya no tiene ningún estatus privilegiado en absolutamente ningún sentido frente a una teoría científica.

5.1. Un relato acerca del *significado* y la *referencia*: El camino desde lo intuitivo a lo contraintuitivo.

Es muy antigua la tendencia humana a buscar regularidades en la naturaleza. Esta búsqueda puede tener dos vías, a saber: (i) quedarse en el puro “camino inductivo”, donde se establecen ciertas observaciones que correlacionan probabilísticamente los hechos – v. gr. “en invierno llueve” – o (ii) afanarse en la postulación de leyes o abstracciones de alcance amplio – universales –, las cuales sirven para “deducir” con cierta “necesidad” cuestiones posteriores.

La tendencia (ii) estuvo inserta desde temprano en la historia y se puede encontrar sus vestigios tanto en el pensamiento occidental como oriental. En el occidental es conocida la “teoría de las ideas platónica”, la cual involucra que las palabras tenían una contraparte inteligible más allá de lo tangible y ello era la base de todo significado. En el oriental tal tendencia existió también (epígrafe (I)): las palabras tienen su singular realidad más allá de lo que puede ser inmediatamente aprehendido. Este modo de explicar cómo es que parece estable a lo largo del tiempo *lo que* refieren las palabras es relativamente sencillo por la cantidad de variables implicadas. Este sistema explicativo es binario: por un lado el “significado” como cierto *a priori* “útil” y por otro las cosas del mundo. Aquí el significado es tratado como autosubsistente y objetivo. Caractericemos esta primera fase como sigue:

- 1.1. Basta “inteligir” o estar en cierta relación con el significado – el cual es intrínseco, es decir, no relacional e invariable – para que nos comuniquemos eficientemente unos con otros. No dependemos de la convención.
- 1.2. La razón es la herramienta para esta tarea, donde a partir de esta intelección se “deduce” y se habla con sentido. – por ejemplo ¿cómo hablar o aplicar correctamente el predicado “es bello” si nunca la hemos aprehendido como universal? – Así pues la mente/razón/subjectividad no tiene otra tarea que la de deducir.
- 1.3. Por si (1.2.) no fuese suficiente se apela a que cargamos desde que nacemos tales *ideas*, las cuales son básicas para que nuestro lenguaje sea significativo.

Esta primera fase es agresiva contra los convencionalismos, – *El Crátilo* platónico es una muestra de tal defensa – e intenta vislumbrar en la comunicación ciertos fundamentos que la facilitan de una manera *necesaria*. Que dos oraciones sean “semánticamente” equivalentes se hace apelando – a lo que se llamará más modernamente – a una proposición común. No obstante, esta aun confusa primera fase sería enfrentada rápidamente por el mismo discípulo de Platón quien daría una explicación más completa en su *Órganon*, evidenciando el convencionalismo obvio que presenta el lenguaje ordinario y así invirtiendo la situación anterior: sucede que son los hablantes en una conversación quienes acuerdan que dos oraciones diversas tengan un mismo “significado” y no es el abstracto el que determina la situación concreta comunicativa. Más allá del cambio de enfoque es de notar el importantísimo hecho

filosófico de la aparición de un sistema trinario (epígrafe (II)) que marcará todo tratamiento posterior del tema: están los símbolos mediando entre el mundo y las “afecciones internas”. Aristóteles inspirará a los empiristas ingleses clásicos, Locke y Hume, quienes hablarán de ideas e impresiones sobre las cuales versan las palabras. Esta fase puede ser caracterizada en oposición a la primera y como determinada por la tendencia (i):

- 2.1. El significado pasa a ser ciertos estados internos, de los cuales las palabras son signos de su ocurrencia y la referencia es el objeto en el mundo.⁶⁴ Por tanto, el que nos comuniquemos eficientemente unos con otros pasa a ser producto del convencionalismo inculcado desde temprana edad.
- 2.2. La mente/razón/subjetividad interviene activamente en la creación del significado: abstraemos inductivamente ciertas características de lo que hay en el mundo y luego a tales ideas las etiquetamos.
- 2.3. Hay un repudio al innatismo. Nada traemos “escrito” y sólo somos una *tabula rasa* – usando la expresión aristotélico-empirista – al nacer.

Nótese, antes de proseguir, que tanto la primera fase como la segunda compartían una premisa metafísica común que las permeaba: se consideraba al mundo como “existente ahí afuera” (en adelante mentaré esta premisa filosófica como “realismo ingenuo”⁶⁵) y sería recién con el escepticismo moderado humeano que tal noción ingenua sería denunciada⁶⁶, para posteriormente con Kant intentarse su superación con una posición que ambiciona ir más allá del idealismo y el realismo⁶⁷.

⁶⁴ La anterior nota 2 lleva implícita esta segunda fase. La convención que hice en la introducción entendiendo al LN como una herramienta cuyo fin principal es la representación y la comunicación (Véase en la primera sección las características (a), (b) y (c) de un LN) conserva la estructura tritaria de este sistema, a saber, objeto-símbolo-idea. Así lo hice desde un comienzo porque resulta, me parece, más intuitivo y sencillo como punto de partida de una exposición. No obstante, tiene un vocabulario a fin de cuentas confuso que aun no se ha hecho cargo de la crítica a la “subjetividad” y “objetividad” que hago recién un poco más adelante en (1.1.1.)

⁶⁵ Es posible caracterizar esta tesis metafísica correlacionándola con supuestos epistémicos: (a) El mundo existe independientemente de nuestros conceptos: el que se crea o no que hay cierta cantidad de objetos en el mundo no cambia su número fijo. (b) El mundo tiene una estructura determinada: es fijo el número de leyes que lo determinan y las propiedades de los objetos que lo habitan. (c) Los supuestos (a) y (b) determinan que lo “verdadero” es aquella representación que copia fielmente las propiedades que realmente tienen los objetos. (d) Existe un punto de vista, que Putnam llamará “el punto de vista del ojo de Dios” que tiene una representación del mundo completa de cómo es en sí mismo. (Putnam, 1994, 21-22)

⁶⁶ Históricamente hablando no hago honor a los escépticos griegos. Ello es sólo un recurso estilístico, debido a que ya he pasado a la etapa moderna.

⁶⁷ No es correcto apuntar a Hume como un antecedente de la postura conciliadora kantiana, que derivará en el realismo pragmático de Putnam. No obstante, leo en el empirista inglés (el epígrafe (IV)) una tendencia primigenia a negar que tenga sentido hablar de un mundo más allá de lo que ocurre en nuestro cuerpo; creo que el escepticismo moderado es un necesario antecedente a tener en cuenta en esta reconstrucción del tema.

Ahora bien, el marco teórico de la presente exposición tiene su eje puesto en el Círculo de Viena, el cual, a su vez toma inspiración de la figura seminal en lógica y filosofía del lenguaje, Gottlob Frege, y de la postura filosófica general del empirismo inglés. Oficialmente en este periodo nace la filosofía del lenguaje, la cual trata de aislar propiedades esenciales y universales del lenguaje a través de la lógica, generándose así desde el comienzo una extraña amalgama de tendencias, ya que mientras del empirismo se heredaba un rechazo por la metafísica y el uso de la abstracción injustificada, adhiriendo a observaciones lo más “apegadas a la tierra” posibles (tendencia (i)), con Frege se sentarían las bases del instrumento que se denominó “análisis lógico del lenguaje”, el cual trataba de diluir asépticamente problemas filosóficos, pero que utilizado hasta su último término volvía irrelevante algunas de las nociones semánticas más sencillas del lenguaje, quedando ello demostrado con el caso de la *referencia* en Quine.

¿Cómo se llegó a esto? Podemos apuntar a *Sentido y Referencia*, donde la tendencia antipsicologista fregeana necesita recurrir a la vía (ii) con una definición *a priori* que salta las complicaciones observadas por el realismo ingenuo, a saber, evitando tener que especular sobre objetos (ahorrándose el discurso ontológico) para que su teoría semántica se sostuviese. Tal definición consideraba a la *referencia* como idéntica con el valor veritativo del enunciado, ya que sentido – el pensamiento que iba comprendido en el enunciado – quedaba para el “contenido objetivo, que es apto para ser propiedad de muchos”, del cual no se pasa nunca a su referencia. (Valdés, p. 29–31) Este es un primer quiebre de las intuiciones hasta ahora sostenidas: si en un comienzo el significado era algo que podíamos inteligir (fase primera) o, aunque sea, implicar inductivamente a partir de nuestro razonamiento (fase segunda), ligándolo con alguna cosa en el mundo que era la referencia (realismo ingenuo), ahora lo que quedaba era que la referencia era un valor veritativo⁶⁸ y los lenguajes en su conjunto no eran un *hecho del mundo*, sino que solamente se limitaban a un secuencia de signos o sonidos, posibles de ser caracterizados y estudiados lógicamente (análisis lógico del lenguaje).

Esto irá más allá todavía: dado que el significado con Frege era una noción aun oscura para los estándares del Círculo de Viena, se ensayaron varias tentativas que fracasan, (especificadas *grosso modo* dentro del marco teórico) lo que lleva a que la noción de “significado” quede reducida por Quine a lo que el criterio conductista dictamina, a saber “disposición a” y “conducta observable”, y la referencia al conjunto de entidades o modelo que “satisface” cierta secuencia de símbolos u oración – o, por extensión, cierto lenguaje natural cualquiera. El problema, y es lo que observa Quine, es que un conjunto de oraciones puede tener dos modelos y podemos cambiar entre uno y otro, sin que por ello cambie el valor veritativo del conjunto de oraciones.⁶⁹ Esto es lo que en sus términos es la *relatividad ontológica* y que es ampliada por Putnam hasta el paroxismo: “Ningún criterio que fije únicamente los valores de verdad de oraciones completas puede fijar la referencia, incluso si se especifica los valores de verdad de las oraciones en cada mundo posible.” (Putnam, 1988, p. 44) Así se llega a una tercera fase que se caracteriza por los siguientes problemas:

⁶⁸ Aquí ya esta *in nuce* el considerar a la referencia (el conjunto de referentes) como modelo.

⁶⁹ Esto es una explicación en extremo simplificada de una aplicación del teorema de Löwenheim-Skolem nombrado en la sección (2.4).

- 3.1. El significado parece ser cierto *contenido intersubjetivo*, pero aun tal definición sigue quedando corta y es repudiada por su oscuridad por Quine. Por el lado del puro análisis también se llega a insuficiencia explicativa, ya que, si para definir la noción de “significado” una semántica se basa en la teoría de modelos pretendiendo hacer uso del concepto de verdad, (definido como satisfacción en un modelo) y el de referencia, (luego, entendiendo “significado” como una función que asigna un valor de verdad a la oración en cada mundo posible) entonces la verdad indetermina la referencia en la teoría de modelos y, por ende, las referencias del lenguaje quedan indeterminadas como señalaba Quine. (Muñoz, p. 3)
- 3.2. La mente/razón/subjetividad o bien es diluida bajo el sesgo conductista, – por ejemplo, en Quine – o bien pasa a ser entendida como una manipuladora de símbolos abstractos, (por una cuestión de cercanía histórica habrá un paralelo natural de esta segunda concepción de la mente con las ideas de Alan Turing, las cuales serán los primeros atisbos que originarán al funcionalismo como postura dentro de la filosofía de la mente) sin embargo, en cualquiera de las dos posturas la mente es dejada relativamente aislada frente a la creación de los significados, debido a que, en el mejor de los casos, su rol se limitaría a establecer vínculos lógicos entre símbolos y cosas, pero sin ver en ello jamás una cuestión empírica.
- 3.3. La *tabula rasa* sigue existiendo como dogma. En el caso de Quine hay ciertas facultades innatas que quedan vacías de explicación, lo cual es la mayor debilidad de su teoría total. Hay un resurgimiento del innatismo gracias a figuras como Chomsky y Fodor, pero ello ya será cerca del final histórico de esta fase.

Así el relato va hasta dejándonos en una postura bastante incómoda y contraintuitiva, donde los objetos de nuestro mundo cotidiano pasan a ser variables dentro de teorías, siendo ellas mutuamente excluyentes en sus ontologías y no habiendo una más fundacional sobre la cual pararnos. Al ser barridos los vestigios del realismo ingenuo por parte de un proyecto que buscaba ir más allá de la metafísica, entonces pareciera ser ilegítimo que estemos significando lo que creíamos estábamos diciendo al hablar coloquialmente. Si en una conversación antes nos decían “el gato está sobre la estera” –ejemplo de Putnam – y nosotros entendíamos que el gato estaba sobre la estera, en esta tercera fase podemos pensar que tal oración quiere decir más bien que la cereza está en el árbol. Veíamos antes conejos – ejemplo de Quine –, pero cuando nosotros digamos “conejo” el otro puede dudar y pensar que estamos hablando de “pata de conejo” y a su vez no detenerse así cayendo en un regreso infinito. Este regreso infinito se origina en una realidad cuya característica principal es ser ontológicamente continua⁷⁰, donde todo está relacionado y condicionado por todo materialmente hablando, lo que implica que el uso de las palabras para aludir a algo existente como una forma separada y autosubsistente del continuo real es un error metafísico (epígrafe (III)), epistemológico y, en último término, un convencionalismo lingüístico total.

⁷⁰ Nótese que me baso en lo que denominé “premisa limitante del holismo de experiencia” para Quine en la sección (4.2)

5.2. Un relato acerca de la intersubjetividad: desde lo contraintuitivo a lo más contraintuitivo.

Sin embargo, la historia continúa y ya no tendrá al significado ni a la referencia como protagonista, sino que la búsqueda por cierto *contenido intersubjetivo* que sirva como noción fundacional de una semántica que tenga siempre presente que se debe explicar tanto el porqué se pueden producir fallos en la comunicación – como bien lo hacen las tesis quineanas – como el porqué es eficiente la mayor parte del tiempo – como mal lo hace el filósofo sobre el que ha tratado este escrito.

Para ello es preciso sacarse de encima la creencia heredada del positivismo lógico de que el método mejor diseñado para abstraer cualidades comunes a todos los LN es la lógica. La objeción de la inconsistencia que surge por el teorema de Löwenheim-Skolem dejando indeterminada la referencia debiese ser suficiente. Si no lo fuese, entonces supóngase, a lo Quine, que el LN de hecho si se comportara como una teoría científica. La pregunta sería, dentro de las ciencias empíricas, ¿acaso se forma un sistema sin interpretación (un conjunto de entidades o modelo) para luego darle una interpretación? La respuesta es no, (tal cosa solamente ocurre en las ciencias formales) puesto que en ellas se forma un sistema directamente interpretado⁷¹. “En la práctica, uno se conforma con esto y no comienza por hacer abstracción de lo que pueden denotar las expresiones para volver a formar una secuencia de reglas semánticas.” (Stahl, 1964, p. 137) Si eso ocurre con una teoría científica ¿tendría alguna utilidad hacerlo con el lenguaje que está lejos de comportarse como una teoría? Inmediatamente, al no cumplirse que el lenguaje es un sistema no interpretado, entonces no puede ser tratado como un conjunto de secuencias de signos. La aplicación de ciertas reglas, y su aparente capacidad explicativa tiene su raíz en la misma capacidad de la lógica – y la matemática en general – de representar en símbolos regularidades abstraídas por el ingenio humano, pero es la evaluación constante de la aplicabilidad empírica de tal hecho, a saber, que se está haciendo una abstracción correcta – en términos pragmáticos – de regularidades, el punto decisivo del poder explicativo del sistema y no la elegancia o coherencia del sistema lógico que se esté usando.⁷² Puedo objetarse que la no aplicación de análisis lógico alguno al estudio de los LN puede generar el reingreso de las teorías cargadas de

⁷¹ Implícito está la premisa de que la investigación de un LN es una cuestión que tiene más la forma de una ciencia empírica que el de una ciencia formal. La premisa se sostiene sola bajo criterios pragmáticos: es posible enunciarla en la medida que ya fracasó un tratamiento formal puro.

⁷² La lógica, la matemática y las metamatemáticas trabajan con *signos genéricos*, es decir, que no representan particulares temporales, sino que todos sus símbolos son constantes en toda la extensión de un razonamiento. Por ejemplo, en una demostración una variable *x* es lo mismo – sea lo que esta represente – a lo largo de ésta, empero, cuando se trata del más sencillo de los discursos de una conversación concreta sucede que la misma palabra puede ser usada con acepciones diferentes, siendo muy sensible cada expresión lingüística a los aspectos pragmáticos y contextuales. Incluso, suponiendo que fuéramos capaces de aislar los componentes “empíricos puros” de una conversación no nos serviría ninguna lógica formal para extraer conclusiones de tales componentes. “No puede haber una lógica inductiva que sea completamente *formal* [ya que] siempre existe la necesidad de juicios de “razonabilidad”, estén éstos incorporados mediante la elección del vocabulario ([por ejemplo] mediante la *división* del vocabulario en predicados “proyectables” y predicados “no-proyectables”) o de cualquier otra forma” (Putnam, 1988, p. 130)

pseudoproposiciones, pero se puede observar que, por ejemplo, las mismas “categorías sintácticas” carnapianas ni siquiera eran estrictamente lógicas y derivan, posteriormente, en criterios pragmáticos.⁷³

Una vez libre de la lógica como directriz principal, otro desiderátum es el no ceder al vocabulario mentalista, aunque sea en sus formas más sofisticadas. Por ejemplo, frente a la apelación a “proposiciones” como abstracto unificador de enunciados ya se ha afirmado que es una manifestación de la “vieja semántica mentalista cuando fallan las explicaciones científicas”⁷⁴ y, aunque concediésemos que aun es posible rescatar el concepto de “proposición” debemos tener una forma de determinar qué cosas se toman como dos proposiciones distintas y qué como una, empero no hay consenso sobre tal asunto. Por ejemplo las proposiciones, dependiendo la visión filosófica, han sido tomadas como: (1) Entidades parecidas a las oraciones. (2) Grupos de mundos posibles. (3) *Colecciones* o disposiciones de objetos y propiedades del mundo. (Dennett, 1998; 114-115). Cada una de estas versiones tiene las siguientes características que las dejan abierta a críticas: (1) Es compatible con una teoría representacional de la mente donde tendrían un rol causal por sí mismas⁷⁵. Con (2) quedan dependiendo del esclarecimiento del concepto de “mundo posible”, lo cual retrotrae el problema de empírico a metafísico o sino lógico. Y con (3) se deriva al problema epistémico de determinar cómo es que conocemos objetos y propiedades del mundo,⁷⁶ cuya endeble solución hasta ahora ha involucrado sistemáticamente recurrir al vocabulario del realismo ingenuo.

⁷³ A través del análisis lógico es únicamente posible decir de “César es un número primo” que es sintácticamente correcta, pero su absurdo se hace sólo patente cuando se observan sus implicaciones pragmáticas. Por ejemplo, si César es un número primo, entonces quiere decir que sólo es divisible por 1 y por sí mismo ¿“César dividido César” cuánto es? Luego, siempre llegaremos a un punto donde tenemos que aceptar que pragmáticamente tales expresiones son más que un lastre explicativo. Es posible construir lógicas que tengan dentro de sí criterios que diluciden como “lógicos” o no estos sinsentidos, pero siempre existirán casos marginales que quedarán fuera de su alcance.

⁷⁴ En las secciones (2.4) y (3.2) se trata como el “mito del museo” impugnado por Quine.

⁷⁵ En esta opción las proposiciones pasan a ser parte de una teoría sobre la mente que subsume la del significado. Luego, en la medida que la TRM presentase fallas, también lo hará su noción de *proposición*.

⁷⁶ Las raíces de esta caracterización de proposición se encuentran en Russell, cuando al diferenciar entre conocimiento directo, o por familiaridad, y conocimiento por referencia, o por descripción, enuncia un principio fundamental semántico, que debiesen cumplir todas las proposiciones que contienen referencias: “Toda proposición que podamos entender debe estar compuesta exclusivamente por elementos de los cuales tengamos un conocimiento directo.” (Russell, 1937, p.69) Este principio asigna una condición epistemológica al concepto ya mentado: las proposiciones, o sinónimamente los significados de los enunciados, son una *colección* de entidades inanalizables en sí mismas, los *sense data* o particulares, los cuales por definición tienen acceso epistémico inmediato para nosotros. Russell, de esta manera, al exigir el cumplimiento de este principio tiene en mente solucionar el problema epistemológico de la certeza, – la fundamentación del conocimiento, proyecto que es sabido ha quedado truncado por el lado filosófico – sin caer en la “promiscuidad” ontológica de Meinong. No obstante, los *sense data* – el conocimiento por familiaridad – dejan abierta la puerta para la noción de significado como cierto *quale unívoco*.

La falta de consenso radica en que se está aun obviando que explicar cómo nos comunicamos requiere de dos condiciones esenciales: (A) partir observando cómo de hecho lo estamos haciendo (condiciones sociales y ambientales no reducibles – por lo menos a simple vista – a una teoría física o biológica del organismo humano) y, luego, (B) investigando las condiciones materiales del individuo que la permiten. Quine, aunque avanzó algo en (A) por medio del conductismo, falló en (B) al no considerarla fundamental. Para satisfacer (B) la última intuición que nos queda – si es que aun queremos creer erróneamente que el problema se puede solucionar de modo *a priori* – es pensar que nuestras palabras tienen por contenido cierto estado cualitativo interno o *quale*, el cual es al final el *significado* de lo que hablamos. Pero a ello es relativamente fácil de refutar y caracterizar como inútil como una base de intersubjetividad que explique la comunicación, primero porque podemos hacer uso eficiente de una palabra sin tener conocimiento del *quale* – caso el espectro invertido – y, segundo, porque la misma definición de los *qualia* los hace inefables, lo que quiere decir que jamás uno sería idéntico al contenido ni de una expresión, enunciado ni discurso completo⁷⁷. “La idea de que el significado puede agotarse con un *quale* singular y unívoco parece ser un mito.” (Churchland, 1999, 89)

Por tanto, teniendo en consideración que no nos es lícito delimitar el concepto de *intersubjetividad* ni mediante la lógica, ni la especulación *a priori*, ni a través de nuestro vocabulario mentalista cargado de un pernicioso realismo ingenuo, – que es precisamente aquel vocabulario que manejamos cotidianamente – entonces lo que queda es la contraintuitiva posición de tratar el tema mediante teorías netamente empíricas, aplicando el método hipotético-deductivo y utilizando un vocabulario de un realismo interno – o pragmático – que acepta que todos los *inputs* en nuestro organismo están configurados en alguna medida por nuestros conceptos⁷⁸. (Putnam, 1988, p. 64) A través del tiempo nuestras intuiciones fracasan y (A) y (B) deben ser tratados naturalistamente⁷⁹. Esta suma de contraintuiciones será la “cuarta fase”, cuya muy ligera caracterización va ir apoyada a una consideración hecha por Dennett, quien redefiniendo los “mundos nocionales”, expresión que usaré, transmite lo siguiente:

⁷⁷ Los estados internos cualitativos son inefables: “los *qualia* tienen una relación peculiar con el lenguaje: se afirma que son *inefables*. No pueden ser etiquetados a través de términos de nuestro lenguaje público.” (Pérez, 2002, p. 70) El experimento mental que puede ser nombrado como intuición base tras esta característica es el de Jackson, “Lo que Mary no sabía” (Searle, 2004, p. 86); Jackson imagina una neurobióloga, Mary, quien posee un conocimiento total y completo de la neurofisiología de nuestro aparato receptor del color, además de saber completamente de la física de la luz y del espectro del color. El experimento postula que ella fue criada en un ambiente completamente en blanco y negro, y nunca ha visto algo coloreado. El *saber* a través de teorías y palabras lo que es el color nunca va a ser lo mismo que *ver* color: una descripción en palabras – o teoría o cualquier otro sistema de representación – nunca será suficientemente exhaustivo para agotar al *quale*.

⁷⁸ En la última línea tómesese en un sentido muy amplio “concepto”. Putnam en esta línea habla *grosso modo* de concepto tanto de aquello que traemos pre-programado en nuestra percepción – si es que existe tal cosa – como aquello que aprendemos oficialmente como “teorías sobre el mundo”.

⁷⁹ Se puede objetar circularidad, pero ello es únicamente una objeción mientras se considera que “realmente” es posible ser fundacionalista en epistemología. Tomo claramente la vía quineana expuesta en la sección (4.) y la aplico para el concepto de *intersubjetividad* subyacente a la comunicación mediante los LN.

“Un mundo nocional debería ser considerado como una especie de mundo de *ficción* ideado por un teórico, un tercer observador, para caracterizar los estados psicológicos restringidos de un individuo. Se puede suponer que un mundo nocional está lleno de objetos nociónales y el escenario de sucesos nociónales. (...) [Luego], la idea de un mundo nocional es, entonces, la idea de un modelo – pero no necesariamente el modelo real, verdadero, existente⁸⁰ – de nuestras representaciones internas. *No consiste en representaciones sino en representados*. Es el mundo “en que vivimos”, no el mundo de las representaciones que están dentro de mí.” (Dennett, 1998; 142-143)

Aseveraré, entonces, que son los mundos nociónales compartidos – o ciertos trozos de ellos – los contenidos intersubjetivos que posibilitan la comunicación humana, y, por extensión, la comunicación en general. El especificar y dar una teoría completa acerca de las variables que intervienen en la conformación de los mundos nociónales atraviesa variadas teorías en ciencias naturales y ciencias cognitivas. He hablado de dos condiciones esenciales para una explicación cabal de la comunicación, pues bien, el concepto de “mundo nocional” que estoy describiendo subsume tales problemas, debido a que se conforma por los datos que acaecen tanto fuera (condición (A)) como dentro (condición (B)) de un sujeto material. Se recopilan a través de distintos marcos conceptuales datos que determinarán en qué consiste cierto mundo nocional tanto para una especie, como para un grupo de individuos, como para uno solo, pero, lo que es más importante, sin alejarse nunca de un tratamiento en tercera persona⁸¹.

¿Si algo así como el mundo nocional dennetiano de una garrapata (Uexküll, 1942, p. 106-107) puede ser descrito exhaustivamente, porque pensar que el del ser humano está fuera del alcance? Los LN son conducta observable, pero también un fenómeno con raíces materiales ocultas al ojo exclusivamente conductista, que lo único que los hace “especiales” es su alto grado de dependencia de otros fenómenos y de que un pequeño cambio en un nivel inferior influye enormemente en la capacidad de que el contenido intersubjetivo – la parte del mundo nocional que sea compartido entre dos sujetos que se están comunicando – de un discurso sea suficientemente comunicable o no. Cierro con un par de ejemplos, uno sencillo y otro alocado, de cómo funcionaría pragmáticamente esta última fase y que muestran su alta “contraintuitividad”:

- A la pregunta “¿qué *significa* “fósforo”?” se sigue un árbol de respuestas. La respuesta cabal – y aquí me arriesgo a dejar fuera algunas ramificaciones – depende de los sujetos que usan tal palabra. De si el análisis se hace sobre un grupo de sujetos o solamente en una persona. Luego, tomando como estándar fisiológico a una persona del grupo, se le aplican estudios que busquen en su organismo tanto las sensaciones que desencadenan la emisión de la palabra fósforo (dejando el caso de la mentira para el análisis de los contextos o situaciones bajo las cuales emite la expresión) como las condiciones ambientales que la producen. En un caso ideal es posible generar alucinaciones estimulando directamente su sistema nervioso y que originen que

⁸⁰ Por mor de mi conjetura léase en vez “– pero no necesariamente el modelo más real o más verdadero –” con un énfasis en un realismo interno y no ingenuo.

⁸¹ Dennett a este enfoque para solucionar problemas lo llamará “heterofenomenología” y su idea primordial es el no uso de la primera persona. (Dennett, 2006 en la sección *La conciencia sin misterios*)

la expresión lingüística sea emitida o entendida. Se podría objetar de que “realmente” esa alucinación no es el “significado” de fósforo, pero para decir “realmente” se ha de estar en una posición metafísica que no poseemos; bajo las mismas condiciones material/ambientales de alucinación nosotros diríamos lo mismo y así ese objeto nocional intersubjetivo habría sido aislado para nuestra especie. Otra objeción sería decir que se pueden aislar condiciones necesarias, pero no suficientes para la emisión. Contra ello se puede argumentar que la imposibilidad de aislar al conjunto de condiciones suficientes para replicar un fenómeno cualquiera está en todas las ciencias y no por ello aducimos de que existe una “naturaleza más allá por descubrir” tras el fenómeno en cuestión. Una descripción científica no agota el objeto de estudio, pero no por ello asumimos que hay una imposibilidad de principio para la investigación.

- A la pregunta “¿podemos *comunicarnos* con un conejo?”, la respuesta es una: si podemos. Aquí la tarea es muchísimo más ardua, pero no por ello imposible. Es necesario contar con pedazos de mundos nocionales compartidos, además de especificarse la forma en que se “comunican” un conejo con otro – si fuera una hormiga serían feromonas, en el caso de un mamífero siguen siendo señales químicas, pero también existe comportamiento que imitar – y luego diseñar mecanismos materiales que nos permitan compartir las sensaciones corpóreas de tales organismos. Quizás no sea posible comunicarse, finalmente, con todo organismo, – no se me ocurre como podría ser con una bacteria o una medusa – pero la ventaja que tiene esta última fase es que no deja ningún mundo nocional inaccesible, ya que el punto de vista de la primera persona ha desaparecido y se eliminan conceptos *a priori* que vayan siendo inútiles dentro de las explicaciones, como por ejemplo las premisas limitantes quineanas.

Bibliografía

- Aristóteles (1988) *Órganon. Tratados de Lógica* (trad. Miguel Candel Sanmartín) Madrid, España; Ed. Gredos. (Original s/a)
- Ayer, Alfred J. (1965). *El positivismo lógico* (Trad. Aldama, Frisch, Molina, Torner y Harrel) México D.F.; Fondo de Cultura Económica. (Original de 1959)
- Bunge, Mario. (2008) *Semántica I: sentido y referencia*, (Trad. de Rafael González del Solar) Barcelona, España; Ed. Gedisa (original de 1974)
- Carey, Susan. (2009) *The Origin of Concepts* Press. New York, USA; Oxford University Press.
- Carnap, Rudolf (1950) *Empirismo, Semántica y Ontología* (Trad. Felipe Morales) recuperado del sitio web <http://www.textosenlinea.com.ar/academicos>
- Carnap, Rudolf (1932) *La superación de la metafísica mediante el análisis lógico del lenguaje* en Ayer (1965)
- Chuang Tzu (s/a) *Nah Hua Ching* en Elorduy (1977)

- Churchland, Paul M. (1999) *Materia y Conciencia*; Ed. Gedisa, Barcelona, España. Trad. Margartira N. Mizraji. (Original de 1984)
- Dennett, Daniel. (2006) *Dulces sueños. Obstáculos filosóficos para una ciencia de la conciencia*. (Trad. Julieta Barba y Silvia Jawerbaum) Buenos Aires, Argentina; Ed. Katz. (Original de 2005)
- Dennett, Daniel. (1998) *La actitud intencional* (Trad. de Daniel Zadunaisky) Barcelona, España; Ed. Gedisa. (Original de 1987)
- Elorduy, Carmelo (1977) *Dos grandes maestros del taoísmo. Lao-Tse y Chuang Tzu*. Madrid, España; Editora Nacional.
- Frege, Gottlob (1892) *Sentido y Referencia* en Valdés (1991)
- Hempel, Carl (1950) *Problemas y cambios en el criterio empirista de significado* en Ayer (1965)
- Hume, David. (1976) *Tratado de la Naturaleza Humana* (Trad. Félix Duque) Barcelona, España: Ediciones Folio. (Original de 1776)
- Markman, Ellen M. (1989) *Categorization and Naming in Children. Problems of Induction*. Cambridge, Massachusetts, USA; MIT Press.
- Muñoz Gutiérrez, Carlos. (s/a) *Hacia un Teoría Cognitiva de Significado*. Recuperado de la web <http://www.ucm.es/info/pslogica/inconsistencia.pdf>
- Neurath, Otto., Carnap, Rudolf. y Hahn, Hans. (2002) *Concepción científica del mundo - Del Círculo de Viena* (Trad. Alonso Zela) Recuperado del sitio web del Centro de Estudios de Filosofía Analítica: <http://www.cesfia.org.pe/zela/manifiesto.pdf>
- Pérez, D. I. (2002) *Los qualia desde un punto de vista naturalista*. Revista *Azafea*, nº 4, 2002; pp. 65-83
- Putnam, Hilary (1994) *Las mil caras del realismo*. (Trad. Margarita Vásquez y Antonio Liz) Barcelona, España; Ed. Paidós, (Original de 1987)
- Putnam, Hilary (1988) *Razón, Verdad e Historia* (Trad. José Esteban Cloquell) Madrid, España; Ed. Tecnos. (Original de 1981)
- Quine, W. V. O. (2001) *Acerca del conocimiento científico y otros dogmas*. (Trad. Francisco Rodríguez Consuegra) Barcelona, España: Ediciones Paidós.
- Quine, W. V. O. (2002) *Desde un punto de vista lógico*. (2da ed.) (Trad. Manuel Sacristán) Barcelona, España: Ed. Paidós. (Original de 1953)
- Quine, W. V. O. (1992) *La búsqueda de la verdad*. (Trad. Javier Rodríguez Alcázar) Barcelona, España: Ed. Crítica. (Original de 1990)

- Quine, W. V. O. (1974) *La relatividad ontológica y otros ensayos*. (Trad. Manuel Garrido y Josep Ll. Blanco) Madrid, España: Ed. Tecnos. (Original de 1969)
- Quine, W. V. O. (1988) *Las raíces de la referencia*. (Trad. Manuel Sacristán) Madrid, España: Alianza editorial. (Original de 1974)
- Quine, W. V. O. (1968) *Palabra y Objeto*. (Trad. Manuel Sacristán) Barcelona, España: Ed. Labor. (Original de 1960)
- Russell, Bertrand. (1937) *Los problemas de la filosofía*. (Trad. de Joaquín Xirau) Barcelona, España; Ed. Labor. (original de 1912)
- Schlick, Moritz (1933) *Positivismo y Realismo en Ayer* (1965)
- Searle, John (2004) *Mind: A Brief Introduction*. New York, USA; Oxford University Press
- Stahl, Gerold (1964) *Elementos de la Metalógica y la Metamatemática*. Santiago, Chile; Ed. Universitaria.
- Stemmer, Nathan (2001) *The mind-body problem and Quine's Repudiation Theory*. Recuperado del sitio web [philpapers.org /s/Nathan Stemmer](http://philpapers.org/s/Nathan%20Stemmer)
- *Sutra de la Esencia de la Perfección del Conocimiento* (trad. de Carmen Dragonetti y Fernando Tola) Revista de Estudios Budistas, n° 1, 1991; pp. 163-170
- Uexküll, J. Von (1942) *Meditaciones Biológicas. La teoría de la significación*. (Trad. José M. Sacristán) Madrid, España; Ed. Revista de Occidente (Original de 1940)
- Valdés Villanueva, Luis (1991) *La búsqueda del significado*. Madrid, España; Ed. Tecnos.